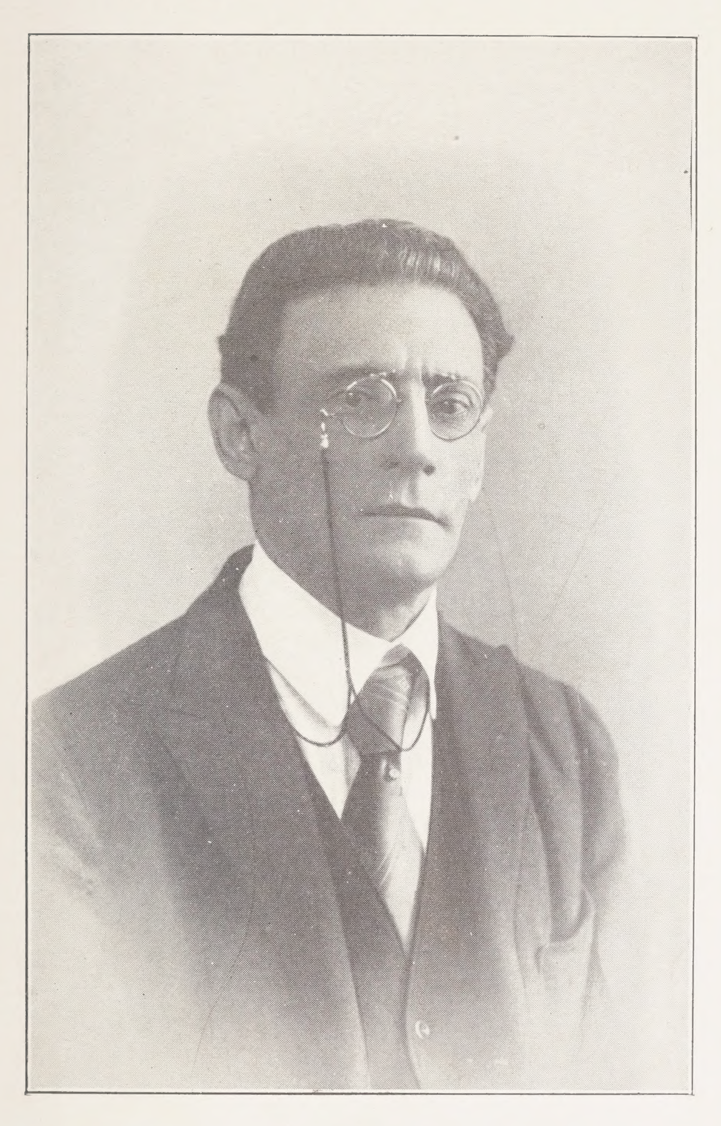
ESCRITOS SOCIALES Y REFLEXIONES MEDICAS



Juan Antiga

JUAN ANTIGA

Escritos sociales
y
reflexiones médicas

MADRID
1927

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

NADA MAS QUE UN HOMBRE

(Alrededor de JUAN ANTIGA)

POR

JOSE ANTONIO FERNANDEZ DE CASTRO

Nota;-

Si V. escribe un juicio acerca de este libro, se le agradece, envíe el ejemplar del periódico donde se publique al Sr. J.A.Fernández de Castro, San Miguel 109 bajos, Habana, Cuba.

Si V. no ha adquirido el II volumen de esta obra, puede dirigirse a la Srta. [illegible] Pascual y enviarle un giro por valor de $1.1[illegible], a la dirección de: Cristina 36 Dpto.6, Habana, Cuba, la cual se lo remitirá por correo certificado.

To Prof. Robert [illegible], The University of North Carolina — with best compliments from [illegible] Habana-Cuba 2/17/37

JUAN ANTIGA

IMPRESIÓN PERSONAL

Conocimos al autor de estos ensayos y trabajos hace algunos años en el vórtice de una agitación política avasalladora, a la que consagramos unos cuantos jóvenes de buena fe y cortísima experiencia todos nuestros entusiasmos y nuestros arrestos de noveles.

El grupo—el más radical—vióse, de buenas a primeras, aumentado con la personalidad sugestiva y atrayente del doctor Juan Antiga y Escobar, quien a los pocos momentos de incorporársenos habíase captado todas las simpatías.

De niños, habíamos oído en ocasiones el nombre de este interesante personaje, que de no ser de carne y hueso parecería una creación novelesca del rodinesco Balzac o del insigne pícaro don Francisco de Quevedo y Villegas.

De mediana estatura, erguido, vestido siempre de un modo muy personal, que nos llamaba la atención y que sugería un criollo de otros tiempos, el cuerpo de nuestro amigo, agilísimo,

da una impresión de juventud que contrasta notablemente con la que produce su rostro. La cara de Antiga, por sus arrugas y surcos, coquetamente cultivados y acentuados (por algunos rasgos de su indumento), parece pertenecer a un matemático abstraído, uno de aquellos matemáticos del siglo XVIII, de quienes tan bellas cosas intelectuales se nos cuentan, o a uno de esos jugadores "científicos" que permanecen horas y horas ante el clásico tapete verde, siguiendo una combinación que han ideado, tras profundos estudios de la teoría de Stuart Mill acerca del cálculo de las probabilidades.

A veces, cuando la mente de Antiga permanece en reposo, es el rostro de un fakir indio el que se presenta a nuestra vista.

Otras, cuando arrastrado por la íntima confianza de su auditorio narra alguna de sus increíbles experiencias vividas y gozadas, su faz es la de un sacerdote dionisíaco consumido en el fuego de su vida.

El tono oliváceo de su rostro, al que dan carácter unos ojos vivos, eternamente jóvenes, y unos labios finos, eternamente viejos, es una nota de color extraordinaria, cuando vestido de blanco y reluciente dril y tocada su cabeza, que no han logrado encanecer ni despoblar las aventuras y los trabajos, con el clásico jipi de nuestros padres, aparece de improviso como surgido de la tierra (es la impresión que siempre nos

produce su modo de llegar) en nuestras reuniones bulliciosas y jaraneras.

Pero cuando a solas con este hombre se le llega al corazón en demanda de auxilio moral o material, aquellos labios cínicos se separan, sonriendo con optimismo, y dejan ver una hilera de dientes, fuertes, parejos, perfectamente dispuestos, que justifican con plenitud todo el enorme impulso de vida que se desprende de su personalidad. Y sus ojos vivos se agrandan o se velan, y es entonces el buen samaritano que tiene siempre abierto su espíritu hospitalario a cuantos se acercan a él.

Lector infatigable, ha comprendido desde temprano la enorme verdad que encierra la vida del Cristo; y convencido de que la de los hombres ha de transcurrir, necesariamente, entre publicanos y pecadores, como no se siente limpio de pecado, nunca ha tirado la primera piedra—ni la última—, actuando a veces en sentido contrario, cubriendo con su propio cuerpo a la infeliz a quien trataba de apedrear la muchedumbre de "sepulcros blanqueados".

EL MOTIVO DE ESTAS PÁGINAS

En el curso de nuestras experiencias revolucionarias, a las que nos referimos en las primeras líneas de este ensayo, pudimos apreciar prontamente—como quizá no fuera dable en

alguna otra ocasión—muchos de los rasgos personales de Antiga. Intimamos rápidamente y, a fuer de veraces, diremos que nos extrañamos de algunos aspectos de su carácter. Jóvenes todos nosotros, con un caudal de sueños y esperanzas, algunos con verdadero bagaje para realizar obra futura, nos permitimos tratar con cierto despego (valga la franqueza) a este hombre pintoresco, a quien sólo considerábamos como de enorme fuerza vital, pero de ninguna trascendencia intelectual.

(¡Ignorantes nosotros, desgraciados ignorantes—qué pronto habíamos de experimentar en nuestra propia carne la falsedad de ese razonamiento—, que diez libros leídos no valen lo que una hora sufrida!)

Antiga mismo no se apreciaba como productor de esa clase; y sólo después de muchas conversaciones acerca de un problema cualquiera de índole variadísima, una ligera referencia suya a tal o cual escrito o ensayo publicado por él en periódicos o revistas pretéritos, despertaba en nosotros curiosidad por conocerlo y nos hacía hablar un momento de aquel asunto. Siempre, por una u otra causa, retardábamos en lograr nuestro deseo, hasta que un día cualquiera del verano pasado, y en ocasión de nuestra creciente insistencia y curiosidad, Antiga nos dijo: "No creo que merezca la pena; pero en

casa tengo, para que los conozca, mis escritos. Vaya por allá..."

Y un buen día penetramos por la amplia puerta de la casa de Antiga en la habanera calle de San Miguel. En la sala, una de esas salas de nuestras antiguas casas coloniales, con su techo de recias vigas y su piso de mármol, y sus mamparas ingenuamente policromadas, entre innumerables libros y folletos de todas clases, nos encontramos en una mesa, dispersa, desigual y variadísima, como la vida de ese hombre, su producción intelectual.

Al lado de una crónica descriptiva de un juego de *base-ball* celebrado en México en los años primeros de este siglo, una tesis científica sobre el desarrollo de la fiebre amarilla en un país centroamericano; avalorados ambos trabajos por el hecho inconcuso de que el mismo que había escrito la crónica deportiva tomando parte activa en el juego celebrado, había compuesto por su experiencia personal las tablas estadísticas que acompañaban la tesis médica.

Entre ambas producciones, una página sobre un asunto de actualidad, escrita en lenguaje sencillo; pues Antiga, a diferencia de nuestros célebres simuladores, escribe como Varela, "para los ignorantes"; página inspirada en una necesidad social o en una reflexión cualquiera surgida al margen del ejercicio de su profesión; y luego, un ensayo más serio sobre

verdaderos problemas sociales o políticos de la hora presente, muy sentido y muy sensato, y basado desde luego en lecturas; pero muy lleno de pensares propios y reflexiones nacidas al calor de su experiencia.

Luego de una crónica sobre el boxeo y su desarrollo en nuestros países o sobre las condiciones físicas que debe tener un buen jugador de *base-ball*, un erudito trabajo sobre la cítara, instrumento musical delicadísimo... Pues habéis de saber, ¡oh amigos!, que este aventurero "per se", este ex jugador profesional de *base-ball*, que—según la frase que lo consagrara en ese aspecto, debida al ingenio felicísimo de Víctor Muñoz—era el único jugador de pelota en el mundo que sabía quién era Baudelaire; cuando llega la alta noche y nosotros lo dejamos en su casa, a solas en su gabinete de trabajo, ese gabinete heterogéneo que todos conocemos, saca de su caja "el divino instrumento" y se pone a ejecutar alguna pieza delicada, que a él le dedicó otro "citarista", pues son éstos muy pocos en el mundo y a modo de masonería cerrada.

Entretenidos, abstraídos, viviendo momentos de esa vida múltiple entre las páginas amarillentas de esos artículos de revistas y recortes de periódicos y de folletos impresos hace ya algunos años—publicados unos en la República de El Salvador, otros en México, los menos en La Habana, éstos en Quito, aquéllos en los Angeles,

y que ante nosotros se amontonaban en la mesa, dejamos transcurrir como dos meses, devorando con curiosidad y creciente admiración todos esos trabajos. Insensiblemente, íbamos agrupándolos por materias—por ese instinto que hay en nosotros de clasificador bibliográfico—. Al mismo tiempo conversábamos a ratos con el autor y pudimos apreciar las condiciones en que cada uno de esos escritos fué concebido y publicado, avalorando así la producción de los mismos.

Influenciamos en el autor para que los compilase y los brindase de nuevo al público, razonando para ello del siguiente modo: Aquí, donde al cabo del año gimen tantas veces las prensas dando a luz una serie de libros que hicieran desear en nuestro Varona el poder de un nuevo Omar para destruirlos, era una verdadera lástima que no apareciesen en colección ordenada algunos de sus trabajos, que siempre tendrían actualidad e interés, y que están avalorados por el hecho de representar la labor marginal de un hombre que, no obstante haber vivido y estar viviendo una vida intensísima, tuvo tiempo para ocuparse *desde hace ya muchos años,* de un modo laudable, de problemas que a estas horas permanecen desconocidos de nuestros seudointelectuales que se estiman representantes de la mentalidad cubana, y que desde la cumbre (¡los pobres!) que han alcanzado ya, reuniendo cuatro o cinco distinciones oficiales adquiridas a un

precio que todos conocemos, contemplan con desdén a los simples mortales que luchan y se afanan en la busca del pan, que a ellos les es tan propicia..., y que no se preocupan por la solución de problemas que, según su valiosísima opinión, no existen en Cuba. Además, haciéndolo, ahorraría trabajo a las generaciones venideras.

SU VIDA

En realidad, la sola enumeración de las distintas profesiones y oficios que este amigo nuestro ha desempeñado, basta para para dar idea de su aventurera vida. Probablemente, a esta multiplicidad de facultades "vividas", aludía un tan alto espíritu como el de José Antonio González Lanuza, cuando lo calificaba del "único hombre genial que había conocido". Ha sido, sucesivamente, vendedor de periódicos, escribiente en una celaduría, monaguillo, estudiante, jugador de pelota profesional, médico, director de un hospital de leprosos, catedrático de varias Universidades, conspirador, expedicionario fracasado, revolucionario centroamericano, corrector de pruebas y editorialista en un periódico mexicano, empleado de Banco, diplomático al servicio de la República mexicana, médico militar en el mismo país, agente de seguros, director de una clínica homeopática y de una revista médica, abogado, propagandista activo de las nuevas

doctrinas sociales, maestro masón, con el grado 33, y ha viajado y residido durante años en los Estados Unidos, Canadá, México, en todos y cada uno de los países centroamericanos, Venezuela, Ecuador y las Antillas menores. Mientras su vida se desenvolvía de tal suerte, ha disfrutado en ella de todos los estados sociales concebibles: miseria, riquezas, aventuras de amor y aventuras de muerte. Ha sido íntimo consejero de algunos jefes de Estado, y en ocasiones ha sufrido persecuciones violentísimas por parte de encumbrados personajes oficiales.

Ha viajado de polizón y ostentando posiciones elevadísimas. En una sola noche ha visto, ante el tapete verde, cómo se iba en unas horas el producto de varios años de esfuerzos, sólo por experimentar la emoción; y refiriéndose a la mujer, podría decir que la ha sufrido, con la palabra del poeta: "cosmopolita, universal, única y sola".

Una vida tal merece ser narrada por las mejores plumas. No obstante—si él quisiera, y sólo con poner manos a la obra, lo lograría—, el libro que Antiga debía dejar es el recuerdo, escrito por él mismo, de sus experiencias, en la que está reflejado todo su espíritu. Si Antiga se decidiese a ello, y como un Casanova o como un Cellini, se propone terminar esa tarea que parece no querer comenzar aún, ya que vive en toda la plenitud de la palabra, el libro que sal-

dría de sus manos podría decir al curioso lector, como el de Whitman: "Esto que tocas, no es un libro, es un hombre."

Por modestia, no quiere hacerlo. Prefiere contar a sus íntimos, a la manera de los árabes, sus aventuras; corriendo el peligro de que caigan en manos de un narrador vulgar, quien, quitándoles sabor de vida, las presente al público adulterándolas en su prístina frescura; pero—en el fondo de todas las cosas humanas hay una especie de compensación—ya son famosas entre todos nosotros, que a nuestra vez las contamos, desde las simplemente droláticas, de un sabor casanovesco, hasta las trágicas y espeluznantes, que reclaman la pluma de un Poe o de un Quiroga, pasando por las cómicas, que semejan—por lo natural y espontáneas que surgen—narraciones humorísticas de un Mark Twain o de un Joe Chandler tropicales.

Estas anécdotas están ya en camino de ser legendarias—poseen hasta sus títulos—, y nada hay comparable a oír de labios del propio protagonista: *La carta, Por aquí pasó un francés,* o el relato de la vez que en los llanos de Venezuela vendió, como panacea para toda clase de enfermedades, polvos de azafrán, que cambiaba por relucientes onzas de oro, o de sus excursiones —cuando era considerado por los indios como un nuevo San Rafael—por los pueblecitos mexicanos.

No podemos, por múltiples razones, trazar aquí más que a grandes pinceladas algunos de los pintorescos y disímiles aspectos que integran esta vida extraordinaria, y a ello limitamos nuestra labor.

EL NIÑO Y EL JOVEN

Nacido en nuestra patria, al mediar la lucha épica en que estaban empeñados los cubanos, durante la guerra de los Diez Años, es Juan Antiga un producto típico del medio, pues fué su padre un comerciante e industrial catalán, de los que acudieron a México cuando la tentativa de Maximiliano, y que, habiendo seguido la fortuna de los imperialistas, no tuvo más remedio que abandonar aquel país al ocurrir el desastre de Querétaro; y su madre, cubana de generaciones, cuya familia tenía a orgullo la mezcla de su sangre conquistadora con la indígena desde los primeros años de la conquista.

Dividida como se encontraba en la época a que nos referimos la sociedad que en esta isla dominaba, en cubanos y españoles, la familia materna de Antiga experimentaba en su propio seno esta división. Vivían los componentes de ésta como caciques en el pintoresco y floreciente pueblo de Mayajigua, situado en la región central de la isla, hasta el momento en que sonó el grito que llamaba a los cubanos a la lucha.

Sus tíos, todos hombres cumplidos, se lanzaron a los campos, a luchar contra la dominación del Gobierno colonial. La mayor parte de sus tías, casadas, como su madre, con comerciantes o funcionarios españoles, permanecieron en el pueblo. Los mambises, en uno de los momentos de supremacía que lograron en esa guerra heroica de continuos altibajos, sitian el pueblo. Las familias, por común acuerdo de los combatientes, marchan a las fincas para no quedar expuestas a los horrores de la batalla.

Y en medio de la huída, en el desorden consiguiente, asistida por las negras esclavas de su casa, la madre de Antiga da a luz a su primogénito, en medio del bosque, entre el murmurio de los árboles y el lejano fragor del combate.

La fortuna lo marcó así en el momento de nacer, señalándole desde entonces su destino aventurero y errante, que aun hoy, a pesar de todos los pesares, lo arrastra ideológicamente en busca de nuevos horizontes y de nuevas experiencias.

Se trasladó luego su familia a La Habana, y de buenas a primeras, por un golpe de la suerte, del relativo bienestar en que vivían, quedaron, abandonados y tristes, siete hermanos y la madre, austera y estoica, que había de soportar sobre sí todo el peso de una desgracia injusta.

Se dice muy pronto, se escribe con rapidez y se piensa fácilmente esta frase: "A los diez

años yo no tenía zapatos y había días en que no comíamos absolutamente nada."

Pero cuando se reflexiona sobre lo que esto significa; cuando se han presenciado cuadros análogos al que encierra la frase anterior; cuando el espíritu del afortunado que no ha atravesado nunca este estado precario concibe plenamente lo que encierra en amarguras y en miseria esa frase, el alma se acongoja y se rebela contra la posibilidad de que labios humanos, en lo sucesivo, puedan tener derecho de arrojarla como un reto al resto de los hombres.

El mayor de los siete niños, nuestro amigo, era el único que estaba en condiciones de ayudar en parte a la madre heroica y sufrida. Encerrados en una sola habitación de uno de esos edificios, baldón de la sociedad que los explota y consiente, vivían hacinados todos los componentes de su familia, de modo que desde entonces comenzó a experimentar sobre sus débiles hombros el enorme peso de lo que los hombres han dado en llamar "sentido de la responsabilidad".

Vendió periódicos por las calles de nuestra capital colonial. Trabó conocimiento con los elementos del hampa, y encontró que ella no es tan desalmada y cruel como algunos de los individuos que forman en los círculos superiores de la sociedad capitalista. Quizá a esto deba su

enorme instinto democrático, a la manera romántica, que no se ha modificado todavía.

Poseedor de las primeras letras, pudo lograr un empleo de escribiente en una Celaduría de barrio, en el del Arsenal... ¡Calcule el lector lo que acumularía en experiencia este impúber criollo!

Concurría al mismo tiempo a las clases gratuitas que daban por aquel entonces a algunos niños pobres los padres del Colegio de Belén. Para lograrlo, ayudaba a misa. No poseyó nunca por esos años, cuenta Antiga, un libro suyo. Estudiaba en los que le prestaban sus compañeros o le regalaban sus maestros. No obstante, lograba las mejores calificaciones, y entre sus mejores anécdotas se cuenta una en que él narra regocijado "de cómo un emperador cartaginés calzó una vez con los zapatos de un sereno" que medía el número 44, contando sólo el niño que los llevaba doce años de edad, y que le ocurrió una vez que no tenía calzado disponible para ir a recoger el premio ganado en la lid escolar.

Los sábados iba a cobrar el mísero salario de su madre a una tienda que explotaba un comerciante, quien, indiferente al hambre que sentían sus operarios, los hacía permanecer horas y horas parados ante el mostrador, mientras jugaba al "tute arrastrado" con sus contertulios y amigotes.

En medio de todos estos sufrimientos y mi-

serias comenzó Antiga a jugar a la pelota en los solares yermos y en las calles, llegando a adquirir muy pronto extraordinaria habilidad en dicho deporte.

Un rasgo de su carácter, que pinta la extraordinaria audacia de aquel niño, es el modo cómo logró interesar en su persona al capitán general de la isla, que por aquellos años lo era el general Calleja, quien fué su único protector oficial.

Había terminado Antiga su bachillerato con las más altas notas del colegio, e influenciaban en su espíritu sus maestros para que abrazase el sacerdocio.

No tenía el mísero adolescente un solo centavo con que pagar su primera matrícula en los cursos universitarios, y como no estaba clasificado en ninguna de las clases estudiantiles que tenían derecho a cursar gratuitamente el primer año, un día se le ocurrió presentarse a Calleja y hablarle, exponiéndole su caso.

No se sabe qué admirar más, si el rasgo de audacia del adolescente criollo, que nunca en su vida había entrado en un edificio suntuoso, al atravesar el imponente pórtico de mármol del palacio de los capitanes generales sin hacer caso de la guardia y yendo directamente, con instinto certero, a un salón, detrás de cuyas mamparas se hallaba, conversando con algún oficial o con algún personaje de la colonia, el capi-

tán general, o el rasgo del representante de su majestad católica en esta tierra acogiéndolo bondadosamente. Dirígese Antiga a un ayudante con muchos galones y entorchados, seguramente petulante y presumido, como lo son en general esta clase de individuos, y con voz rotunda reclama ser conducido a la presencia del capitán general.

El ayudante le dice despectivamente que eso no es posible. Antiga replica con voz cada vez más enérgica.

Se abren las mamparas, y aparece un hombre de mediana estatura, con menos entorchados que el ayudante, con la barba canosa, cerrada, tocado, aun dentro del palacio, con un soberbio jipijapa, y que interroga autoritativamente acerca del altercado.

Antiga, quitándole la palabra de la boca al ayudante, le pregunta al recién llegado: ¿Usted es Calleja?

A la respuesta, sorprendido y en afirmación de su personalidad por parte del aludido, sigue por la de Antiga la rápida e inteligente exposición de los motivos de su visita, y el general, interesado ya en la persona de su interlocutor, accede en principio a la demanda, y ordena al estupefacto ayudante que investigue la certeza de las causas que motivan aquella solicitud.

Al día siguiente recibía Antiga en su casa, con

una carta autógrafa del general Calleja, el dinero suficiente para pagar los cursos.

Ya estaba, pues, conseguido el propósito inicial, y Antiga se encontró entonces con el problema de que no tenía recursos, por haber enfermado su madre y no consentir él que continuara trabajando de costurera para la subsistencia de la familia y la educación de sus hermanos menores.

Los únicos servicios solicitados en el mercado que podía desempeñar eran los que podría prestar como jugador de pelota profesional y, sin vacilar un solo momento, a pesar de lo mal visto que era en aquel entonces jugar a la pelota por dinero, aceptó formar entre las filas de los "peloteros". Un centén por desafío era lo que le pagaban, y cuentan sus compañeros de esa época que, cuando no le tocaba ir al bate inmediatamente, se quedaba más allá de la línea del *centre field,* acostado en el suelo, con el texto de Anatomía o Fisiología, que estudiaba en aquellos intervalos.

Quien de ese modo unía ambas cosas, tenía que ser, por fuerza de su espíritu inquieto, un estudiante travieso, y por ende no era considerado como aplicado por sus profesores.

Aguardó la ocasión propicia y demostró su competencia ante uno de ellos, el que en lo adelante lo distinguiera y auxiliara: el doctor Pedro de la Cámara, catedrático de Anatomía.

Logró en el curso de su carrera estudiantil las más altas distinciones—todas las asignaturas con matrículas de honor, todos los premios extraordinarios, los grados de licenciado y doctor por oposición, siendo considerado en aquella época como el alumno más eminente de las Universidades españolas—, y a pulso, mal comiendo, vestido de rayadillo—la tela que usaban los soldados españoles, de cuyos uniformes desechados su madre le hiciera fluses—, jugando a la pelota dos veces a la semana, en el vecino pueblo de Regla primero, luego en las filas del Club Habana; desempeñando cuando pudo algún empleo dentro de la carrera: alumno interno, ayudante preparador anatómico, todos estos cargos obtenidos en oposiciones reñidas; interviniendo como *líder* en alguna revuelta estudiantil de aquellos tiempos tan lejanos, obtuvo, al fin, su grado de doctor. El acto de su investidura resultó un acontecimiento, pues dió la coincidencia de que el general Calleja se encontrase de nuevo en esta isla ejerciendo su alto mando, y asistió a la entrega del más alto título académico a su protegido, a quien, al felicitar por su brillante éxito, donó, en generoso gesto, su magnífico y marfileño bastón, orlado con las borlas que señalaban su autoridad suprema.

Esto ocurrió ya en los años inmediatamente anteriores a la guerra de 1895. Antiga, como era natural, conspiraba con todos sus compañe-

ros; y en la Acera del Louvre—de la que fuera uno de los célebres "tacos", aunque no de los fundadores, y amigo de Julio Sanguily—se le designaba entre los conspiradores desde la preorganización de la guerra como uno de los futuros médicos del ejército.

Por su condición de protegido de Calleja, que lo invitaba a comer en palacio a menudo, y con quien gustaba de conversar, pudo presenciar en los prodromos de la revolución la agitación que ella producía en el elemento colonial gobernante, y tuvo ocasión de ser testigo, una vez más, de un rasgo de española hidalguía.

A su presencia—con harta indelicadeza—algún empecinado se expresó despectivamente del cubano, siendo requerido en el acto por el capitán general, quien se dirigió a Antiga en sentido condenatorio de aquella "boutade" y lo acompañó luego, cortés y gentilmente, hasta el primer peldaño de la escalera, donde lo despidió, visiblemente emocionado, para siempre.

Ese gesto hidalgo fué luego motivo de una interpelación en el Senado español, célebre por la defensa que del mismo hiciera el propio Calleja.

Al dictarse, más tarde, órdenes de prisión contra los comprometidos en la causa revolucionaria, Antiga—que se encontraba entre éstos—pudo escapar, y con una maleta, donde no llevaba más que un rifle, logró embarcarse para

Santiago de Cuba, donde no llegó a tomar tierra, pues allí también había llegado la orden de prenderlo.

Siguió viaje a Venezuela, y comenzó en la patria de Bolívar sus aventuras por tierras distintas. Se puso en contacto con los cubanos emigrados. Pudo apreciar la realidad de que "nuestra América" es una sola, y ante la necesidad imperiosa de ganarse la existencia, recorrió los llanos de aquel país, llegando hasta el valle de Apure. Envió, cuando los reunía, fondos a la Junta revolucionaria de Nueva York; fundó clubs, dió mítines, fué motivo de un cambio de notas entre el Gobierno de Venezuela y el de España —todo esto sólo en el transcurso de unos cuantos meses—y, al fin, salió para los Estados Unidos, deseoso de marchar desde allí a los campos de la revolución.

Hay que hacer constar que con haberse limitado a adoptar—aun después de la orden de detención—una actitud prudente, pudo haberse quedado en Cuba—como otros muchos—desempeñando una cátedra en la Universidad, para la que había sido nombrado, a semejanza de algunos profesores de aquella época, que aun se sientan en el Claustro de nuestra más alta institución cultural, y que en la República—que no ayudaron a crear, y a la que a veces desdeñan—han logrado adquirir encumbradas posiciones.

EN NUESTRA AMÉRICA

No podemos seguir ahora más que a grandes rasgos la agitadísima existencia de Antiga.

En Nueva York, y en contacto con la Junta, revolucionaria, se une a las expediciones de Collazo y Calixto García, y en los cayos de la Florida lleva, con sus compañeros, nueve meses de una existencia miserable al ocurrir el fracaso, de sobra conocido, de aquellas expediciones.

Grandemente afectada su salud, se traslada a México—país que había conocido ya—al recibir su título de licienciado en Medicina e ingresar en una compañía de vapores como médico de a bordo, haciendo también como tal un corto viaje a distintos puertos de Europa antes de obtener su grado de doctor.

Obtiene, por influencia de un hermano de su padre, que se había quedado en México y que llegó a adquirir allí una alta posición, un puesto oficial en la Salubridad pública de la República mexicana, y por esa causa logra, por primera vez, efectuar un recorrido por todos los puertos hispanoamericanos, consiguiendo con este viaje reponer su salud, muy decaída desde las alteraciones sufridas cuando salió de Cuba y por las privaciones que experimentó en los cayos de La Florida.

Una vez en México, se traslada a la capital

y tiene entonces lugar un período de su vida puramente intelectual y político. En medio de una existencia que, como se habrá apreciado, no parece dejarle tiempo para el estudio de materias ajenas a su profesión, de buenas a primeras Antiga ingresa de corrector en un periódico mexicano, donde por su calidad de cubano, en contacto con algunos elementos oficiales; de otro cubano, que llegó a ser embajador de México en Rusia —Carlos Américo Lera—, y de Ignacio Mariscal, el canciller del *porfirismo,* inicia y desarrolla, hasta el límite posible, una interesantísima campaña indoamericana, que por su trascendencia, el modo cómo fué tratada, los conflictos que determinó y los problemas que con ella tienen conexión, ha de ser algún día objeto de un estudio especial.

Baste decir ahora que para evitar con España alguna complicación y no tener que expulsar de México a Antiga, hubo que concederle rápidamente la ciudadanía mexicana y trasladarlo fuera de la capital con un alto cargo en la Salubridad pública.

En Tapachula, que así se llamaba el pintoresco pueblo donde residió, le ocurrieron a nuestro amigo una y mil aventuras.

Presencia interesantísimos episodios de la vida diaria del pueblo mexicano. Conoce al indio y lo aprecia en todo lo que vale. Sus aventuras de amor lo colocan al borde de la muerte; inter-

viene en reyertas, organiza espectáculos teatrales, y en Tapachula, en los últimos años del siglo pasado, se da una función de ópera al aire libre, con un piano viejo como único instrumento musical, siendo ello motivo para que la población efectuase un derroche de dinero.

De allí marcha a Guatemala como agregado a la Legación mexicana en aquel país; una aventura de amor le hace abandonar la carrera diplomática, y de nuevo emprende, ya sin conexión con México, su vida aventurera.

En San Salvador estudia, como delegado del Gobierno, los estragos de la fiebre amarilla en Atiquizaya. Profesa en la Universidad libre una cátedra de Patología. Experimenta lo que es "caerle mal" a un "general" de nuestras tierras. Le ocurren incidentes cómicos con motivo de esta persecución; y en contacto con la interesante figura de Domingo Vázquez, el célebre presidente de Honduras, y como secretario suyo, toma parte en un movimiento revolucionario en dicho país. Tiene que escapar, sintiendo la muerte en los talones, y pasa a Costa Rica.

Bien recibido entre el elemento oficial, y por causa de una disputa científica que hubiera degenerado en duelo, es puesto, por orden del presidente de la nación, a bordo de un barco que salía en dirección a Colón.

En Panamá lleva una agitadísima existencia, y tiene ocasión de prestar un servicio de los

que no se olvidan a Eloy Alfaro, el célebre presidente de El Ecuador. El triunfo último obtenido por este gran americano lo saca de una angustiosa situación, bastándole para ello que enviase desde Panamá un telegrama concebido en estos términos: "Situación angustiosa. No tengo un solo centavo. ¿Qué hago?", que fué contestado por el destinatario con otro que decía así: "Venga a Guayaquil y pase por mi cuenta al Hotel Francés."

Pero con el telegrama no venía un solo centavo, y tuvo que embarcarse como polizón en un vapor alemán que hacía la travesía del Pacífico, durmiendo en el hueco que dejaba el palo mayor entre cuatro camarotes de primera clase, donde pasó tres días sin comer y sin beber, lamiendo el palo, que se encontraba impregnado de agua de lluvia, para calmar su sed horrible.

Llegó a Guayaquil, donde fué recibido por un hermano del presidente, y entre el asombro de los que con él habían hecho el viaje, ignorando su existencia a bordo—que sólo conociera el mayordomo, que lo introdujo furtivamente—, pasó al mejor hotel de la ciudad y comenzó a llevar una fastuosa existencia, hasta que se trasladó a Quito a saludar a su antiguo protegido y actual protector.

Allí se le nombró médico comisionado, y revalidó su título de médico ante la Facultad de

Medicina con el mismo éxito con que lo había logrado en México, Costa Rica y El Salvador, de todos los cuales países tiene Antiga el correspondiente certificado académico.

Tampoco había abandonado Antiga en el curso de todos estos viajes su interés en la causa cubana. Siempre fué centro de algún núcleo donde se trabajaba de un modo o de otro por la independencia de su patria. Pronunciaba discursos, asistía a la formación de efímeros "Clubs" que iban a enviar o enviaban fondos a la Junta, desenvolvía campañas políticas de propaganda, como aquella a la que hemos ya aludido, y dondequiera que llegaba, con su presencia y su existencia aventurera y simpática, era un ejemplo vivo de la juventud que conspiró primero y combatió luego por la libertad del último territorio americano que aun permanecía entre las garras del enflaquecido león español.

En El Ecuador, e íntimo de Alfaro, que entre los motivos por los que distinguía a Antiga contaba en no pequeña proporción el de su condición de cubano, le sorprendió la brusca terminación de la guerra por la intervención en la misma de los Estados Unidos, solución contra la cual se había declarado nuestro amigo en la campaña periodística a que hemos aludido, determinándose en él un súbito deseo de regresar a la patria.

Abundantemente provisto de dinero por su amigo Alfaro, tomó pasaje a bordo del primer vapor que salía de Guayaquil, y efectuó, esta vez a la inversa, el recorrido por todos los puertos del Pacífico y del Atlántico, desembarcando en Kingston.

De allí salió para Beliza, pues no había vapor para Cuba en mucho tiempo, y en esta posesión inglesa en Centro-América trabó conocimiento con un alto personaje británico, quien lo trasladó a Veracruz a bordo de su yate.

De este último lugar volvió a La Habana, y al pretender tomar parte en la lucha política pre-republicana y ser reintegrado a la cátedra que abandonara para marchar decidido a la manigua, se encontró con tantas negaciones e ingratitudes que, después de un duelo excepcional con el actual ministro de Cuba en Alemania, doctor Arístides Agüero, del que fueron testigos, por su parte, el general Carlos García Vélez y Agustín Cervantes y, por su adversario del momento, el capitán Rafael Lorié y el doctor Enrique Núñez, regresó a México.

Aquí comienza un período totalmente distinto en la vida de nuestro hombre. Va a conocer otras sensaciones. Va a ser amado y a amar. A crear familia, a dedicarse por completo a la práctica de su profesión y a una rama de la ciencia médica que hasta entonces desconociera.

Por eso mismo, ese aspecto de la vida de Antiga no entra en la breve visión que de la misma hemos trazado.

Bástenos decir que cuando conoció la homeopatía, Antiga llegó a desarrollar sus actividades científicas de tal modo, que contribuyó a que fuera esa rama de la ciencia médica reconocida oficialmente por el Gobierno mexicano; fundó una clínica, que llegó a ser la más importante de la capital; editó un periódico y luego una revista; tradujo del inglés la obra fundamental en esa ciencia, y fué tanto lo que laboró en este sentido, que no menos de dos volúmenes en esta compilación han de contener esos trabajos médico-homeopáticos.

Al experimentar la pérdida de su primera esposa, el año 1909, se turbó la existencia plácida que desde su matrimonio sin interrupción llevara, y volvió a pensar en el regreso a su patria. Padre entonces de cuatro hijos, todos nacidos en México, tardó más de dos años en liquidar sus negocios, y en el de 1911 volvió a establecerse entre nosotros.

Comienza a ejercer en nuestro medio—hostil—la práctica de la medicina homeopática, cuyos principios propaga y mantiene, si no con el éxito logrado en México, con un positivo triunfo personal que obtiene en nuestro primer Congreso Médico, de donde quería excluírsele por algunos, y en polémicas con otros médicos, en las

que, por lo menos, obtuvo nuestro amigo triunfos de dialéctica.

La vida que lleva ahora Juan Antiga es intensísima. Desde las ocho o nueve de la mañana comienza en su consulta a recibir enfermos. Antes ha efectuado concienzudamente sus ejercicios físicos, que le garantizan la agilidad y salud de que disfruta. A las diez sale a los Juzgados (es de advertir que, necesitando resolver ante nuestros Tribunales una cuestión de intereses personales, y porque no le ofrecía garantía bastante para triunfar en ella—como lo logró—más que su actuación personal, se hizo en un solo año doctor en Derecho civil y público en nuestra Universidad de La Habana) a tramitar sus asuntos de esta índole; vuelve luego a su consulta, y sin un instante de descanso hasta la puesta del sol, prodiga consuelos, examina a sus enfermos, atiende a otros asuntos con una incomparable actividad. De un buen humor constante, producto de la práctica de las teorías que predica, nuestro amigo tiene tiempo para todo. Va a conferencias, lee, asiste a funciones de estreno; *causseur* incomparable, gusta de practicar el olvidado arte de conversar, y tiene tiempo hasta para asistir a nuestras tertulias. En ese constante ir y venir entretiene sus actividades, condenadas—por la fuerza incontrastable de los intereses creados—a ciertos límites muy delineados y precisos.

Podemos sugerirla con claridad diciendo que dependen de su consejo y actuación, entre familiares e íntimos, unas sesenta personas, las que no resuelven nada sin contar con él. Con esto está dicho todo.

Hace un año que escribimos las líneas anteriores. Para demostrar la verdad que encierran, de que no es más que momentánea la paz de la existencia que lleva hoy Antiga—un tanto sedentaria—nos basta recordar que después de ellas ha efectuado nuestro amigo otros dos viajes. Relámpagos, sí; pero que denotan el evidente anhelo de cambiar de escena que lo devora: a México, donde estuvo quince días, viviendo afectos entrañables y creando nuevos lazos de amor; a Panamá, a donde lo llevaron como huésped de honor una Comisión de médicos homeópatas norteamericanos que recientemente visitó esta Isla y que, "consignados" a Antiga, *cargaron* con él, llevándoselo a bordo del *Lapald*, donde, recordando sus antiguos tiempos de *pelotero*, cogió *flais* y dió *hits*. Al buen entendedor...

SUS TRABAJOS

La enorme cantidad de papeles que ante nosotros se levantaba en su mesa fué objeto de un concienzudo trabajo de lectura, primero, y luego de clasificación.

Insistimos entonces sobre la conveniencia de

publicar algunos de esos trabajos, y, al cabo, el autor nos autorizó para seleccionarlos. Al hacerlo tuvimos la enorme ventaja de que el mismo Antiga nos dijera entre bromas y veras: "Hágase el cargo de que me he muerto, y de que, por disposición de un futuro Gobierno, le encargan a usted de revisar mis papeles para romper aquello que no sirve y divulgar lo otro."

Convencidos de la franqueza con que se nos decían esas palabras, hemos cumplido lealmente su propósito con la libertad de criterio que nos señaló el propio autor.

A medida que leíamos, íbamos, primero, desechando todo aquello que no tenía más valor que el meramente circunstancial, y luego, clasificando la obra de Antiga, atendiendo a sus dos aspectos principales: los trabajos puramente científicos, cuya lectura sólo resulta interesante para un público especial, de médicos o de estudiantes, y los que, dotados de otras condiciones, podrían interesar a la generalidad de los lectores.

Los primeros fueron releídos y corregidos de nuevo por el propio Antiga, y aparecerán en su oportunidad prologados por autoridades en la materia.

Los segundos son los que han sido objeto de nuestros cuidados especiales, que no fueron pocos. Publicados en el curso de la agitada existencia de Antiga—aunque casi todos ellos en el

período actual de su vida—, aparecieron por vez primera en periódicos diarios o en revistas poco cuidadas, y adolecían algunos de repeticiones de conceptos, frecuentes en trabajos de esa índole, y de una serie de defectos tipográficos realmente extraordinarios: saltos de líneas, repeticiones de frases y palabras, etc., defectos que han sido subsanados ahora.

Se impuso luego la clasificación y subclasificación, que hemos efectuado atendiendo a los problemas que en los trabajos se tratan, resolviéndola de este modo:

Primero. Bajo el rubro de *Escritos políticos y sociales,* aquellos que estudian problemas de la hora actual y que se refieren a las relaciones de las clases proletarias con las otras dominantes en nuestro medio, o a cualquier otro aspecto de la vida políticoeconómica del país.

Segundo. Bajo el título de *Reflexiones médicas,* los que, nacidos al calor de la práctica de su profesión, derivan enseñanzas sociales e individuales destinadas al mayor beneficio del pueblo.

Tercero. Con el nombre de *En pro de la mujer,* tres o cuatro ensayos sobre eso que han dado en llamar feminismo algunas pedantes, problema que no puede resolverse más que del modo como lo han logrado en Rusia, es decir, concediendo la mayor suma de libertades e igualdades, tanto al hombre como a la mujer,

y teniendo para ésta las consideraciones naturales que impone su misma organización fisiológica, tesis y solución que imparte Antiga a esos trabajos suyos, concebidos y publicados antes de que se produjese en Rusia el cambio fundamental que experimenta.

Cuarto. En la sección de *Trabajos varios* hemos incluído todos los demás que no cabían por su género en las otras secciones, y en ella encontrará el lector, al lado de un notable trabajo sobre las condiciones que debe poseer un buen "pelotero", uno sobre la *Lepra en el Arte*, publicado en Costa Rica, realmente sorprendente por la perspicacia de juicio que contiene y que nos place imaginar que Jules Romains, el célebre "unanimista", compartiría.

En el *Apéndice* incluímos el discurso pronunciado por Antiga en ocasión de recibir su grado de doctor en Medicina, por ser la única obra del autor donde habla subjetivamente de su persona y que nos parece, además, un documento vivo sobre su manera psicológica. También incluímos un trabajo de tesis universitaria que muestra hasta qué punto es elástica la mente de su autor, quien, no creyendo una sola palabra de las ideas que en dicho trabajo abundan, defienden con cierta originalidad un insignificante punto jurídico.

No se agotan en estos volúmenes los trabajos de índole análoga publicados por Antiga.

A propósito, por la originalidad y trascendencia de la tesis históricopolítica que abarca, hemos dejado para ocasión posterior la publicación y el examen crítico de los ensayos escritos por él en la República mexicana en pro de la idea de la anexión de Cuba a la nación azteca, como medio de sacarla de las garras de la dominación española, para constituir más tarde, dentro de aquel Estado, una o varias unidades federales, con toda la autonomía necesaria para su desenvolvimiento.

Cuando estos trabajos a que nos referimos sean reimpresos, y el público conozca las ideas que los determinaron y los principios científicos (dentro de éstos están comprendidos tanto los sociales como los económicos y los puramente políticos) en que se fundaron, Antiga ha de parecernos otro hombre al que hemos conocido; y, en el futuro, esta misma obra, que fué tan combatida en el momento de su aparición y que más tarde le valiera ser proscrito durante algunos años de nuestra vida política, será juzgada por las generaciones venideras por encima de la que efectuaron en otra época insignes cubanos que fueron partidarios de la anexión a Norteamérica, y al mismo nivel de penetración política que Varela, "el sabio maestro que nos enseñó a pensar", y que la pléyade de patriotas cubanos que, agrupados bajo sus enseñanzas, constituyeron el grupo de Alfonso Betancourt,

Teurbe Tolón, Iznaga y tantos otros que laboraron en conexión con el presidente de México, Guadalupe Victoria, a principios del siglo, por la misma causa que Antiga propulsara.

LA IDEOLOGÍA DE TODO UN HOMBRE

Y entramos ya en la última faz de nuestro ensayo. Hasta ahora nos ha bastado recurrir a los rasgos externos de nuestro amigo, transcribiéndolos, para hacer amenas las páginas que preceden.

Ahora nos cumple exponer por qué consideramos útil y necesaria la publicación de estos libros, razonando nuestra exposición.

Basta echar una ojeada al índice de ambos volúmenes para percibir la importancia de los problemas que abarcan: *La igualdad humana, Reformas sociales, Un programa político obrero,* y darnos cuenta de que nos encontraremos en ellos con temas de palpitante actualidad.

En el primer trabajo de los que forman esta colección encontramos conceptos un tanto "románticos", pero que expresan la generosidad del que los ha emitido:

"En el terreno económico, las dificultades serán siempre insolubles en la práctica, como son fáciles y sencillas en la teoría, y de ello nos dan prueba evidente el fracaso (hasta ahora) de todas las escuelas y sistemas. La solución hay que buscarla en planos más elevados y descender con

ella a la vida real, porque de otro modo giraremos eternamente en un círculo metafísico."

Natural es que el lector que conozca a su Marx y su Lenine o a Bujarin ha de encontrar ingenua la solución de Antiga. Sin embargo, su rebeldía ingénita lo lleva más allá, y al final del ensayo exclama: "Por el convencimiento íntimo de que todo lo podemos cuando ello es justo y razonable", frase que en el fondo no es más que una variante del lema de Marx y Engels: "Proletarios del mundo: uníos."

Contra la enorme tontería que representa la actitud de ciertas personas *sensatas* que niegan en Cuba la existencia de la posibilidad de la lucha de clases, Antiga se levanta en nuestro medio y es de los que más trabajan por lograr la celebración de nuestro primer Congreso obrero. Sus ensayos sobre *Un programa político obrero*, la *Réplica*, que lo sigue, y su discurso sobre *La democracia social*, en esta isla, nos muestran ya a un hombre radical, que ha dejado de ser romántico y situado más cerca de los principios científicos del materialismo económico. Pero ¿cómo? ¿No basta para su gloria el hecho de hablar por primera vez en nuestro medio de "justicia social", llamando como Gladstone, y con más razón, a nuestro siglo el "de los obreros", e invocando y encontrando en el "proletariado cubano" la "última esperanza" contra todos los males interiores y exte-

riores que nos acechan? ¿Quién ha hecho más? ¿Quién ha hablado de frente levantando en Cuba la bandera de la "Democracia Social"?

Y luego, este hombre no ha explotado nunca el "obrerismo", como tantos otros que han logrado sentarse en la Cámara a título de "obreros".

La guerra europea, que marca, como todos sabemos, el inicio de una nueva época, de la que, desgraciadamente, sólo percibimos los prodromos en la transición, hace que Antiga vuelva los ojos a ciertas soluciones más radicales aún. El revolucionario romántico a lo Desmoulins se está ya madurando y convirtiendo a principios científicos.

El artículo sobre *El movimiento cooperativo*, durante la guerra, lo muestra ya francamente sindicalista. De este trabajo es este párrafo:

"Por medio de la cooperación y la mutua ayuda, llega más pronto al verdadero éxito el proletariado que siguiendo otros caminos tan peligrosos como absurdos, ni tan francos, diáfanos, prácticos y seguros, resolviendo, antes que nada, el vital problema de la subsistencia, y preparando lentamente a los pueblos, por una disciplina metódica, gradual y efectiva, al cumplimiento y ejecución de los grandes destinos y responsabilidades que les prepara el porvenir."

Y para terminar este examen, bastante para darnos cuenta de la mentalidad, siempre ascen-

dente y en constante evolución, del autor que nos ocupa, nos referiremos ahora a los tres trabajos con que concluye la sección de *Escritos sociales*.

En el titulado *Si Jesús volviese a la Tierra,* Antiga se burla y condena el criterio dogmático de la "ciencia oficial" que condenaría a Cristo (¿se olvidó de Pasteur?) si aquél volviese a la Tierra, y actuando de nuevo como nos cuenta el Evangelio, lograse curaciones por medios no reconocidos aún del profesionalismo médico. No necesitamos recordar que Antiga ejerce la Medicina... (Proudhon... ¿no era abogado?)

En *El negro como profesional,* se enfrenta nuestro autor con un problema nuestro, muy importante y delicado. Se vale para ello de unas estadísticas que fueron publicadas en los Estados Unidos referentes al número de los profesionales médicos de la raza negra o nuestra que allí laboran. Antiga, con criterio verdaderamente revolucionario (que por aquí sabemos cómo es de candente este problema), escribe:

"Ya es tiempo de terminar la época de los prejuicios. Los sentimientos están por encima de los colores de la piel, y la intelectualidad por encima de las razas. Las verdaderas diferencias en los hombres se miden hoy por las resultantes y consecuencias de su mentalidad. El mundo psíquico va cada día dominando al físico, y los ignorantes y los viciosos se confunden dentro de

un solo marco, no importa su origen y condición."

En el trabajo titulado *El derecho a la revolución,* Antiga examina con un criterio ya francamente revolucionario, "de ahora", la situación de los pueblos indefensos frente a la Liga de las Naciones, y expone con visión amplia las distintas fases de ese problema de extraordinaria actualidad (el trabajo tiene fecha de 1919), y se revuelve enérgicamente, proclamando que:

"Le hace falta un lábaro de redención, una nueva fe que la guíe, la consuele, la estimule y la dirija; ni los débiles ni los convencidos hacen historia; mucho se ha demolido y más queda todavía por demoler, y ya se vislumbra el día en que las fuerzas cooperativas del organismo social comiencen su labor reconstructiva y renovadora; pero mientras se aproximan esos momentos de redención, ante las leyes despóticas y absolutas, ante las tiranías religiosas, doctrinarias o filosóficas, ante las oligarquías, dictaduras y autocracias, y cada vez que se trate de la negación de la libertad, la rebeldía de cualquier clase que fuere, no sólo es necesaria y legítima, sino un derecho inalienable e indiscutible, que, si no se emplea con vigor y oportunidad, el pueblo que no la usara mereciera "que sus mujeres fueren vio-
"ladas, sus hombres crucificados y sus ciudades
"reducidas a polvo, y éste lanzado a los cuatro
"vientos."

LOS OTROS ASPECTOS

En las otras secciones en que se dividen estos volúmenes y a las que nos hemos referido ya incidentalmente—, se encontrarán trabajos interesantísimos. *La profesión médica en Cuba* es un estudio sociológicomoral, hecho con una valentía extraordinaria por uno que pertenece a la clase. (La verdad es siempre reconocida, y Antiga, a pesar de ese trabajo, es uno de los miembros más queridos del Círculo Médico de Cuba y de los más enérgicos sostenes de la Federación.)

Todos los demás ensayos incluídos en la sección de *Reflexiones médicas* estudian problemas interesantísimos y contienen reflexiones meritísimas sobre su resolución favorable, que llenan cumplidamente su propósito vulgarizador.

En *Miscelánea,* acaso la parte más endeble en la colección de estos escritos, aparece una serie de artículos concebidos a la manera de Frank Crane, el célebre autor norteamericano de nuestros días, destinados a producir en el público de las revistas y periódicos en que fueron publicados una impresión optimista, y que resumen, en cierto modo, algo de la original filosofía de nuestro amigo.

A pesar de su aspecto vulgar, poco interesante, los hemos aceptado, porque nos decía un espíritu muy cultivado de nuestra misma "promoción

intelectual"—Alejo Carpentier—: "Cada vez que *Carteles* publica un artículo de Antiga, de esos "brisbanescos", aumenta la venta, y recibimos muchísimas cartas para él." Con destino a ese sector del público, y por el espíritu que los anima, irán incluídos en estos volúmenes.

EXIT

¿Y bien? Amigos, ahora os dejo. He querido, a manera de un Tonio cualquiera "a *l'antica usanza*", entreteneros un momento, hablándoos de un tema interesante y de un hombre que a ustedes como a mí les es querido, y si de algo podemos estar seguros es de que el lector que lo conozca ahora ha de gustarle y apreciarlo de la misma manera y calidad... *In comenciate.*

José Antonio Fernández de Castro

La Habana, en el estío de 1926.

ASUNTOS SOCIALES

LA IGUALDAD HUMANA

Buscar un remedio a la injusticia en el mundo ha sido el *desiderátum* de filósofos y socialistas; pero hasta la fecha no parece que el problema haya sido resuelto. La tendencia natural del hombre a través de la historia, demuestra, por el contrario, el afán de dominio, y sea por consecuencia de la guerra, de la propiedad o de la religión, siempre encontraremos las huellas de profundas desigualdades y la superioridad y los abusos del fuerte contra el débil.

Hasta el advenimiento de Jesús y sus doctrinas revolucionarias contra el orden social romano, el mundo espiritual fué sólo el patrimonio de unos pocos elegidos. La difusión de sus ideas en las clases inferiores abrió un horizonte ilimitado de esperanzas y reivindicación. La semilla quedó sembrada y la humanidad ha cosechado y probado el precioso fruto, regado con la sangre y los sacrificios de muchas generaciones. A Jesús, el gran Reformista, debemos las bases fundamentales de la igualdad humana,

porque él fué el primero que formuló el sublime apotegma: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", y levantó con él el estandarte de la fraternidad universal.

Sin embargo, la humanidad no supo aprovechar inmediatamente su preciosa enseñanza, y no obstante que la Revolución francesa y la Democracia americana los hicieron objeto de sus programas políticos, esos principios no fueron divulgados y practicados como debieran serlo, en beneficio de las mayorías. Rebaños de pueblos, siervos todavía del duro trabajo manual, sin luz en sus cerebros, sin pan en sus estómagos, sin fe, durante el transcurso de los siglos han ido gradualmente adquiriendo conciencia de su gran fuerza latente, de la condenación de sus energías acumuladas, y conquistando ventajas y libertades poco a poco, arrancadas a brazo partido a las tradiciones y a los intereses, armadas con la poderosa arma del sufragio, dirigidas por hombres escogidos, aleccionados en la dura experiencia del dolor y la miseria, a la conquista victoriosa de la igualdad, que era el llamado término de sus afanes para pretender armonizar en la tierra el derecho al goce y disfrute de la vida por todos los hombres.

¿Se ha conseguido este ideal? No lo creemos así. Por el contrario, ante el conocimiento de las realidades, los obstáculos han sido mayores y la lucha más sorda y más sostenida, y sus

consecuencias, próximas o remotas, espantan a los pensadores y a los gobernantes. Y ello, ¿a qué se debe? A que sólo se ha procurado atender por los directores de los movimientos sociales a un solo factor: al progreso material de unos pocos, al bienestar de su cuerpo, a la satisfacción de placeres epicúreos, a substituir un poder por otro poder. Y en esta forma, poco ganamos con el cambio. Si en las monarquías y en los imperios uno es el soberano de muchos, en las democracias todos somos los súbditos de la soberanía que en nosotros existe y que delegamos en los poderes públicos; pero el problema social y económico subsiste en toda su integridad; el camino sigue sembrado de trampas y precipicios, y las desigualdades no han hecho otra cosa que cambiar de medio y de forma. El hombre se siente tan pequeño, tan esclavo, tan embrutecido, que mira asombrado al que le habla de igualdad y lo conceptúa ciudadano de un pueblo libre. El comprende que hay algo diferente más allá de su intelecto, que no acierta a definir; pero, en la triste realidad, las cosas sólo han variado en el nombre y la condición de sus nuevos explotadores.

¿Cuál será el remedio que, a mi juicio, podrá remediar tamaña injusticia? Muchos lo han intentado y han presentado sus fórmulas curativas con entusiasmo y abundancia de datos;

pero, hasta la fecha, ninguna ha satisfecho a los críticos.

Voy a presentar mi punto de vista acerca de la cuestión, tal como lo he aprendido de mi experiencia y mis estudios. No me parece que baste igualar las rentas y los ingresos (income), por análoga razón a que tampoco llenaría el objeto propuesto: la igualdad de los gastos.

En el terreno económico, las dificultades serán siempre insolubles en la práctica, como son fáciles y sencillas en la teoría, y de ello nos dan prueba evidente el fracaso—hasta ahora—de todas las escuelas y sistemas. La solución hay que buscarla en planos más elevados y descender con ella a la vida real, porque de otro modo giraremos eternamente en un círculo metafísico.

Y yo me atrevería a proponer una que, a mi juicio, cumpliría con todas las condiciones apetecidas y nos despojaría un poco del ropaje materialista y vulgar que se nota en la mayoría de las que hasta ahora he examinado. Dicha solución la formularía de la manera siguiente:

"La igualdad de los hombres en la tierra sólo puede existir en el legítimo y natural derecho que cada uno tiene para realizar o hacer viables todas sus aspiraciones."

De esta línea común partiremos todos para las regiones infinitas, donde caben todos los infinitos deseos de realización, limitados únicamente por aquel pequeño tanto por ciento que

cedemos a la sociedad para mantener la convivencia general, que regula, encauza y dirige todos nuestros actos en mutuo beneficio. A nadie se le niega el derecho de pedir, ni nadie tampoco podrá negar. El horizonte es ilimitado para todas las ambiciones; pero aquellas que están basadas en bienes materiales quedan relegadas a un segundo término y resultan empequeñecidas ante esa hermosa y palpitante igualdad frente a los estímulos más nobles del alma humana, en donde caben desde las concepciones más ideales de los poetas hasta la organización del colectivismo mundial. Frente a la inteligencia del hombre se rinde obediente la Naturaleza; pero elevando su pensamiento hasta Dios, y armonizando con él sus sentimientos, cumple en la Tierra su misión de paz, amor y justicia durante el corto período de su jornada inmortal.

¿Y cómo conseguir la realización de tal fin? Sólo de un modo: por medio de la disciplina razonada del cuerpo y del espíritu, y a ello hay que llegar por todos los medios, aun el de la coacción; pero principalmente por la palabra y por el ejemplo, sea en el taller, en el hogar, en el *meeting*, en las Cámaras y, sobre todo, en las escuelas, para preparar las futuras generaciones y hacer más fáciles y asimilables las ideas a los hombres del porvenir.

Inculcar el respeto y el amor al orden, fuente única de progreso, pero a la vez ilustrando

con conocimientos positivos, no con teorías abstrusas y frases efectistas; sembrando en cada corazón semillas de solidaridad social; garantizar la vida material con el justo precio del trabajo, pero a la vez señalando la gran avenida que cada cual puede tomar, conforme al mejoramiento y a la perfección, convencido de que forma parte de un complexo organizado, que cada acto bueno o malo que realice tiene que efectuarlo directa o indirectamente, y, por tanto, si sus ensueños no han vivido, pudieran ser materializados por sus hijos, porque el campo de las aspiraciones está abierto a todas las demandas, cualesquiera que sea el sitio en que se encuentre el que las intente...

Con tal hermosa perspectiva, la igualdad social puede, a mi juicio, admitirse y existir, perfeccionándose gradual y progresivamente a medida que vayan desapareciendo los convencionalismos, se impongan los arbitrajes y reine en las esferas industriales la lógica y natural armonía en el reparto de las utilidades.

Y no es de extrañar el fenómeno colectivo, cuando estamos rodeados de hombres, verdaderos tipos de *self-made men*, que desde las capas más inferiores de la estructura social han llegado a las cúspides de las ciencias, de las artes, del comercio, de la política, etc. La pendiente del camino habrá sido muy inclinada, la ruta muy pedregosa, ellos habrán encontrado grandes obs-

táculos, la fatiga los venció algunas veces; pero el temple y la firmeza de sus almas, y con el estímulo de sus aspiraciones para alcanzar una estrella que veían en lo alto, bastó a sostenerlos hasta entregarlos en los brazos del éxito. Los que quedaron abajo siguen admirando las proezas, o pueden repetirlas; nadie les priva de reanudar la hazaña. El que se conformó, a él solo deberá reprochárselo; pero no caben las maledicencias de la envidia ni las desesperaciones de la impotencia ante la preparación igual de todos los hombres frente a las resistencias naturales que opone la fortuna para concederse a los que la solicitan.

Que los pueblos así educados en estas premisas se compenetren de ellas en vez de desviarse por cauces peligrosos irrealizables o imprudentes; que los partidos políticos las prediquen en sus plataformas electorales, que los Estados modernos las favorezcan con una propaganda sostenida y las inyecte en las masas populares por medio de una instrucción metódica y generalizada. Es el único, el más seguro medio para formar buenos ciudadanos, y el socialismo habrá añadido una más en la serie sucesiva de sus victorias.

Por el convencimiento íntimo y sin falsía de que todo lo podemos cuando ello es justo y razonable, en el campo del perfeccionamiento moral e intelectual se concentra cada uno en el

círculo de su propia capacidad, se domina el ambicioso, se satisface y conforma el descontento por el régimen que ahora existe, puesto que no vale su protesta contra el nuevo que se le presenta, y satisfaciéndose las aspiraciones individuales en las múltiples combinaciones del capricho humano, llegaremos gradualmente a la última aspiración de la humanidad, que tanto ansía, por la que tantos sacrificios ha pagado y que de día en día va realizando: la paz de los espíritus, que hará, en no lejano tiempo, de nuestro planeta, *el paraíso prometido de las Escrituras.*

1912.

SOBRE REFORMAS SOCIALES

Está en el ambiente la "cuestión social" y no hay un solo día que nuestra Prensa, a pesar de la rutinaria crónica policíaca y perturbaciones electorales, no dedique a ella algunas líneas.

Y esto es lógico; entre la acción política, para la conquista del poder y la transformación económica y social de un pueblo, media un abismo y el proceso de esa lucha contra la resistencia de los intereses creados y las naturales dificultades de la agremiación, único procedimiento que da la personalidad a las clases obreras, no es obra a veces de una sola generación, ni puede ni debe seguir los métodos torpes, gastados e ineficaces de las campañas políticas.

Las investigaciones han demostrado, a la fecha, que existe en Cuba una masa obrera, compuesta, poco más o menos, de más de medio millón de personas que representan la materia prima electoral, objeto de promesas, después de abandono y siempre de explotación de ambiciones políticas, contingente de fuerzas vivas que

suministraron el nervio del combate en la guerra de independencia y el verdadero glóbulo rojo del organismo de la República, puesto que como mayor consumidor, en virtud del número, soporta las cargas tributarias, que van dejando caer sobre ellas los intermediarios del comercio y de la industria. Quince años de libertad política no han modificado nuestras costumbres y el espíritu de la colonia sigue infiltrando en las leyes anacrónicas y en el misoneísmo de las clases directoras. Los vientos del Norte traen con sus corrientes frías estímulos para la satisfacción de perentorias necesidades. La difusión de la cultura enseña a la mentalidad del pueblo amplios horizontes de perfeccionamiento y bienestar. Y no obstante, esa ilusión de la cultura, se sienten la injusticia, la indiferencia para resolver las dificultades económicas, la desunión, y en ocasiones muestran sus dientes, crueles y mortales, las enfermedades y el hambre. ¿Qué extraño tiene que la masa obrera, convencida de que el camino seguido no ha producido ningún fruto, manifieste por movimientos y agitaciones adecuadas su ansia de renovación de hechos, llevando a la realidad doctrinas sancionadas por el éxito en otros países; que utilicen todos los elementos de intelectualidad que piensen y sienten con ellos; y empleen todos los recursos legales para condensar sus nobles y justas aspiraciones en núcleos orgánicos de gran

potencialidad social, y de cuyas actuaciones esperan conseguir lo que por la paciencia, la abnegación y el sacrificio, extremado hasta sus últimos límites, no han logrado? Es, como dice el notable escritor español doctor Adolfo Posada, ley de vida el que en las sociedades contemporáneas se actúe siempre que algo se pretende conseguir, con anormal y excepcional intensidad. Si como consecuencia de todo ello, obreros organizados obtuvieran la ya por nadie discutida —en el derecho abstracto—victoria de su emancipación económicosocial, la humanidad respiraría tranquila y se sentiría satisfecha a gozar de la íntima alegría que determina siempre el triunfo de la justicia y de la reivindicación en los corazones honrados.

Ya se ha iniciado en Cuba, por fortuna y de una manera franca, por mensajes del Poder Ejecutivo y sentencias de nuestro Tribunal Supremo de Justicia, la política social intervencionista del Estado en las cuestiones obreras, como demostración plena de que seguimos la corriente científica y humanitaria universal, y como anhelo y necesidad nacionales. ¡Pero fenómenos curiosos de psicología colectiva! Las más fuertes resistencias no se encuentran entre nosotros, en el núcleo que representa el capital generalmente extranjero, ni entre los distintos grupos obreros, todavía bastante indisciplinados e inconscientes para no darse cuenta de lo que

ellos valdrían, multiplicando su poder por la unión y la solidaridad de sus principios. Las resistencias más poderosas las encontramos en los hombres que representan la alta intelectualidad, en la atmósfera de especulación y grandeza dominante en la tradición de las reputaciones indiscutidas, en el espíritu de orgullo, de vanidad, de retroceso, de ambición desmedida de los dioses olímpicos estériles e infecundos de todas las situaciones. No la presión conjunta de las amenazas, ni los pasados conflictos, muchos de ellos manchados con sangre cubana, ni la honorabilidad y pureza de intenciones—barreras que en todas partes contienen la crítica—han impresionado sus almas encerradas en el duro granito de sus intransigencias. La suspicacia y el recelo han guiado los juicios, y si hombres nuevos pretenden dedicar sus horas de estudio a formas nuevas de la sociabilidad nacional, y si legisladores antiguos gustosamente se entregan al hermoso *dilettantismo* de ofrecer su talento y experiencias al mejoramiento de las clases que sufren y trabajan, a transformar el funcionamiento del Estado en orientaciones científicas modernas y cristianas, brota cáustico y maligno el sarcasmo del poderoso, el desdén del seudo-sabio, la guerra despiadada del político improvisado, el anatema implacable y mortal del amigo de ayer, hoy irreductible adversario. Pero, a pesar de ello, ¡la tierra se mueve!

La ola invade serena y segura, con nosotros y sin nosotros y aun en contra de nosotros, si nos opusiéramos. El Gobierno cuenta con la confianza de su pueblo, convencido de la necesidad y de la sinceridad de su programa. Es prueba elocuente la espontaneidad con que ha solicitado su concurso, la paciencia y conformidad ante el sufrimiento constante y la fe decidida en el hombre que lo representa. Cuba tiene todavía mucha fuerza de reserva entre sus miles de obreros. Los políticos solos no son el país. Afortunadamente, representan exigua minoría, y si hasta ahora muchos de ellos han demostrado su absoluta inutilidad como factores y representaciones engañadoras del pueblo electoral, para contrarrestar la resistencia absorbente y dominadora de los llamados directores de la opinión, para que nazcan y circulen nuevas corrientes de armonía, desaparezcan desconfianzas, ambiciones pequeñas y luchas por destinos, causa injustificable de conflictos sangrientos, se está elaborando un nuevo instrumento social en los partidos obreros, que representarán con las legítimas demandas de sus organismos constituídos su perfecto y decidido respeto a la ley, demostrando que, lejos de ser un elemento de anarquía, serán un factor del orden, de primera magnitud, regularizadores de la vida y de la actividad de las asociaciones proletarias dentro del espíritu liberal más modernista y científico, pre-

visor de antemano de todos los problemas que se susciten entre el capital y el trabajo, conciliando siempre los intereses opuestos, promoviendo la acción social y gubernativa en beneficio de los trabajadores y preparando la futura legislación social. Las últimas resistencias se irán disipando. La muerte política de algunos de nuestros "grandes hombres" y la corriente avasalladora de las ideas, como potente inundación, vencerán los últimos obstáculos, y Cuba, algún día, podrá completar su independencia y colocarse por su adelanto y libertades verdaderas—no teóricas ni mediatizadas—en el mismo puesto que ocupan sus hermanas del Continente.

1914.

EL TEMOR DEL MAÑANA

La característica del hombre moderno es el temor. No sabe por qué ni contra qué. Pero vive temiendo. Es pesimista por temperamento, por educación, por contagio o imitación. Nunca en la historia de la humanidad se ha desenvuelto ese temor en grado tan superlativo como en la época presente, y lo particular es que aumenta con los años. A veces es agudo, otras amortigua, pero se siente en la calle, en los hogares, en las miradas furtivas del transeúnte, en la angustiosa expresión de las caras de los amigos. Está en el ambiente. La época está simbolizada: el miedo al peligro que viene, no se sabe de dónde, pero que es seguro que ha de venir.

La causa principal de este miedo, aunque en él intervienen grandes determinantes psíquicos, es de índole intensamente sociológica y, limitando el cuadro, económica.

En Cuba, como en Inglaterra, se acentuó después de sus guerras, por la intervención de numerosos y nuevos elementos en la vida pública,

sin suficiente preparación ni aptitudes, pero con ambición y osadía bastante para reclamar su derecho a la vida.

Y la consecuencia no fué la vida, sino la agonía del vivir; porque en el banquete no había puesto para todos y el botín era insuficiente, y no se prestaban a compartirlo los que llegaron primero o tuvieron fuerzas y recursos suficientes para retenerlo.

Para evitar falsas interpretaciones no basta señalar el mal. Es preciso encontrarle remedio o prevención. Tal conducta se ha seguido por los Gobiernos de otras naciones, y ya es tiempo de que en nuestro país intervenga en este problema interior; vía que felizmente se ha iniciado, aunque titubeante e indecisa, cuando debiera ser el objeto de predilección de sus hombres de gobierno. El Seguro nacional contra el paro forzoso es actualmente en Inglaterra una labor gubernamental, más bien producto del esfuerzo de sus grandes corporaciones obreras, pero que el Gobierno mantiene en ejercicio continuo con su protección y vigilancia inmediata.

Hoy en Inglaterra, a pesar de la guerra, el paro forzoso es un incidente, pero no como ha pasado en Cuba, una calamidad o una desgracia. Contra el mal, la previsión es más efectiva que el tratamiento, por enérgico que parezca, y no es por cierto con limosnas como se resuelve el problema de familia. En la última estadísti-

ca publicada por el profesor Seager, se presentaron los éxitos de 450 Bolsas libres del Trabajo que operaban por medio del correo, sin contar las Bolsas del Trabajo oficiales, y ellas comprobaron que en un solo mes, el de diciembre, por ejemplo, habían colocado 221.179 individuos faltos de trabajo. Y para conseguir dicho fin, no se perdió el tiempo en estudios y divagaciones, puesto que ante el hambre y la renta no existen argumentos. El seguro proveía las necesidades primarias y las comisiones respectivas organizaban la industria, la maquinaria y creaban la necesidad para satisfacerla convenientemente en su momento oportuno y determinado.

Este hermoso y noble esfuerzo de crear trabajo para el que lo reclama a gritos y se desespera porque no lo encuentra, se realizó en infinitas direcciones. Lo principal era evitar la ociosidad, fuente de grandes perturbaciones sociales, y alimentar la familia del obrero y pagarle su renta, su fuego y su vestido. El problema lo simplificó de un modo extraordinario el seguro y favoreció el interés de la comunidad. Con el esfuerzo cooperativo, la gran masa humana se disolvió en mil industrias. Se hizo obra de caridad y de patriotismo. Cuba tiene un nuevo espejo en que mirarse, y a nosotros nos sobran medios más fáciles y expeditivos si tuviéramos un poco más de buena voluntad y altruísmo.

La intervención gubernamental en Inglaterra en este sentido ha sido maravillosa; pero a ello le favoreció el gran espíritu de asociación que distingue a los pueblos sajones. El 80 por 100 de las Uniones obreras sostienen Bolsas del Trabajo y seguro contra el paro, combinadas y entrelazadas, con la intervención gubernamental, que no es obstáculo creador de dificultades, sino, por el contrario, estimulante activo, al extremo que en un solo año más de 2.000.000 de obreras y obreros recibieron los beneficios del sistema.

Todo obrero, en Inglaterra, al ser contratado por sus servicios, pide su libro de seguros, y por él paga la suma de 10 centavos semanales. El industrial abona igual suma y el Gobierno contribuye con otra tercera parte. Las oficinas recaudadoras están situadas en forma de coadyuvar rápidamente a estas operaciones.

Tan luego como el obrero queda cesante, lo avisa a dicha oficina. La primera semana no recibe ayuda, porque se supone que puede resistirla con sus ahorros; pero desde la segunda, de acuerdo con estudios bien detallados de sus necesidades, se le entrega determinada cantidad para que haga frente a sus compromisos. En muchas localidades, además de este seguro nacional, es ayudado por el seguro de su Asociación respectiva.

En los últimos seis meses, más de 500.000 fa-

milias fueron favorecidas por este plan; un 30 por 100 encontró trabajo en la primera semana; el resto, dentro del límite que la ley señala, quince semanas. Sólo un 1 por 100 se estimó como carga para el Estado, lo cual demuestra el éxito del sistema.

¿Por qué no existen ya estos métodos en nuestro país? No veo razón ninguna en su retraso, máxime ahora que se ha despertado un "amor entrañable" por la clase obrera, pero que no corresponde a la realidad de la situación largamente desesperada que ella sufre, obligándola a buscar refugio en la burocracia o lamentar la triste suerte de paria en su propia patria. Esto justifica el temor de la época presente. El que tiene, teme del miserable, que comienza a darse cuenta de su derecho como hombre a la cooparticipación del bienestar social. El que no tiene, teme ser prematuro en sus demandas; teme el mañana terrible contra el cual no está preparado por el ahorro o el seguro, y vive en la incertidumbre, en la intranquilidad, en constante angustia, por la seguridad futura de su amor y de sus afectos.

La organización obrera, en primer orden; la atención directa y el interés de los gobernantes, en segundo, mitigarían en un 50 por 100 esos fundados temores del mañana. ¿No es un hecho conocido e indiscutible que el mayor número de nuestros electores vota con su estóma-

go? Según la deducción de los psicólogos y fisiólogos, el estómago no es el órgano de la inteligencia y, sin embargo, ¿no es tiempo ya de que el pueblo cubano comience a darse cuenta de su existencia propia, razone sus actos con independencia económica y pueda vivir en su casa feliz, tranquilo, sin preocupación ni temores en el presente y con más seguridades y garantías para sus hijos en el porvenir?...

1914.

LA LEY DE LA SILLA

Que los sentimientos altruístas se van arraigando de día en día entre los hombres que representan los Poderes públicos y que el ambiente moderno se humaniza y dignifica, lo está demostrando la curiosa y especial legislación que para la protección de los obreros se promulga constantemente en todos los países civilizados. Hemos pasado a la reacción santa y bienhechora, cuidando a los semejantes, no sólo para defenderlos contra explotaciones y codicias, sino también mirando más lejos y más alto, para asegurar su salud presente en beneficio del vigor, de la potencialidad de la raza. Y la ciencia se pone al lado del corazón en esta nobilísima campaña, y el mundo respira por primera vez al sentir iniciada la nueva era de la confraternidad humana, disminuyendo, haciendo menos sensibles las distancias entre las llamadas "clases sociales".

Tales consideraciones sugieren, entre esas nuevas leyes, las últimamente promulgadas en España, nación que se ha propuesto colocarse

en primera fila, como si deseara reconquistar el terreno perdido y que compensa, con la actuación de sus notables hombres de Estado y su admirable y progresista legislación, su inactividad anterior. El concurso de estos factores, estimulado por el poderoso acicate que en el espíritu nacional hizo reaccionar la pérdida de las colonias, determinó, por decirlo así, una nueva España, que demuestra su portentosa vitalidad, al sincronizar, como lo hace, desde hace tanto tiempo, con los demás Estados europeos.

La protección directa del anciano, de la mujer y del niño, han ocupado la atención de los Gobiernos, además de otras leyes generalizadoras, no menos beneficiosas, como la duración del trabajo, la acción de los venenos industriales, la prevención de enfermedades infecciosas, la carestía de la vida, etc.; pero voy a someter a la natural curiosidad de los lectores cubanos una ley originalísima y conmovedora, por su sencillez elocuente, que envuelve la resolución de un problema de inmensa trascendencia y la cual, como lo dice un párrafo del hermoso preámbulo, que subscribe el señor ministro de Gobernación del Gobierno español, Sr. Demetrio Alonso Castrillo, "procurará llevar las garantías de la coacción jurídica allí donde el respeto a la debilidad femenina no es bastante a enfrenar los desafueros de la sordidez".

La ley a que me refiero se denomina hoy la

"ley de la Silla". Ella consiste simplemente en la obligación de proporcionar un asiento a la mujer empleada en las tiendas, almacenes y oficinas, en los talleres de cualquier índole, dondequiera que una mujer trabaje, sea al aire libre, lugares públicos o privados, etc. Esta silla debiera dedicarse exclusivamente a cada mujer, pudiendo utilizarla mientras no lo impida su ocupación, y aun durante ésta cuando su naturaleza lo permita.

A nadie se escapa, y no necesita, por cierto, ser un médico para comprenderlo, qué significa una silla para una persona cansada de estar largas horas en pie; y el más indiferente se da cuenta exacta del enorme desgaste nervioso que experimentan esas infelices obreras que trabajan en los talleres, o dependientes en las tiendas o almacenes, en cafés públicos, etc., sin un rato de descanso, por el temor de contrariar a sus exigentes superiores o porque en realidad no existe un asiento disponible para ellas. La finalidad protectora de la ley llega a los límites racionales de la más absoluta previsión. Exige la silla exclusiva para ese objeto determinado, y establece determinada penalidad a su infracción, para ir logrando lenta y seguramente la disciplina social, único medio positivo de progreso y perfeccionamiento colectivo.

A la necesidad natural del descanso se añade otra razón más imperiosa y terminante. La

fisiología demuestra que la posición vertical es intolerable para la mujer durante largo tiempo. El abuso del corsé, la altura exagerada de los tacones, el zapato modernista, la liga que dificulta la libre circulación venosa, etc., y otras exageraciones de modas, de las cuales no se libran las mujeres cualesquiera que sea su clase y condición, es cierto que contribuyen a la agravación del mal; pero, a pesar de ello, ya era hora de que llegara el día en que fueran mejor consideradas, y algo que yo estimo muy importante se hiciera para remediar y atenuar sus sufrimientos. Se precisaba la acción del Estado como medida reparadora. Ellas nunca lo hubieran pedido, máxime si se les exigiera el sacrificio de algunas costumbres, de algún artefacto que tienda a hacerlas agradables y haya sido impuesto por el hábito o la imitación, y acostumbradas desde niñas al disimulo, a la abnegación, al sufrimiento y resistencia pasiva al dolor, soportan prolongadas horas de trabajo en la posición vertical sin exhalar una queja, y aun si acaso extrañadas de que algún día una "silla" les fuera ofrecida para un descanso breve, intermediario en la faena.

Por eso la ley de la Silla ha tenido tan franca y unánime aceptación en Alemania, Bélgica, Francia, Inglaterra, Australia, Suiza y los Estados Unidos; por eso yo la he notado cumplida y sin esfuerzos en muchas casas extranje-

ras de nuestro país; pero será preciso que lo que ha sido producto de la consideración, de la educación, de la tolerancia de algunos particulares se haga una medida obligatoria y de carácter general, estimulando tan sabia y saludable reforma en beneficio de las mujeres cubanas y extranjeras, la iniciativa de algunos de nuestros inteligentes y altruistas congresistas, subscribiendo un proyecto de ley que se ganará, con la gratitud y las merecidas simpatías, el apoyo de las clases proletarias.

1914.

A UN OBRERO TABAQUERO

Es legítima, justa y humanitaria la voz de protesta de usted y sus compañeros de trabajo en favor de esa humilde y laboriosa clase, a quien corresponde una de las fases más importantes y menos recompensada en la elaboración del tabaco. El acto de "despalillar" la hoja, quitarle sus nervios, como vulgarmente se dice, a fin de prepararla para el torcido, requiere arte y práctica especial, cierta técnica y cuidados para que la hoja no sufra o se rompa y, sobre todo, una salud de fogonero de un vapor transatlántico para resistirla en las condiciones actuales durante algunos años. Sin embargo, a ella se dedican, como el último refugio, la postrer línea de defensa contra la miseria, los inválidos, las niñas impúberes, las ancianas, agotadas por el cansancio de larga lucha por la vida; aquellas mujeres que "no han podido o logrado aprender ni hacer otras cosas", las descolocadas, etc.; en fin, ese largo y sufrido ejército del

dolor y la necesidad, que busca, y se siente satisfecho cuando la encuentra, una silla en el taller de despalillo para ganar, después de varias horas, los míseros centavos con que comprar pobre alimento y pasar un día más de martirio y privación.

Y en tales condiciones, es lógico que el oficio de despalillar arroje en las estadísticas el máximum de las cifras de enfermedades y defunciones. Si el contingente que lo forma lo constituyen lo que podíamos llamar la impedimenta de las familias, porque pueden desempeñarlo casi todos sus miembros, no consiste en la calidad y salud de éstos el motivo de tal desastre, sino en la forma o manera como hoy se practica en la mayoría de los talleres, porque cuando se hace a domicilio los resultados son completamente diferentes.

En efecto, en aquéllos, la despalilladora, en unión de sus muchas compañeras, ocupa el lugar más sombrío, más infecto, más húmedo, menos aprovechado de la fábrica; allí, hacinadas en el espacio de terreno menor posible, colocadas en fila, frente a un barril, van sacando los manojos y depositando las húmedas hojas sobre sus muslos, realizando la operación muchas veces a la luz artificial, en una atmósfera de humedad constante, con la menor ventilación posible, respirando el acre e irritante olor del tabaco recién curado, sentadas por largas horas sin interrum-

pir su tarea, pues la miserable soldada las obliga, sino la voz del capataz, a continuarla sin descanso para terminar en las últimas horas de la tarde, cansado el cuerpo y el ánimo por la posición forzada y a la rutina y monotonía del oficio.

Basta simplemente observarlo, aparte de los defectos señalados, al medio en que aun pueden ser remediados éstos, como, sin duda, se hará cuando la iniciativa de un obrero tan inteligente como ilustrado, el Sr. Ramón Rivera; la Secretaría de Sanidad dispondrá grandes mejoras en la higiene de los talleres. Pero hay un detalle que deseo señalar y someter a la consideración de los expertos, el cual se debe y puede remediar, y que, a mi juicio, influye mucho en la salud y en el agotamiento físico de la mujer despalilladora.

Sentada frente a un barril de los del tamaño corriente no ex profeso para su objeto, la obrera tiene que levantar su brazo en posición forzada para buscar el manojo de las hojas y realizar dicha operación innúmero de veces. Tal ejercicio de músculos de uno solo de sus miembros superiores, continuado y anormal, determina, por su repetición, un agotamiento de fuerzas generales, como una extenuación de la energía local, que se traduce por el cansancio intenso que sienten en las tardes, por fenómenos de contracturas o dolores reumatoideos en las regiones dorsales y en

los hombros. Las gentes del pueblo, que llaman a estos dolores "del pulmón", expresan con ese buen sentido que se sienten afectas "del pecho", traduciendo en lenguaje vulgar su observación al notar, con gran pena, que el despalillo es puerta franca a la tuberculosis.

Es cierto el hecho, aunque concurren muchos factores, como ya hemos señalado, incluyendo el hacinamiento, como la debilidad orgánica por la pobreza de la alimentación; pero no dejan de influir también la continuidad de postura, sentada, realizando el acto de levantar el brazo, inclinar el pecho y forzar las contracciones musculares en un esfuerzo tanto más inútil cuanto evitable; cualquiera disposición que se invente para que la despalilladora recoja el manojo de un modo más sencillo y cómodo, a la par que facilitará su rendimiento de trabajo, realiza obra humanitaria y santa, disminuyendo uno de los medios que le roba fuerzas, y con ella la salud y la vida.

Si a esto se une que la recompensa debiera ser más proporcional, para que el producto final baste al cumplimiento de sus necesidades y dignamente pueda cooperar con los suyos al sostenimiento de su hogar, y la profesión llegue a conquistar, no como es hoy, un recurso de desesperación ante la dura realidad de la miseria, sino una actuación de la vida industrial en la natural división del trabajo manual, con el de-

recho legítimo a la vida y al precio de su labor, su desiderátum se habrá cumplido y su voz de protesta habrá sido oída por Dios, y los hombres vendrán en su oportunidad para encargarse de cumplir su mandato.

LOS NUEVOS IDEALES

Mucho se habla en la actualidad, en todas partes, de espiritualismo; se siente la atmósfera saturada de creencias de la profunda y perturbadora crisis que en lo material y lo psíquico ha sufrido y sufre la humanidad. Se ansía, por algo más concreto y definido, consolador, desinteresado y sereno, en que reposar, creer y confiar, que en todo lo que hasta ahora el hombre ha creado, artificial, absurdo o taumatúrgico, para dar satisfacción a su instinto religioso, a su temor a lo desconocido, a su deseo íntimo de vencer su ignorancia.

De este caos de ruinas y desastres ha surgido con más vitalidad la doctrina espiritualista, como si el dolor de tantas almas le hubiera servido de aliento de redención y consuelos; pero los que nos dirigimos al estudio científico de la nueva psicología, que se ha presentado ante nuestra contemplación atónita, dejamos a un lado la discusión teológica y las tristes y penosas comparaciones entre las filosofías y las re-

ligiones que son, que fueron y que podrán ser, para detenernos ante el misterio, a fin de descifrarlo, interpretarlo, estudiarlo y aprovecharlo en favor de todos y de cada uno de los seres vivientes, cumpliendo el gran deber de la misión civilizadora de llevar luz a los ojos del cuerpo y del espíritu, instrucción a los cerebros y paz a los corazones.

Misión la única evangelizadora y apostolizante. Estudiar las nuevas leyes de lo visible para deducir y conocer las de mundos reales, aunque invisibles; darse cuenta de las nuevas leyes que regulan la vida universal en todas sus manifestaciones, así como los poderes que el hombre posee y que no utiliza por conservarlos todavía en estado latente; recuperar la sabiduría de las pasadas edades, por desgracia perdidas, ignoradas o enterradas entre pasadas capas de supersticiones, fanatismos e intereses creados, y como justo premio a tanta labor y sacrificio; vencer al funesto materialismo hasta la fecha casi victorioso, haciendo que renazcan en el hombre la fe en más nobles ideales; que admita como norma de sus actos la hermosa concepción de su naturaleza espiritual, aumente el radio de su visión mental, extendiendo hasta el infinito los horizontes de sus deseos y aspiraciones; acepte la razonable concepción de un Dios único, eterno, inmutable, absoluto y universal, condensado esencialmente en la signifi-

cación más completa de la palabra AMOR, y que cuanto sienta, conozca, aprenda y sufra le sirva sólo de incentivo para desenvolver sus actividades y de inspiración para un pensamiento sano, una vida moral y correcta y el verdadero camino para gozar de la felicidad.

Al colaborar en esta gran crisis que la humanidad sufre, como un episodio de su desenvolvimiento y una prueba de purificación, los espiritualistas deben asumir grandes responsabilidades y deberes más severos que el resto de sus conciudadanos. Lo ciegos que no quieren ver y los sordos que no quieren oír tienen que ser atendidos o guiados, jamás abandonados a su triste suerte, porque la redención ha de ser total y nadie puede ni debe quedarse entre las zarzas del espinoso camino. Hay que predicar con la palabra y el ejemplo la interdependencia de todos y cada uno, para que la verdad triunfe y se imponga, para que la justicia considere los derechos, para que esas mismas responsabilidades se repartan y esos sacrificios se recompensen. Procurar abolir tanta injusticia, proporcionando más bienestar a los desposeídos para que no haya clases sobre clases y no se repita entre bayonetas y montones de oro la tremenda lección todavía no bien aprendida a pesar de los siglos, que la humanidad, en nombre de los privilegios, los fetiches y las falsedades, sabiendo que ante Dios son iguales todas

las armas, se dividieron los hombres en la tierra en aristócratas y proletarios, y, sin embargo, cualquiera de ambas clases pretende constantemente destruir o dominar a la otra.

Cuanto sucede actualmente está obedeciendo a las leyes ocultas, que si muchos desconocen, hay estudiantes que las observan. Según como el hombre moderno actúe ha de variar la marcha de los acontecimientos. La decisión no está en los Altos Poderes ocultos, sino en sus propias manos. Jamás se ha pretendido que el hombre pierda o deba perder su albedrío o su libertad de acción. Ambas le pertenecen por completo, como dominadores de sus propios destinos, e individual y colectivamente, con la conducta y el pensamiento, alcanzará la realización de los nuevos y grandes ideales que le brinda para su dicha y ventura la Divina Voluntad del eterno y constante Creador.

1916.

LAS OLIGARQUÍAS

¿Se estará organizando en Cuba una oligarquía social y política? Tal parece, a juzgar por las señales de los tiempos y la dirección originalísima y circunstancial de los actos públicos. Sobre la enorme cantidad de errores que arrastramos de un pasado triste y acumulamos para un porvenir sombrío y degradante, ¿encontraremos en este nuevo título de humillación y servilismo tal modalidad prevista de estupidez colectiva?

Una oligarquía cubana sería, en los momentos actuales, la más grande calamidad que caería sobre nuestro país, porque vendería más barato que nunca la libertad de un pueblo, entregándole a una clase de la sociedad, que no tendría más objeto que la codicia ni más incentivo que su provecho y egoísmo. Son las oligarquías las responsables actuales del gran conflicto que asola, conmueve y diezma el mundo civilizado. Sus luchas entre sí, con desprecio de los intereses populares, han determinado la ruina de las nacio-

nes y sacrificado estérilmente las vidas humanas, y cualquiera que sea el nombre con que se la designe: aristocracia, nobleza, burocracia, militarismo, sectarismo político, religioso, etc., su finalidad ha consistido en todo tiempo en crear un cuerpo de parásitos que vegetan a expensas de la vida nacional; un grupo de individuos y familias que gozan, magníficamente, de los placeres, sin el concurso de su esfuerzo y trabajo; una casta de privilegiados, felices y afortunados, para quienes las virtudes, domésticas y sociales, representan palabras en el diccionario, y sus actos, cualesquiera que sean, motivos de aplausos y felicitaciones entre contertulios y partidarios.

Emerson decía que esta clase de pseudociudadanos rebajan la dignidad y el concepto de la humanidad; pero el profesor Harris es más explícito y justo en sus palabras: "Es mucho peor, dice, la influencia que ejercen en el cuerpo social. Ellos son los responsables morales de todos los delitos que se cometen, de todos los crímenes y degradaciones, porque envenenan las fuentes del honor, desde su origen, e inyectan el veneno sutil de la indiferencia, del consentimiento sin protesta, de la aceptación de los hechos consumados, de la adulación y el elogio perenne en las venas de la nación. Ellos son los que debilitan los ejércitos, corrompen la justicia, insensibilizan las Cámaras, degradan la Iglesia. En

tanto que esta oligarquía exista, como está en la Gran Bretaña, no puede haber esperanzas para su pueblo y para las naciones que la soportan. Ella será la culpable de la desaparición de la raza."

Los observadores inteligentes se dan cuenta de que la suerte de las oligarquías se está jugando en los campos de Europa. El problema no consiste en resolver cuál de ellas dominará después de la terrible contienda, sino en hacer desaparecer la mala semilla para siempre, y aprovechar la terrible lección para organizar la humanidad sobre nuevas bases de bienestar y provecho colectivo; y este ideal no se realizará hasta tanto sean los pueblos quienes tomen la propia dirección de sus intereses y organicen por sí mismos, sin clases privilegiadas intermedias, el gobierno de sus respectivos países.

El verdadero partido, que será el llamado a esa gran prueba, y al que perteneció el gran Víctor Hugo, tendrá el atractivo título de la "civilización revolucionada"; él dominará el siglo XX, organizando primero a los Estados Unidos de Europa y modificando, después que haya determinado profundas y radicales transformaciones a los Estados Unidos de América, los Estados Unidos del Mundo.

Mayo, 30 de 1918.

UN PROGRAMA POLÍTICO OBRERO

La política social está en el ambiente.

La que hasta hace poco era objeto de un ensayo, pudiera decirse un experimento de laboratorio, se encuentra en plena vía pública, exigente, casi agresiva, con plena conciencia de derechos y conocedora de la grave responsabilidad de los deberes. Se necesita no querer, ver ni oír; se prefiere manifestar ignorancia o negligencia, antes que abordar, frente a frente, la poderosa fuerza del proletariado, que surge, rugiente y amenazadora, reclamando lo que considera legítima conquista, doble aspiración de la equidad y bienestar colectivo. En vez de buscar cauces lógicos, naturales o de fácil acomodación, se estima que soslayando el problema se resolverá por sí solo, como en otras ocasiones ha sucedido; pero tal solución ya se ha encontrado, y dentro del importante estudio de política social genérica, que hoy constituye la preocupación de los gobiernos, el capítulo de la actuación obrera es el primero que muestra su

vitalidad, y ante su pujante desarrollo hay que consagrarle toda la atención y el interés de gobernantes y pensadores.

La solución señalada, parafraseando al gran Víctor Hugo, se encuentra condensada en la famosa frase: "Organización, Organización y Organización". El hombre es un ser eminentemente social, instintivamente cooperativo. Si los inteligentes y privilegiados lo sabían y practicaban en beneficio de comunes ventajas, las masas ignorantes y espoliadas no tenían oportunidad de seguir sus naturales impulsos; pero el desenvolvimiento de la instrucción, las guerras y otros factores de orden económico y político han influenciado sobre la mentalidad de éstas, y, ya conocedoras de las armas que se les habían entregado, con objetos egoístas prefieren utilizarlas para fines propios, y a fe que los discípulos se van tornando peligrosos y díscolos para sus maestros.

Pero no basta enunciar el postulado "Organización"; es preciso crear un programa, una finalidad de orden práctico, luchar contra los intereses creados, la resistencia del medio, los prejuicios de clase, a fin de obtener un triunfo sin fecha determinada, avanzando lenta, pero seguramente, para no perder posiciones conquistadas, y, por último, aprovechando los mismos recursos que suministra la observación de la realidad, y sin buscar realización de utopías ni

ensueños de fanáticos, aceptar dentro de un programa máximo lo mínimo que se consiga y ejercitar la acción política con discreción y sabiduría, fijando de antemano las pretensiones, para que nadie se llame a engaño, incorporando la cooperación de las energías en el momento en que convengan, en aquel preciso momento político-histórico que la victoria señala a sus inteligentes y elegidos favoritos.

Siguiendo este camino ha procedido la Federación del Trabajo de Chicago—una de las instituciones más prestigiosas y respetables de la vecina República—, creando lo que ha llamado el "Partido Independiente del Trabajo". El domingo 17 del pasado noviembre, y ante millares de sus componentes, se aprobó, después de haberlo sometido a la consideración de todas las Delegaciones, la "plataforma" que, copiando la frase del presidente Wilson, los trabajadores han llamado "Los Catorce Puntos del Trabajo", e inmediatamente fué convocada una Convención, adonde concurrieron delegados de todo el país para ratificarla.

Como lógica consecuencia de tan enérgica como decisiva actuación en la vida pública, se designaron los futuros candidatos para alcalde y concejales de la ciudad, miembros de la Junta de Educación, etc., y se ha comenzado a preparar la opinión para la futura campaña presi-

dencial y provisión de los demás puestos representativos.

Que la actitud de los obreros es digna de aplauso y de respeto, lo testifican, entre otras, las siguientes frases del manifiesto suscrito por el presidente y secretario de la Convención, señores Fitzgerald y Nockles, cuando dicen: "Ha llegado ya el momento en que protejamos "directamente" nuestros vitales intereses y actuemos "independientemente" en la vida pública de nuestro país. Debemos mantener nuestra fuerza de cohesión en el campo político, como lo hemos conseguido en el industrial. Para republicanos y demócratas no somos otra cosa que votos para sus particulares fines, y en general están ya ebrios de poder. Se requiere un programa reconstructivo después de esta gran guerra, y nuestra resolución es muy concreta: Chicago, ¿debe seguir siendo gobernada por plutócratas, políticos profesionales o por los genuinos representantes del pueblo?"

La reacción obrera en Chicago era tan temida como esperada. Esa inmensa ciudad, la segunda en población y riqueza de la Unión, estaba controlada por empresas poderosísimas, que habían sobornado toda la Prensa, la Legislatura y el Poder judicial. La Federación del Trabajo se sentía impotente para lograr justicia en los múltiples y diarios conflictos suscitados entre el capital y el obrero. El ejemplo de San Fran-

cisco, en donde, después de múltiples contratiempos, se había triunfado, sirvió de estímulo, y se sometió a la consideración del pueblo la "plataforma" de los catorce puntos, que revelan la sólida mentalidad de sus autores y la justicia y equidad de las demandas de la clase social que representan:

Primero. El indiscutible derecho de los obreros para organizarse y poder tratar colectivamente, por medio de representantes que ellos elijan, con sus patronos.

Segundo. El control democrático de la industria y del comercio para el bien general de todos los que trabajan con la mano o el cerebro, y la completa eliminación del dominio autocrático de la fuerza de producción y distribución, sea para ventaja de intereses privados o de agentes burocráticos del Gobierno.

Tercero. El día de ocho horas y la semana de cuarenta y cuatro horas en todas las ramas de la industria, con un salario mínimo fijado, y el cual, sin contar con el trabajo de la madre y los niños, permita al obrero cubrir sus necesidades y las de su familia en estado de salud y de bienestar moral e intelectual, le asegure su vejez tranquila y le permita disfrutar de algún descanso, recreo y los placeres de la ciudadanía.

Cuarto. Abolición de la vagancia, creándose oportunidades para garantizar la exigencia

de trabajo, con salarios estables, por medio de la protección a las industrias y el establecimiento, durante los períodos de la construcción de edificios, arreglo de caminos, repoblación de bosques, desecación de terrenos pantanosos, irrigación de tierras, obras de puertos, etc.

Quinto. Igualdad completa y absoluta del trabajo y remuneración del hombre y de la mujer, por el Gobierno y las industrias, cuando lo realicen similarmente.

Sexto. Reducción del costo de la vida al justo medio "inmediatamente" y como una política permanente y constante, desarrollando y estimulando la cooperación en todas sus formas, eliminando toda clase de monopolios, concesiones y privilegios, los intermediarios en todas las transacciones y distribuyendo los productos de la industria y de la agricultura de tal manerá que los actuales productores logren obtener todos los beneficios de su labor.

Séptimo. Democratización de la instrucción pública, desde la escuela primaria hasta la Universidad.

Octavo. Continuar el seguro de vida de soldados y marineros después de la guerra; extensión de dicho seguro por el Gobierno, sin utilidad de ninguna clase para dicho Gobierno, estableciendo el seguro contra accidentes, enfermedad y todas las formas asegurables de la pro-

piedad del obrero, por el mismo Gobierno, sin necesidad de Compañías intermediarias.

Noveno. Liquidación de la deuda nacional, empleando todo lo que exceda de más de cien mil pesos en las herencias y abintestatos, suplementado, si fuera necesario, por una contribución directa sobre el capital de todas las personas o Corporaciones que lo hayan adquirido en negocios relacionados con la guerra, en primer lugar, o por otros medios después; saldar todos los gastos del Gobierno por medio de impuestos graduales y progresivos sobre las rentas, y un sistema de valuación de las tierras, que estimule su producción.

Décimo. Nacionalización y operación de todos los sistemas ferroviarios del país, vapores, elevadores de granos, mataderos, mercados, telégrafos, teléfonos y demás negociaciones de utilidad pública, nacionalización y desarrollo de todas las riquezas naturales, terrenos yermos, caídas de agua, industrias y minas, a fin de que los soldados e inválidos tengan oportunidad de encontrar un medio honrado de trabajo, que les garantice su vida económica.

Undécimo. Restauración completa e inmediata de todos los derechos políticos fundamentales, que fueron lesionados por las necesidades de la guerra, tales como la Prensa libre, asociación, reunión, liberación de leyes de la guerra, y la insistencia patriótica de que deben estar

siempre perfectamente garantidos aquellos derechos que señala la Constitución.

Duodécimo. Representación del trabajo, en proporción al número de votantes en todos los departamentos del Gobierno y en todas las Comisiones y agencias de desmovilización y reconstrucción nacional; reconocimiento de los principios de las Asociaciones de trabajadores, en la recolocación de soldados y obreros de la guerra, con provisión económica adecuada para su sostenimiento económico durante el tiempo en que logren encontrar su destino definitivo.

Décimotercero. Representación de los trabajadores en proporción a su número, en los ejércitos, barcos y talleres del Mundo, en la próxima Conferencia de la Paz y en cualquiera clase de Tribunales de Trabajo Nacional, en la persona del presidente de la Federación Americana del Trabajo, y otros delegados que los trabajadores designen en aquélla.

Décimocuarto. Aceptación incondicional del principio de la Liga de las Naciones, como el instrumento más eficaz de la democracia internacional, de efectividad vital para toda la Humanidad; constituir la Liga de trabajadores de todas las naciones, organizados en tal forma que logren la absoluta destrucción de la autocracia, el militarismo, el imperialismo económico en todas partes del Universo, el desarme uni-

versal y la abolición de la diplomacia secreta, a fin de que desaparezca para siempre, con los reyes, el peligro de las guerras.

Nadie puede asustarse de estas demandas, que hoy nos parecen tan justas, como fueran absurdos en otras épocas para cerebros perturbados por las concupiscencias y corazones gastados para sentir las voces del dolor del pueblo. Pero para comprobar cómo flotan en la atmósfera cálida vibraciones de amor y simpatías, bástame añadir que al movimiento descrito se han incorporado los maestros de escuela organizados, que suman cientos de millares, y que hasta ahora habían sido indiferentes a toda iniciativa política. California, Ohío y Nueva York han respondido casi en el acto al toque de llamada. Puede afirmarse, sin temor a equivocaciones, que antes de un año la voz del obrero americano repercutirá en todos los confines del globo, en un solemne y maravilloso movimiento de activa propaganda, con un amplio y noble programa de interesantes y trascendentales medidas políticas, que están de acuerdo con las necesidades del tiempo y el oportunismo de su realización. La América, por un rasgo de infinito altruismo, se colocará una vez más por encima de las más avanzadas y progresistas naciones europeas. ¿Se quedará el obrero cubano, indiferente y pasivo, mudo espectador y sufrido siervo, aislado y fatalista como un mu-

sulmán, en la orilla de la corriente de ideas que circula frente a él, hacia el mar insondable de su liberación económica y de su potente e indiscutible personalidad nacional?

1913.

RÉPLICA NECESARIA

Valiosos elementos intelectuales del periodismo español, combatiendo en el terreno de las ideas el nacimiento del nuevo partido, que lleva el nombre de *Democrático Social*, han manifestado en diversas ocasiones que en Cuba no existe la llamada *Cuestión Social;* y han confundido las tendencias y el programa de esta entidad política, llamándola *"Partido obrero"*. Consideramos un deber demostrarles su notable equivocación.

El problema obrero no es el mismo que el problema social. Como dice muy bien el ilustrado publicista español Dorado Montero, el primero no es sino la manifestación concreta y parcial del segundo.

Toda injusticia social, y no se negará que en Cuba hay muchas, diferentes en género y especie a las que existen en los países europeos, y todo noble deseo a remediarla, implican un problema social y, según la mayor o menor extensión de esas injusticias y las consecuencias ge-

neralizadoras que agitan y conmueven un gran número de personas, el problema resulta de diferente importancia y significación. Problema social fué en su día el de la esclavitud; problema social es hoy el feminismo y otros miles que surgen a diario en todas las actividades de la vida contemporánea. Toda reforma legislativa supone un problema social, como lo fué entre nosotros el cierre de los establecimientos a las 6 p. m., y el estudio de las conveniencias higiénicas y sociales para que la dependencia no coma ni duerma en los establecimientos.

Y, sin embargo, ninguna de estas cuestiones se refiere al problema obrero, que, sin dejar de ser social, es peculiar de nuestra época y se presenta a ser considerado desde el punto de vista económico y humanitario, que, en resumen, se concreta a una lucha entre las condiciones que debe prestarse el trabajo entre dos elementos que parecen encontrados: el que necesita utilizar y comprar la mano de obra ajena, y el que necesita que se la compren y utilicen; o lo que es lo mismo, entre el capitalista y el trabajador.

La solución del problema obrero se va facilitando de día en día, y pronto llegará el momento en que ha de desaparecer, y a ello se encaminan los esfuerzos de ambas entidades, por medios que se van ensayando en mutuo beneficio.

¿Cuál será el más rápido y acertado? Muy difícil es resolverlo en el presente, puesto que cada

uno juzga las cosas desde el punto de vista de sus intereses y conveniencias; y siendo éstos variadísimos, forzosamente variados serán los procedimientos.

Pero los problemas sociales, que están muy por encima de los económicos, puesto que al resolverse aquéllos se implica el necesario ajustamiento de éstos, tienen que ser objeto de los partidos políticos que, ayudados por la opinión pública, contribuyen a las reformas legislativas por medio de sus propios mandatarios. Hasta ahora en Cuba estos partidarios han demostrado profunda indiferencia a esta clase de progresos, y el pueblo ha notado la inadaptación de sus trabajos a la realidad palpitante. De ahí el nacimiento de una nueva fuerza política, con programas más modernistas, más científicos y más en acuerdo con las necesidades de los tiempos. Existe, sí, la *cuestión social* en Cuba; pero es cuestión social cubana, basada en grandes y reparables injusticias, y tenemos enfrente un gran *problema obrero*, que exige y reclama inmediata atención y cuidados; pero no hay que olvidar, escuchando mejor la voz de los intereses que temen ser lesionados, ni las añoranzas del pasado, que el programa del Partido Demócrático Social contiene una serie de proposiciones, cada una de las cuales es en sí un *problema social* que espera solución, y que ésta sólo se puede conseguir mediante la intervención en

la vida pública, y de manera directa, de los elementos procedentes del pueblo, y los intelectuales que con ellos se identifiquen, teniendo por única aspiración positiva la reivindicación social económica y política del pueblo cubano, tan ingratamente postergado.

1914.

LA DEMOCRACIA SOCIAL EN CUBA

"Señores delegados: Existe entre nosotros, según deben ustedes saber, y a los que no lo sepan es aquí ocasión de manifestarlo, una Sociedad que se conoce con el nombre de "Asociación cubana para la protección legal del trabajo", en la que tengo el honor de ocupar su presidencia. Del seno de esta Sociedad nació la hermosa idea de realizar en Cuba un Congreso Nacional Obrero, y con tal objeto fué creada una Comisión organizadora, que desde hace diez meses ha logrado con tanto entusiasmo y eficacia, que nadie como vosotros sois testigos de mejor ejecutoria del maravilloso y tremendo éxito obtenido.

No parecerá, por tanto, oficioso que la gloria indiscutible y merecida de esa Comisión organizadora la reclame para mí; la Asociación cubana para la protección legal al trabajo, puesto que esa Comisión, aunque autónoma en sus facultades y responsabilidades, formaba parte de aquélla y, por tanto, que con la más absoluta

inmodestia y audacia de mi parte entienda que, como presidente, por ser la representación más elevada de la misma, a mí debiera corresponderme en su totalidad. Pero si esto pretendo es porque quiero desempeñar en estos momentos una función semejante a la de las lentes divergentes. Quiero conjugar en mí toda esa gloria, toda la alegría de ese legítimo y merecido triunfo, todos los elogios y aplausos que se ha ganado en Cuba la causa santa del trabajo, para dispersarlos y repartirlos entre vosotros los delegados que habéis concurrido a este Congreso, a fin de que al retornar a los grupos, núcleos o gremios de donde procedéis, se hagan copartícipes de ella, y siendo, como son, grupos, núcleos y gremios cubanos, reciba la madre común, la Patria amada, la todavía irredenta y paciente Cuba, la inmensa, la profunda, la sentida satisfacción de la victoria, que nunca pudo ser mayor para una madre que la que obtengan todos y cada uno de sus hijos.

En el reparto de los deberes a cumplir, en la distribución de los trabajos a realizar se me escogió, atendiendo más que a condiciones de intelectualidad a motivos de simpatía, para que pronunciara ante vosotros el discurso de clausura de este Congreso. Tarea difícil y poco grata por su naturaleza propia. ¡Siempre son tristes y penosas las despedidas! Pero yo debía y tenía que ser esclavo a los deberes de la obe-

diencia, y así como los ejércitos eligen para el mando de la retaguardia al jefe más leal y más abnegado, yo, que no tenía derecho a reclamar un puesto en las primeras filas, acepté agradecido el que se me indicaba, de acuerdo con la consigna de que *muchas cosas podrán pasar y acontecer en Cuba;* pero con la bandera que se levante y las conquistas sociales que se logren por la eficacia de la acción moral del primer Congreso Nacional obrero cubano, jamás serán perdidas las posiciones que hayan adquirido o adquirieran en lo sucesivo los elementos que con él se identifiquen.

Dos grandes líneas de conducta me impone el puesto que ocupo por la bondad y cariño de la Comisión organizadora y la amable atención de ustedes. Una es señalar a todos el recto camino del porvenir, la estrella de Oriente que ha aparecido en el horizonte, la anormal suma de labor que realizar, de promesas que cumplir, de responsabilidades a satisfacer. Otra, poder interpretar con mis palabras los sentimientos de nuestra mutua despedida.

¿Qué es lo que ha determinado esta reunión de hombres buenos, valientes y decididos, que de todas partes de la isla han venido a congregarse bajo un techo común, al toque del clarín de sus compañeros de faena? ¿Por qué hasta ahora miles de obreros cubanos se sienten preocupados, miles de corazones cubanos laten por

análogos impulsos? ¿Qué finalidad práctica se persigue en Cuba al organizar un Congreso, aquí, donde el instinto de asociación parece que se atrofia, y es ya consejo popular que el cubano jamás podrá hacer nada donde la cooperación levante su voz salvadora y eficaz? ¿Es que nos hemos reunido tan sólo para aplaudir los brillantes trabajos de los compañeros y aprobar sus urgentes conclusiones?

La respuesta a todas estas cuestiones la leo en todos vuestros ojos y casi la pronuncian vuestros labios. Está flotando en el ambiente. Es la palabra sagrada cubana que todos presentimos, deseamos y reconocemos; pero que hacía falta este momento psicológico y emocionante para que se tradujera en estímulos prácticos, efectivos y realizables, so pena de vivir eternamente o como estériles teóricos agitados por el soplo del deseo, vanos propagandistas de una nueva fe libertadora, que nunca habría de encarnar sino hasta el momento en que la pida y reclame con imperio, cansada y molesta por tantas mentidas promesas, la clase trabajadora que vosotros aquí representáis.

Lo que necesita el trabajador cubano en su propia Patria; lo que todavía no ha podido conseguir, no obstante lo mucho que ha dado en cambio para adquirirla, sea en la emigración con sus sublimes ahorros y dádivas, sea en los campos de la guerra, con su heroísmo y abne-

gación sin tasa; sea en las ciudades, con su estoicismo, su prudencia y su serenidad ante las mil tentaciones que lo abruman, es la conciencia de su propia personalidad. El trabajador cubano, si la efectividad práctica de estas magnas asambleas no se traduce por una acción real y positiva, llevando al campo de las luchas públicas esas conclusiones aprobadas y haciéndolas sentir con el peso grave e inexorable de su poderosa personalidad como obrero, independiente y sin compromisos que liguen su voluntad y sus intereses en todos los órdenes de la vida, está perdido. Pronto será desplazado, extranjero o ilota en su propio país, paria vergonzante en una isla de la libre América; es la víctima de sus debilidades, de su indiferencia cívica, castigo cruel, pero lógico, de su intransigencia, de su ceguedad, de su desunión, de su falta de fe, de sus rivalidades.

Y no es extraño la crudeza de mis palabras, porque esta enfermedad no pertenece exclusivamente a los trópicos. Es la Historia quien se encarga de reproducir la misma escena, cambiando sólo los personajes y las decoraciones a través de los tiempos.

En todas partes y en todas las épocas el pueblo ha recibido por intermitencias el conocimiento de su propio valor y lo usa y utiliza con relampagueante actividad. No ha existido una revolución moral o social en donde no haya

desempeñado su gran papel decidiendo la victoria; pero pocas veces ha sabido conservar la dirección y aprovechar sus frutos.

¿Qué habría sido del cristianismo sin el pueblo? La propaganda de los apóstoles y el ejemplo de sus mártires preparó la doctrina; pero fué la multitud quien le dió consistencia y estabilidad para que triunfase, por esa ansia inextinguible que la devoraba de esperar y amar. Tan luego como el cristianismo se emancipó del pueblo, su influencia cambió por completo de carácter.

Igual suceso se repitió con la revolución francesa. Si las ideas de los pensadores del siglo XVIII no hubiesen penetrado en las entrañas del pueblo, si no se hubiese puesto en movimiento el arte popular, la revolución no se hubiera verificado.

Y el pueblo ve siempre más claro que los individuos, y con segura lógica penetra en el fondo de los acontecimientos y los lleva hasta la final consumación de sus idealismos. Pero una vez fué víctima de sus pasajeras exaltaciones y no sintió la firmeza ni la constancia de su éxito, porque no supo preservar la revolución de las violencias a que fué precipitada por un desfallecimiento general de la razón.

No me negaréis que los mismos hechos los han presenciado en Cuba dos generaciones. El apóstol de la revolución cubana, prestando oído

a las experiencias del pasado, se dirigió directamente al pueblo para pedirle su ayuda material y moral, y su ruego no fué desairado. El supo buscar y escoger aquellos hombres nuevos, que no pesaban sus acciones con la balanza del oro ni las midieron con el termómetro del miedo. El lanzó su mirada, penetrante y vidente, a los pinos nuevos, hacia los jóvenes, no a los hombres muertos, que ya habían vivido bastante y de ellos no quedaba más que el escepticismo y la fatiga, y el pueblo de Cuba respondió a su atrayente palabra, lanzándose en desigual contienda a una lucha suicida por una tierra donde no hay un arroyo que no hubiese llevado en sus aguas sangre de valientes; árbol que no hubiese dado su sombra a un héroe desconocido; palmo de tierra que no merezca llevar signo de cristiana sepultura.

Y si Martí triunfó, no fué tan afortunado el obrero cubano, puesto que nada ha obtenido en las bienandanzas que se esperaban, porque pecó de la misma falta, dejando escapar la parte que debía corresponderle y volviendo al hogar decepcionado para entregarse al sueño y en poder de las llamadas clases directoras, que siempre lo han estado soslayando, porque nunca lo han querido tratar, la resolución de los serios problemas, en los que él debió directamente haber intervenido. El obrero cubano perdió esa nueva oportunidad de hacer sentir y valer su

condición personal y, poco a poco, descontento por sus tentativas de reivindicación fracasada, por sus esfuerzos estériles, frente a un sistema invencible, con los medios de que disponía, se entregó pasivamente a su infortunio, y como el beduíno, se tendió en las puertas de su tienda, a lo largo del camino, confiado en que la caridad del viajero evitaría que sus huesos fueran descarnados por las fieras que husmeaban alrededor de su hogar desamparado.

La clase trabajadora cubana es reconocida por todos como el desideratum de la generosidad, de la rectitud, de la alteza del pensamiento. Es ella el basamento de diamantes que resiste la falsa estructura de nuestro edificio social, que se ha levantado en el período constituyente de nuestra historia y sobre cuyas ruinas se ha de crear la nueva Patria, cuando los vientos de tempestad hayan pasado, para dar lugar a que se construya la vivienda cubana, donde reposen nuestros penates y podamos llamarla algún día, con derecho indiscutible y nada dudoso, nuestro hogar, pese a la mala voluntad y a los malos deseos.

No dudo, por lo tanto, que pudiera de nuevo desfallecer; pero es deber de todos los que somos parte integrante de este gran movimiento de ideas, que se traduce por un Congreso Nacional, que despertemos al pueblo de su pesado sueño, le presentemos un grande y generoso

ideal de bienestar social, y sobre las amargas y desoladoras situaciones a que le condena inocentemente un sistema injusto, hagamos brillar ante su conciencia los destellos de una esperanza realizable, nuevos derroteros a su actividad para que no pasen sobre él, como hasta ahora sucede, las promesas de sus trovadores errantes, como áureas nubes que ruedan sobre la tierra árida, sin refrescarla ni fecundarla.

Por el hecho de haber sido miembro activo u honorario de este Congreso se ha contraído una sagrada deuda con el verdadero y genuino pueblo nativo de Cuba. Y ésta es mantener por todos los medios el sentimiento de su nacionalidad por la continuidad del pensamiento en ella, continuidad que debe a la vez componerse de dignidad y de fuerza. Primero que nada, sentirse con personalidad propia de cubano por la inteligencia y el sentimiento; después, viril componente de la Sociedad obrera, que nace a la vida del Derecho público y que desesperadamente tiene que defenderse contra toda clase de enemigos, que procuran disolverla o anularla, y contra los cuales no cabe otra defensa que las poderosas armas del sufragio, meditado y razonado.

Y para lograr ese ideal, que ya no es lejano ni ilusorio, pues lo comprueba la magnificencia de estos actos y el triunfo de estas ideas en todos los países, para conseguir esa renovación

social, sólo se requiere voluntad de propósito, constancia, firmeza en la acción. Para que esta clase de empresas surtan los efectos deseados a la altura de esos ideales sólo se pide el apoyo de la opinión pública, que es la fuerza moderna, que por el contacto íntimo de sus diversos componentes constituye lo que podría llamarse el alma nacional, la única que puede dar calor y vida a la acción pública, la que estimula, vivifica y capacita para mover las multitudes hacia un fin cultural y progresivo, dentro de la completa y absoluta legalidad.

En efecto, en esta época ya todos los Gobiernos civilizados reconocen lo que esa fuerza significa, y ella es la primera que dice, en todos sus diferentes medios de expresión, que no es justo negarse por más tiempo a las legítimas demandas que los trabajadores cubanos a diario formulan; que no es prudente, aunque sí muy peligroso, contestar con el silencio y la pasividad a las pretensiones de mejoramiento y de legítima defensa, que requiere de los Poderes públicos la clase más numerosa, más necesitada y deprimida.

La idea de Justicia Social posee en nuestra democracia una gran fuerza oculta, a la que hay que atender y poner de manifiesto. Conseguida la independencia política, aunque todavía discutida y limitada en nuestro país, ¿hacia qué

lado podía dirigirse el anhelo por el ideal, si no es hacia la justicia social?

Cuando los últimos ecos de las diferencias que nos separan a los unos de los otros se hayan extinguido, los hermosos ensueños renacerán de sus propias cenizas en el corazón de los libres ciudadanos. Los trabajadores cubanos, tanto por interés económico como por interés moral, se transformarán en hombres conscientes y responsables de sus propios actos, porque el único medio de levantar y prestigiar al individuo como a la producción industrial es realzando la propia estimación personal, desarrollando en cada hombre cuanto de sincero, bueno y honrado en sí contenga, para arrancarlo por la solidaridad profesional de la servidumbre de los débiles, de los horribles azares, de la ociosidad forzada, del aniquilamiento del trabajo regular y excesivo, evitando que el hombre subordine las leyes superiores de la vida fisiológica a las leyes brutales de la concurrencia. Es forzoso que el hombre conceda en el curso de su existencia un espacio para la vida de la familia y el cultivo de las facultades del espíritu; que vislumbre fulgores de dicha y esperanza de prosperidades, en vez de sentirse sumergido y encorvado como un siervo bajo el peso de todas las negaciones sociales, sin poder hacer uso de otra protesta que la del silencio, ni contar con otro medio de salvación que la violencia.

Y la única salvación del trabajador no está en esa violencia a que lo invitan hombres malintencionados y que desean su ruina y la de su patria, y por último término sólo se condensa en remordimientos y desengaños. La única salvación del trabajador se logrará en el tacto de codos con sus compañeros, en organizarse en una gran fuerza política social e independiente para reclamar con energía y vigor, sintiendo en lo más profundo de su alma la razón de su derecho, en todos los terrenos, a quienes corresponda reconocerlos. Si el siglo XIX fué llamado siglo de la burguesía, y en él fueron reconocidos los derechos naturales e inalienables del hombre, el siglo XX fué bautizado por el insigne estadista lord Gladstone como el siglo de los obreros, en donde, como en vasta retorta, se caldearán los grandes principios de todas las filosofías político-religiosas para la nivelación de las fortunas y la supresión de todas las injusticias sociales. ¿Y cómo es posible que el trabajador cubano hubiera permanecido indiferente, la única excepción en el Universo, resistiendo pasivamente a esta ola arrolladora de progreso cultural y regeneración colectiva? Bien venido sea el proletariado cubano unido y organizado al escenario de nuestra historia, puesto de pie, reclamando un lugar en el banquete político, como comensal de honor en nuestra Patria. Vengan los nuevos cruzados de la santa

causa del trabajo a luchar por los principios cristianos que exigen las necesidades de los tiempos. Vengan, briosos y sinceros, a colaborar con las clases intelectuales, con buena fe, las manos unidas, la mirada altiva, el paso firme, en busca de las soluciones de sus propios problemas, guiados por la ciencia y estimulados por los impulsos del corazón. Dejad pasar al nuevo señor, que ahora se levanta, y educadlo en el respeto al derecho de los demás, que a regañadientes o voluntarios le van preparando el camino.

No sólo de pan vive el hombre, dice el precepto bíblico, ni se compone únicamente de vientre y de miembros. También tiene un alma que se eleva sobre el cuerpo; también se siente falto de justicia, de educación, de bienestar, de descanso y, sobre todo, de una palabra de vida o de esperanza, que de alguna parte llegue.

Se dice que el proletariado debe bastarse a sí mismo, y que estos Congresos, donde toman participación elementos afines por el sufrimiento, aunque disímiles en su origen, sólo deben ser exclusivamente obreros. ¡Cuán engañados los que así piensan y cómo desconocen los detalles de la vida íntima de los pueblos. No existe imán ni foco más poderoso de atracción entre los hombres como el peligro y la miseria. Ni tampoco es esto lo que nos enseña la filosofía de la historia. Ella nos dice que ninguna clase social

por sí sola, ninguna fuerza, ha podido conseguir de un modo estable y duradero un progreso que afecte a la humanidad, sin el concurso de las otras, en digna forma, y nunca sin el auxilio de los hombres que han dedicado la mayor parte de su vida al cultivo de las ciencias. Los directores de todos los movimientos sociales, los que encauzan y enfocan estas nuevas corrientes y se preocupan seriamente de infundir en el ánimo de las multitudes congregadas en nombre de un ideal que las impresiona, han sido casi siempre hombres limpios de toda ambición y egoísmo personal, abnegados y dispuestos a todo sacrificio por el triunfo de aquél. Nunca son jefes inflexibles ni rectores implacables. Sacuden la pereza mental, la modorra del sentimiento, el quietismo popular; tonifican y restauran la voluntad dormida de los humildes, haciendo que surja del fondo de su pecho el amor al combate por el progreso en todas sus más nobles manifestaciones. Son almas fuertes, almas excepcionales, almas ideas que aspiran llevar sus energías al triunfo de obras redentoras que simbolizan la paz, la libertad y el amor. Quizá parezcan poetas o utopistas a la vulgaridad mediocre, estéril o impotente, que los califica de insensatos o perturbadores, porque los obliga al movimiento o le imprime algún cambio a sus bastardos intereses; quizá no tengan otro premio que el desdén de sus con-

temporáneos por la burla sangrienta de los adoradores del becerro de oro y la vanidad infecunda. A ellos les basta únicamente saber y sentir que han sido precedidos del innumerable ejército de hombres reformadores y pensadores dignos de alabanzas, cúspides de la humanidad más exaltada, y que todas las utopías y los absurdos e imposibles del presente son y han sido siempre las esplendentes, luminosas y trascendentales realidades del mañana.

Trabajemos, pues, todos, obreros e intelectuales, valerosa y noblemente en este gran paso cultural, que señala con piedra miliar el éxito del primer Congreso Nacional Obrero Cubano. Busquemos juntos esa palabra de vida y redención para la clase obrera cubana, a fin de que se sienta próspera y satisfecha en su propio suelo, sin temor a extrañas competencias, que le obliguen a discurrir su mísera vida económica. Coadyuven unidas todas las fuerzas sociales de nuestra Patria, la Religión, la Ciencia, el Arte, el Gobierno, las clases privilegiadas por la riqueza y el talento, a este gran ensayo educativo de pedagogía social. Laboremos, unidos y confiados los unos de los otros; asistamos, atentos y benévolos, a los primeros balbuceos del proletariado cubano para adquirir su personalidad propia y su organización nacional. Felicitémonos del aumento de una nueva vitalidad para gloria y orgullo de la Patria. Y este gran

pueblo, sufrido y callado, paciente y tranquilo, que ha laborado tan intensa y fatigosamente por su independencia y libertad, verá algún día cumplido por lo incansable de su propósito y el constante suspirar por sus ilusiones, aquella *República Cordial y Sagaz* de que nos hablaba Martí, fundamentada sobre el ejercicio franco de todas las capacidades legítimas del hombre y aquella nueva y sincera democracia, apta para cumplir en la vida histórica del continente americano los difíciles deberes que a Cuba le señala su delicada e importante situación geográfica. Vengan en buena hora, con vigor de juventud, sin temores femeniles ni vacilaciones cobardes, los que amen aquella Patria ideal que soñamos en las emigraciones y que tantas víctimas, tantos héroes y mártires nos reclamó en holocausto para concedernos sus favores, y conservemos, empleando todos los medios, por extraordinarios que parezcan, para entregarla a nuestros hijos, esta sagrada herencia, que los cubanos nos complacemos en mantenerla al borde de un precipicio, haciendo con ella peligrosos juegos malabares, en los que intervienen la concupiscencia de unos, la mala fe de otros, el abandono y el desdén de muchos, la ignorancia de los pocos y el consentimiento de todos.

Una nación—dice Renán—es un alma, un principio espiritual; su expresión es el consentimiento actual, la voluntad de vivir juntos y de

gozar una vida en común todos los individuos que la componen. Tener glorias y dolores semejantes en el ayer, una misma voluntad en el presente y la misma aspiración en el porvenir es la condición precisa para que un pueblo se dé cuenta de su existencia. Y esto deben tenerlo presente todos los que viven y trabajan en Cuba, si queremos paz, armonía, solidez y estabilidad económica, so pena de que nos estemos engañando mutuamente, con las suspicacias y peligros consiguientes. Y como la existencia de una persona es la afirmación continua de sus propios actos, y la de una nación un plebiscito de todos los días, nos vamos distanciando los unos de los otros, y no existe el respeto y la consideración mutua para que la conveniencia social y económica sea positiva, honrada, ideal, y no fantástica, hipócrita o ilusoria; la Patria cubana continuará su triste marcha en progresiva e inevitable decadencia. Sois vosotros, trabajadores cubanos, la última carta que se juega para salvarnos del destino manifiesto, y depende de vuestra unión, de vuestra fortaleza y de vuestra noble ambición, que esta incierta y comprometida nacionalidad se afiance y consolide sobre bases tan sólidas como duraderas. La honorabilidad siempre ha inspirado respetos, y el orden es la ley suprema del Universo.

Cuéntase de un rey de los antiguos tiempos, que en su lecho de muerte sufría pensando en

la suerte de su reino ante las desenfrenadas pasiones de sus hijos. Un día resolvió llamarles, invitándoles a que rompieran ante él un haz de flecha que les entregó. Vano fué el intento. Uno a uno fracasaron en su empresa. Vencidos y descorazonados se lo devolvieron al padre, declarándolo imposible; pero éste, desatando el lazo que unía las varillas las fué rompiendo una a una, al mismo tiempo que les decía: "Unidos, siempre seréis invencibles; desunidos, cualquiera podrá fácilmente destruiros, constantemente explotados y reducidos al fracaso y a la nulidad, con el débil esfuerzo con que yo rompo estas varillas."

Y ahora, trabajadores cubanos, aprovechad esta hermosa lección objetiva, que debéis llevarla grabada con firmes caracteres en vuestra mente para repetirla a los núcleos o gremios obreros de donde procedan. Uníos y compenetraos entre sí y con nosotros como un haz de flechas, atados por el lazo del amor a Cuba y a las instituciones democráticas. No consintáis que por ningún concepto nadie lo desate; sed fuertes por la unión y confiad en vuestro seguro e indiscutible triunfo. ¡Adelante, trabajadores cubanos! ¡Dos pasos al frente! ¡Cantad el himno de los vencedores! La democracia social levanta hoy en Cuba su bandera de victoria y reivindicaciones, y ella os espera para levantaros de vuestra postración, para salvaros,

para cubriros y ampararos entre sus hermosos y venerandos pliegues."

(Discurso de clausura del primer Congreso Obrero celebrado en la República de Cuba el año 1914, el día 30 de agosto.)

LA PAZ INDUSTRIAL

Oímos a menudo hablar de la paz entre las naciones; pero muy rara vez de la paz industrial. Sin embargo, ésta es más importante, porque cada día las guerras son menos frecuentes, y a la inversa sucede con las huelgas.

También oímos hablar muchos de la *libertad industrial;* pero estas palabras originan cierta confusión, porque un pueblo puede ser muy libre y no gozar de la paz por motivos económicos o morales. La paz de que tratamos debe ser con honor; es decir, de absoluta conformidad con la justicia, y entiéndase que no decimos *con la ley.* Desgraciadamente, en muchas ocasiones ambos términos no son sinónimos.

La gran mayoría de las perturbaciones industriales obedecen a dos causas:

Primera. El aumento incesante de costo de la vida, que exige un aumento en los salarios, lo cual, en verdad, no es un aumento, sino un ajuste, porque *el dinero sólo vale en cuanto con él se puede comprar o adquirir lo que se necesita.*

Segunda. La perniciosa actividad de muchas personas, que se han dedicado, como un *modus vivendi*, a buscar oportunidad para perturbar a sus semejantes, con cualquier pretexto o motivo, convencidos de que con ello se obtiene siempre dinero y hasta glorias, si no se sabe trabajar con tacto y diplomacia.

No hace mucho tiempo que en Nueva York ocurrió una gran huelga de sastres y costureras, y la Prensa levantó unánime protesta contra las condiciones antihigiénicas en que vivían miles de obreros, explotados por contratistas sin conciencia, que retenían más del 75 por 100 del salario de aquéllos y les hacían sufrir los horrores del llamado *sweeting system*.

En la terrible lucha entablada entre ambas clases, el Cap. Kelly indicó las conveniencias de implantar el procedimiento de la Nueva Zelandia, con el nombramiento de una Comisión arbitral, y el éxito ha resultado sencillamente maravilloso.

Los fabricantes organizaron una Asociación y los obreros una Unión; ambos cuerpos se comprometen a someter al arbitraje todas las cuestiones que se presenten, en relación con los salarios, horas de trabajo, enfermedades, etcétera. En caso de que no haya acuerdo previo, el asunto en discusión se somete a la consideración de un Comité de representantes de ambas partes, que resuelve después de determinado

tiempo; pero sin que en ningún momento se pueda declarar la huelga o el cierre industrial. Si el acuerdo no es satisfactorio, se somete el asunto en definitiva y sin apelación a un Comité final, como última Corte Suprema, compuesto de tres miembros desinteresados, nombrados a satisfacción de las partes.

Uno de los puntos más trascendentales de estos acuerdos entre los elementos industriales y trabajadores ha consistido en que aquéllos pueden indicar miembros u obreros que no pertenezcan a la Unión, si el número o la calidad de aquéllos no fueran suficiente para las exigencias de la industria; pero, en cambio, la Unión puede admitir obreros del oficio sin restricciones, reduciendo sus cuotas al mínimo para que no exista ninguno que no esté asociado, tendiéndose a llegar hasta el desiderátum empleado en la Nueva Zelandia, en donde se ha suprimido la cuota de entrada y la "bola negra" que impedía la admisión.

En ese país, con este método "compulsorio", la paz industrial existe hace más de veinte años y no hay temores de que se interrumpa. Todos los acuerdos son respaldados por el Gobierno, que los hace públicos y las demás Asociaciones y Uniones, y el éxito está asegurado. En los Estados Unidos, los esfuerzos de la "Federación Americana del Trabajo" se dirigen en tal sentido, y el Sr. Marceson, en el último núme-

ro del periódico de Munsey, se expresa en esta forma: "Este procedimiento elimina por completo a los explotadores del obrero y termina las diferencias motivadas por intereses personales o de amor propio, porque sin darse cuenta de ello el industrial se convierte en un agente inconsciente de la Unión, y ésta, a su vez, estimula la federación de los capitales, de manera que las ventajas son mutuas.

El industrial está protegido contra la competencia incorrecta, porque todas las partes procuran mantener las mismas condiciones de beneficios en el común negocio, y terminan para siempre los actos arbitrarios de una u otra parte, con perjuicio de los precios y que han determinado tantas perdidas.

Por último, así es como se mantiene la disciplina del capital y del trabajo dentro de sus naturales límites y se respeta al público, creando un sentimiento de propia responsabilidad. En suma, renace un nuevo sistema económico que ha de ocasionar, mejor que ningún otro, el por tanto tiempo sonado y esperado ideal de la democracia industrial."

Estas preciosas y prácticas enseñanzas, ya viables en países extranjeros, deben servir de lección objetiva a los obreros y a los industriales en Cuba, para evitar serios trastornos en sus intereses o determinaciones envueltas en el ridículo, antes del fracaso, y con un poco de bue-

na voluntad procurar por ambos que se hagan efectivas entre nosotros, pues las pasadas experiencias suman días terribles de dolor, de angustias y miserias que hubieran podido ser evitadas oportunamente. Pero luchamos entre nosotros con la tremenda desventaja de la ignorancia, de la candorosidad o de la humildad, quién sabe si de la indolencia de nuestro pueblo, y los que, basados en esto, han abusado y siguen abusando, estirando hasta el máximo las ventajas y el provecho y llegando hasta la amenaza de la fuerza física, no debían olvidar las lecciones elocuentes y no muy lejanas de la Revolución francesa, porque habiendo miles de obreros por cada industrial y estando la soberanía en manos del pueblo, sólo le falta a éste tener conciencia de que la posee y de su fuerza y efectividad para exigir lo que en otra forma y con más derecho sería terrible que lo reclamara. En las presentes circunstancias hay un derecho legítimo a la vida, y no sólo material, sino en todos los órdenes, dentro de las capacidades y la libertad del espíritu moderno, y los hombres que entregados únicamente a la conquista de los millones no tienen en cuenta a los millares de sus semejantes que luchan y trabajan por su cultura y el bienestar de sus hijos, si no que amasan sus fortunas con las privaciones y la estulticia de sus subordinados, y en vez de modificar sus métodos, asimilarse al medio y reducir sus ga-

nancias a los justos y naturales límites, son eternos obstáculos en el camino de la "paz industrial honorable", como microbios malignos, insectos dañosos o serpientes venenosas, deben ser pública y sencillamente eliminados.

1914.

LA ORGANIZACIÓN CIENTÍFICA DEL TRABAJO

El mundo marcha, nos decía Pelletan, y esto se confirmaba de día en día en lo que se ha querido llamar "la cuestión social". Hay un hecho que reviste intensa significación pública, y es la intervención de los hombres de ciencia en los asuntos políticos. Hasta hace poco, esto parecía un campo vedado a la competencia científica, y se daba la primacía a la audacia, cuando no a la ignorancia o la perfidia. El proceso moderno va tomando nuevos derroteros, y la doctrina utilitarista se impone, convocando a la ciencia para que preste su poderosa ayuda a las humanas actividades y haciendo salir de los laboratorios y de los gabinetes de estudio a los doctos y a los dignos para que cumplan sus sagrados deberes de mentores sociales.

Felizmente, la época de los seudos sabios o de los intrigantes es de poca consistencia y duración. La cultura general es el mayor enemigo de los espíritus inquietos y explotadores de las pa-

siones y de los bajos sentimientos. La reacción se ha iniciado y avanza en todos los pueblos, y en Cuba será también aprovechada para beneficio de sus clases proletarias, cansadas de tanta oferta incumplida y sedientas de grandes reformas que les aseguren su bienestar físico y moral.

Los adelantos positivos obtenidos por la Fisiología, por ejemplo, han conducido a resultados tan notables, que el Colegio de Francia llegó a pensar en la creación de una cátedra especial, y así fué solicitada en la Cámara francesa, tan sólo para organizar de un modo científico y sistemático las relaciones que entre las investigaciones de la ciencia en el campo del trabajo fueron notadas y observadas como argumentos desinteresados de aquélla, para solucionar los conflictos que a diario se presentaban. En efecto, el estudio del movimiento se enriquecía por nuevos descubrimientos. La actividad del músculo en función tiene múltiples aspectos, según la clase de trabajos a que el hombre se dedica, y los problemas a resolver son tantos y tan variados, que puede decirse que una ciencia rica de promesas se ha vislumbrado en el mundo experimental, reveladora de grandes beneficios para la más fácil satisfacción de las necesidades humanas.

La corona de la victoria no ha podido ser disputada al gran fisiólogo francés Marey, des-

cubridor del método gráfico y su aplicación a las ciencias experimentales. Analizando cuidadosamente los movimientos del hombre, en la marcha, en la carrera, en múltiples gestos, inscribiéndose en un aparato que lleva su nombre, utilizando las ventajas del cinematógrafo, el cual dió vida y sentido práctico, Marey nos ha presentado cuadros infinitos del ambiente del obrero, trabajando ya con el martillo del carpintero, el pico en la mina, el sastre con su aguja, el herrero en su fragua, etc.

Esta obra, nunca bastante aplaudida, de Marey, la siguió el doctor Imbert, de Montpellier, pero deduciendo de ella las consecuencias prácticas para resolver los asuntos sociales, en lo que se refiere a la organización práctica del trabajo. Por medio de ejemplos, saliendo del laboratorio a la calle, a la fábrica y al taller, al fondo de la mina como a los más altos andamios, este profesor, gracias a sus métodos y aparatos, ha suministrado datos preciosos para obtener definitivamente conclusiones terminantes en el terreno de la economía como del derecho. Y ellas, en verdad, merecen ser tan conocidas de los trabajadores como atendidas por los Poderes públicos, para fijar las bases definitivas de la reglamentación ordenada del trabajo y evitar los abusos de la ignorancia y de la explotación del hombre por el hombre.

Entre sus más preciosas investigaciones se

encuentran las que ha obtenido por el estudio detenido de la fatiga, es decir, de las sensaciones de cansancio y desfallecimiento traducidas por gráficos en los aparatos registradores, para poder hacer detenidas comparaciones de hombre, lugar, espacio y tiempo. La evaluación en kilográmetros del trabajo del obrero podrá parecer una simpleza, una distracción o entretenimiento de laboratorio, y sin embargo, es la base de la producción para los resultados del trabajo manual, y en la controversia entre el obrero y el patrón sobre el número de horas que dicho trabajo debe durar, su continuidad o interrupción, la intervención del niño y la mujer, las horas en la noche, etc.; por encima de todos los argumentos que se aporten, por el interés, la conveniencia y los convenios reinará la voz serena y autoritaria de la ciencia experimental, que fijará de un modo preciso y concluyente, con la verdad científica e indubitada, la norma que habrá de seguirse ulteriormente para conseguir el máximo de beneficios con el máximo de fatiga y de agotamiento.

Imbert ha demostrado, observando la rapidez de las contracciones musculares voluntarias y provocadas en distintas ocupaciones, y teniendo en cuenta la habilidad profesional, que el valor del músculo está más en relación directa con el desenvolvimiento cerebral que con el simple desarrollo muscular. Y esta conclusión únicamen-

te ha servido a los industriales alemanes e ingleses de base para la reglamentación del trabajo en los niños, para determinar cuidadosamente las condiciones del aprendizaje y para evaluar las incapacidades profesionales después de los accidentes.

¿Quién podrá dudar, una vez conocidos y divulgados estos hechos ante la pública opinión o llevados a las Cámaras, que es a la ciencia experimental y a los hombres a ella exclusivamente consagrados a quienes corresponde intervenir para resolver los problemas sociales que se refieran al trabajo manual, y éste el único y viable camino para su más equitativa solución?

En efecto, si la prosperidad nacional depende del desarrollo, conservación y utilización de todas sus energías productoras, y si cada una de éstas que realizan una labor determinada puede ser profundamente alterada, porque ésta no es adecuada a su naturaleza, se deduce que el perfecto conocimiento del motor humano, de sus leyes de funcionamiento, de su adaptabilidad al trabajo, debe ser absolutamente indispensable para regular su utilidad y valor como agente productor.

Por otra parte, la argumentación de carácter económico sería tan inhábil como estéril y no correspondería a la realidad de los hechos observados, perdiéndose el tiempo en discusiones enojosas y eternas. A las razones financieras se

opondrían los estudios experimentales y directos del trabajo profesional, sus consecuencias objetivas y subjetivas, la imparcialidad de los elementos que servirían de base para la formación de los juicios, y ya de una manera estable se iniciaría el tribunal de arbitraje con fundamentos científicos razonables.

Pero no ha sido únicamente en los vastos dominios de la Fisiología donde se han conseguido tan sorprendentes victorias. El doctor Lady, jefe de los trabajos de la Escuela Práctica de Altos Estudios, ha llegado a resultados concordantes aplicando los métodos de una ciencia nueva, pero que ya ha dado interesantísimos datos en esta clase de investigaciones. Me refiero a la Psicología experimental. La substitución de procedimientos y su comparación cuidadosa en oficios y profesiones que exigen mucha atención, y la intervención de la inteligencia unida al trabajo manual en el manejo de máquinas peligrosas y complicadas, ha solicitado la curiosidad científica del doctor Lady, quien ha creado, por decirlo así, métodos especiales, gracias a los cuales ha podido resolver los temas siguientes:

1.° La selección profesional antes del ingreso en el taller de los aprendices.

2.° La adaptación de los obreros a sus profesiones.

3.° El conocimiento de los signos objetivos

de la fatiga, sobre todo en las profesiones en que no es necesario un gran esfuerzo muscular.

Para determinar la primera proposición, se ha basado el doctor Lady en el conocimiento adquirido de numerosos signos comparativos que han permitido determinar con claridad las condiciones personales de los candidatos a los diferentes oficios, a fin de evitar para el porvenir las pérdidas de tiempo y las incapacidades definitivas. Los estudios realizados en mecanógrafos, linotipistas, electricistas, etc., han suministrado ejemplos notables de las ventajas de estos métodos selectivos.

Para adaptar el obrero a su profesión, el doctor Lady ha estudiado el mecanismo y la plasticidad profesional en el hombre y los medios que permiten utilizarlo en diferentes profesiones. Las condiciones que requieren para ser *chauffeur*, motorista, etc., no son iguales que para el tabaquero, el estibador, etc., y la adaptación psicofisiológica que requiere la técnica profesional moderna debe estar basada en un trabajo efectivo tan delicado como en el aprendizaje racional. Y, por último, existe en cada modo de la actividad humana un máximo desprendimiento ligado a un mínimo de gasto corporal o de fatiga real, con lo cual hay que contar en todos los casos y en todas las circunstancias.

Hoy se está ya por completo dentro de la tesis fundamental de que el hombre no debe ser

esquilmado hasta el sacrificio, y que hay que darle al obrero los medios de defensa contra los abusos y exigencias del industrialismo por medio de leyes humanitarias, protectoras y equitativas. Pudiera quizá la buena fe, el desconocimiento de la realidad, impulsar a los patronos a la exigencia de un mayor esfuerzo por el obrero, sobre todo en aquellos oficios que no piden un gran consumo de fuerza muscular o que la fatiga no se manifiesta por signos exteriores inmediatos. Sin embargo, yo he tenido ocasión de formular períodos de descanso, indicando los serios peligros de la desobediencia, a obreros linotipistas, panaderos, serenos, etc., que no dedicaban al sueño el número de horas suficientes, y he observado en otros, por las calles, en los semblantes y aspectos, que indicaban un profundo "surmenaje", dicho agotamiento indicador de un exceso de trabajo durante muchas horas con un descanso insignificante, como sucede en las despalilladoras y en muchos torcedores de tabaco. Las señales de las degeneraciones, de la infección tuberculosa o autoxémica, del aire confinado respirado por mucho tiempo, etcétera, no pueden escapar al estudio y análisis de la ciencia, y si el doctor Lady ha logrado, por la aplicación de varios aparatos físicos, un estudio de las diferentes presiones de la sangre, sus variaciones, según las numerosas variaciones de la reacción nerviosa, de la fatiga, etcé-

tera, iguales procedimientos pudieran aplicarse entre nosotros en diferentes personas de la clase obrera para obtener, una vez conocidos estos datos, elementos preciosos en pro y beneficio de la colectividad trabajadora.

El Sr. Adrian Weber, representante al Congreso de Francia, tomó de estas investigaciones cuanto le convino para formular un proyecto de ley en donde, como preámbulo, se formularon de una manera clara multitud de razonamientos para la creación de una cátedra y un laboratorio en la Facultad de Medicina, consagrados exclusivamente a esta clase de experiencias y trabajos similares, dedicando una atención especial, en previsión de numerosas afecciones que diezman la clase obrera y que son hoy perfectamente evitables, al estudio de los cambios respiratorios, capacidad de los lugares donde se trabaja, esfuerzos exagerados o inútiles, tiempos de descanso, alimentación comparada, etc., etc. Y no veo ninguna razón para que al despertar, con una poderosa fuerza de reacción, nuestro pueblo en esta hermosa vía de regeneración, de lógica exigencia al cumplimiento de los ideales de la revolución libertadora, que si la emancipó en lo político aun no le ha resuelto su presente de estabilidad material y mucho menos su futuro de indemnización social, no ponga a contribución para la realización de este hermoso programa el concurso valiosísimo

de los hombres de ciencia, hasta ahora alejados de toda política activa y sectaria, pero siempre necesarios a la concurrencia de todas las fuerzas democráticas, aceptando y poniendo en práctica en tierra cubana la expresiva opinión de Leon Bourgeois en el Congreso de Higiene Social, de Roubaix, en 1911, al referirse a esta clase de disposiciones: "Ya nos encontramos a una nueva germinación de la política social dirigiéndonos hacia los linderos de una ciencia cuya importancia no podemos reconocer y cuyas consecuencias bienhechoras serán infinitas." ¡Despierta, Cuba, que ya es tiempo de incorporarse al gran ejército de la victoria por la ciencia y el trabajo!

1914.

UN HERMOSO EJEMPLO DE PREVISIÓN

No basta que el hombre moderno reclame en la hora presente un trabajo que hacer, su precio justo, sus naturales horas de descanso, la educación de su mentalidad, para aspirar y gozar de la existencia en planos más elevados de su pensamiento y de su corazón, derecho legítimo, conquista gloriosa de la Democracia que ha nivelado a todos los seres borrando las diferencias de clases, nacimiento, privilegios, etc. No es esto suficiente. El hombre moderno que ama a los suyos y que teme por ellos, se preocupa de su porvenir ante las eventualidades de la vejez, de la enfermedad, el accidente, la pérdida de empleo, etc. Y este problema la sociedad tiene que resolverlo, el Estado debe preverlo y simplificarlo antes de que los acontecimientos se adelanten a las falsas ideas y tomen caminos que la experiencia y el dolor han enseñado son tanto más deplorables cuanto más fueron previstos y señalados.

Alemania no ha descubierto la panacea para satisfacer tan profundas necesidades; pero ha tratado, y en ello se ha ganado indiscutibles aplausos, de buscar, y ha encontrado en cuanto es posible, los medios de reconciliar las demandas de los obreros con la resistencia de la rutina y de los intereses del capitalismo; y la fricción de la maquinaria industrial ha llegado tan al mínimum, que en ningún país puede decirse se encuentra hoy un obrero que se sienta satisfecho y tranquilo con su lote de la vida en el presente, en su mente libre de temores para el mañana y que en otras partes es siempre turbio y sombrío, cuando no desolado y aterrador.

Cuando un obrero sale de un taller por exceso de personal, ¿por qué no enviarlo a otro taller, donde pudiera hacer falta? Tarea tan sencilla resulta en la práctica algo difícil y, sin embargo, en Alemania se ha resuelto satisfactoriamente, y no veo por qué no lo pudiera ser entre nosotros.

En cada ciudad alemana, grande o chica, hay una oficina dependiente del Municipio, que se llama Oficina del Trabajo, y la cual está funcionando con personas que no son simples soñadores ni burócratas, ni menos sinecuristas, sino hombres prácticos, conocedores de la localidad y de los talleres, elegidos entre obreros y miembros de las asociaciones, jefes de organizaciones industriales y funcionarios municipales. A esta

oficina se dirige el obrero sin trabajo y expone su situación. Se inscribe inmediatamente su nombre, profesión, antecedentes, experiencia, habilidad y necesidades. Como el industrial se dirige a la misma oficina en demanda de obreros, ¿cuál es el resultado? Que aquél y éstos se encuentran constantemente en íntimo contacto para sus mutuas necesidades y beneficios, y el problema llega al grado extremo de simplificación y utilidad, aplicando sólo el método, ya universal, para la demanda de criados y otras profesiones domésticas, cuyo éxito ha sido ya reconocido.

Igual método se emplea en otras naciones de Europa, y el resultado ha sido el mismo. A veces el nombre queda registrado, y se le ruega venga cada día para enterarse si se le ha encontrado empleo o, como sucede en algunas ciudades, se le proporciona en amplios salones, sillas, un ligero desayuno en invierno, y en donde se entera de las vacantes por las lecturas en alta voz de las demandas de hombres por las fábricas, y se llega, como en Munich, hasta publicarlo en la Prensa y en reuniones regulares de obreros e industriales para que ambas entidades estén siempre al corriente de sus mutuas necesidades.

En este terreno las cosas, no caminan elegantemente, como hasta ahora ha sucedido, sino obedeciendo a un método científico. Un obrero manual es preferido a un encuadernador, por

ejemplo, en cierta clase de trabajos, porque a éste le es menos difícil encontrar ocupación, donde se requiera competencia. Un hombre casado, o con niños, debe colocarse antes que un soltero, en igualdad de aptitudes. Al obrero hábil, especializado, como el pintor, el tabaquero, el linotipista, se le piden referencias para que el industrial conozca que adquiere el hombre que necesita y no acuse a la Oficina de ligera e influenciable; pero tratándose de hombres que sólo saben manejar un pico o una pala, se les coloca sin preguntas previas. Estos vienen sólo a buscar trabajo y deben y tienen derecho a vivir de él y para él. Hay, pues, que colocarlos, como dicen los sajones, *any how,* pronto y en cualquier parte. Otra cosa sería cruel, anticristiana y peligrosa.

No se crea que estas oficinas trabajan de un modo independiente. Por el contrario, están ligadas de un modo tan íntimo, que puede decirse hoy que casi toda Europa se encuentra envuelta en una red finísima, donde pescar a todos los hombres sin trabajo y a todos los industriales que lo buscan. Se cambian por correo las listas de solicitantes, se comunican entre sí por telégrafo, teléfono, etc., sus mutuas demandas. Si una oficina nada puede hacer, se dirige a las otras, comunicándole su situación, para facilitar el intercambio y descongestionar a las poblaciones de hombres parados. En tal sentido,

se conceden billetes de ferrocarril, se dan cartas de identificación y recomendación, y la máquina industrial funciona sin ruido, suavemente, cumpliendo su misión, sin protestas ni quejas colectivas. Hoy puede asegurarse por las estadísticas que el obrero hábil y juicioso sabe y conoce su valor de mercado, y gracias a estos medios procede en consecuencia. ¡Cuán distintos de aquellos tiempos, donde un hombre moría de hambre y de sed a media vara de donde la abundancia y la prodigalidad le impedía siquiera realizar el esfuerzo de pedir un socorro! Por siglos al obrero le fué impedido salir de su lugar nativo, cambiar de oficio, pedir al poderoso.

La previsión de esas admirables oficinas de trabajo, y que son partes de las que tan sabiamente se han ido organizando por las Secretarías del Trabajo, en los países civilizados, no terminan sólo en los obreros faltos de empleos. Ellas ahondan el problema social, buscando al joven antes de salir de las escuelas primarias. Estas tienen el deber de enviar las listas de sus graduados y sus direcciones a aquéllas con todos los detalles de sus aptitudes y estudio personalísimo de cada individuo. Así, un muchacho débil no será empleado en una fábrica donde se exijan trabajos de fuerza, ni aquel que demuestre aficiones a la pintura, se le impondrá el aprendizaje en una tabaquería, etc.

La más notable de estas oficinas es la Central

Arbeitsnachweis Bureau, de Berlín, la cual, aunque no es de carácter municipal, está, sin embargo, subordinada al mayor de la ciudad. En dos grandes edificios, uno destinado a los obreros inhábiles y otro a los hábiles y a las mujeres, se les dedica a todos cuidado y atención. En el primero se ven no sólo las oficinas de Administración, sino un gran salón, con capacidad para 2.500 personas, con biblioteca, hospital, restaurante, baños (a un centavo por hora), talleres, donde se les remienda la ropa y los zapatos por un centavo, etc. En este salón siempre se encuentran cientos de obreros, sentados, esperando. Un empleado, subido a una tribuna, lee los nombres de una lista, y cada cual contesta, según la demanda. Por ejemplo: los señores Meyer, de Hamburgo, piden cuatro hombres para trabajos de excavación, a dos marcos diarios; el señor Rosendberg desea un mensajero, que sea fuerte y robusto, para llevar cargas pesadas y barrer el taller por la noche; la firma de Grumber pide tres carreteros para establecer un nuevo servicio de venta en el campo, etc. Así, la lista de vacantes se lee cada hora, y el individuo que oye algo que le conviene, conforme a su inclinación o necesidad, se dirige a una oficina, donde hace su petición. Si es casado y ha esperado largo tiempo, será preferido al soltero, o a aquel que acaba de perder su destino.

La acomodación en el otro edificio es similar; pero es menos amplio, debido a que los obreros hábiles y las mujeres están, por lo general, en demanda y necesitan, por tanto, menos ayuda directa.

Desde el momento que un obrero obtiene un empleo está comprendido dentro de las prescripciones de las leyes sobre seguros, y en Alemania los sentimientos y la mentalidad del trabajador se notan muy afectados por los cuidados que el Gobierno ha tomado, por medio de un sistema nacional, para asegurarlo contra las eventualidades de las enfermedades, los accidentes, la invalidez, la vejez, etc., tanto para su beneficio como para el de la viuda y de sus huérfanos.

Las primas de seguro obrero por los riesgos de las enfermedades se pagan por el patrón y el obrero, dos tercios por el primero y uno por el segundo de su valor total. Las primas para el seguro de accidentes se pagan totalmente por los patronos. Las de los seguros de invalidez y ancianidad, a mitad; pero el Gobierno imperial contribuye con un subsidio de 10 pesos por persona asegurada para que las cargas no resulten muy onerosas.

Cuando una nación se interesa en absoluto por garantizar a sus ciudadanos, su porvenir y el de familia es lógico que realiza importantes trabajos estadísticos. De ellos se obtienen datos

importantes como los siguientes: como 30 millones de personas están aseguradas del riesgo de accidente, pagando primas que importan anualmente unos 60 millones de pesos, en tanto que las reservas llegan a 70 millones. Como unos 15 millones están asegurados por riesgo de enfermedades y las primas llegan a la cifra de 98 millones de pesos. No menos de 17 millones lo son para la invalidez y la vejez, con primas de 70 millones, etc.

¿Cuál es la misión del seguro? En caso de enfermedad, asociaciones particulares, establecidas de acuerdo con determinadas leyes, sociedades de fábricas y otras similares, etc., todas cuidadosamente vigiladas y controladas por el Estado y dirigidas por Directivas, compuestas de obreros e industriales, se encargan inmediatamente de atender y cuidar del hombre enfermo. La cuota se paga semanal o mensual por el industrial, descontándola del jornal, a la cual se añaden las contribuciones voluntarias de muchos patronos.

La asistencia médica, de primer orden, medicinas y accesorios quirúrgicos y ortopédicos, etcétera, se facilitan por la Sociedad cuando son necesarios. En los primeros días de su enfermedad no se recibe ayuda metálica; pero a contar desde el tercer día se le concede la mitad de su jornal diario. Si está enfermo más de veintiséis semanas, no se le dan los auxilios directos, sino

los que pertenecen al fondo de los seguros por accidentes. Cuando el obrero no desea ser atendido en su casa, puede ir a un hospital, y son sus familiares los que entonces reciben la mitad de su jornal.

Las primas por las pólizas de seguros por accidentes son pagadas por los dueños de las industrias o sus asociaciones. Tan luego como un fabricante se establece en cierta región del país, se le considera miembro de dicha Asociación en su distrito. De esta manera se evitan dificultades, puesto que el obrero lesionado reclama su indemnización a la Asociación y no a los dueños de las fábricas donde el accidente ha ocurrido. La consecuencia de este fenómeno se ha demostrado ante el hecho de que los dueños de las fábricas y talleres, ante las exigencias de la realidad han debido unirse, discutir sus mutuos intereses y cooperar al progreso y beneficio de sus industrias con métodos y procedimientos más honrados y puros, sin dejar por ello de atender a las naturales leyes de la competencia. Casi pudiera asegurarse que gran parte del potente desenvolvimiento industrial de la Alemania moderna se deba a la fuerza de compulsoria de todas estas Sociedades de seguro en favor de los obreros.

Tan generosa ha sido la ley sobre seguros de accidentes, que aun los obreros descuidados y negligentes gozan de sus beneficios si reciben

la lesión durante el trabajo. Solamente cuando se prueba que deliberadamente se ha lesionado, queda la Compañía libre de responsabilidad. En las primeras trece semanas es pagado del fondo para enfermedades; pero después de dicha fecha se carga su sostenimiento al fondo de accidentes.

La cantidad que debe recibir por semana está perfectamente estudiada y calculada, así como las relaciones entre sus consecuencias. Si el poder de utilidad del hombre ha sido rebajado a la mitad del máximo de su jornal, semanario, que corresponde al tercio de sus entradas anuales. Si el obrero resulta inutilizado por completo para el trabajo, recibe el máximo de su pensión, que viene a ser como dos tercios de sus ingresos anuales. En caso de quejas se concede gran amplitud a las demandas que, por lo general, son resueltas favorablemente. La asistencia médica y quirúrgica es facilitada con cargo al fondo de enfermedades, y si ocurre el fallecimiento, la viuda y los huérfanos reciben una pensión decorosa, y hasta los parientes más lejanos, como abuelos y nietos, aun cuando no residan en la localidad, resultan favorecidos, si se demuestra que vivían con el apoyo del trabajador que ha perdido la vida a causa de un accidente del trabajo.

Los seguros para la invalidez y la vejez se encuentran organizados en análoga forma; pero

las primas se pagan por medio de sellos, que se compran en las oficinas de Correos, los cuales se pegan en tarjetas. Cuando una está completamente ocupada, se canjea por otra.

Antes que una persona reciba una pensión por invalidez tiene que haber pagado 200 primas semanales, y para recibirla por ancianidad, debe haber pagado 1.200. La invalidez significa la incapacidad para el trabajo, que debe ser absoluta. La ancianidad se fija en los setenta años. En caso de que el obrero asegurado para estos riesgos falleciera prematuramente, sin gozar, por lo tanto, los frutos de su ahorro, el Gobierno ha previsto la contingencia y dictado leyes muy sabias. Una mitad de las sumas pagadas se le abona a los familiares, y si es mujer y se casa, recibe también la mitad de las primas para ayuda de sus primeros gastos matrimoniales.

Es sorprendente que grandes fábricas que emplean de 20 a 40.000 personas, consideran este admirable sistema todavía inadecuado, y a pesar de ello mantienen en sus fábricas Sociedades de seguros independientes, de manera que los obreros son doblemente compensados. Y alguna llega hasta el colmo de la protección de mantener y cuidar directamente a los obreros envejecidos en sus talleres. Aun no les parece bastante el pago de la pensión oficial.

Cierta ocasión se le preguntó a un fabrican-

te de Frankfurt si desde el punto de vista mercantil costeaba hacer tal aparente dispendio, contestando con estas admirables palabras: "Si una máquina funciona aceitada muy bien, la máquina humana funciona todavía mejor." No hay mejor estímulo para el joven que ver cómo es tratado su viejo compañero. Se despiertan sentimientos cooperativos en el hombre en favor del taller y de sus jefes.

Por eso en Alemania, aun cuando existen huelgas, no hay el temor de que incendien los edificios ni se cometan depredaciones, y esas huelgas, por lo general, no son completas ni motivadas por hombres descontentos, sino por móviles más elevados. Es muy frecuente oír en los talleres la voz de los obreros entonando canciones, en vez de murmullos y protestas, y la marca "Hecho en Alemania" puede decirse que significa el producto de una clase, que dentro de su esfera va conquistando paso a paso y por sus méritos y apreciación de sus fuerzas, un lugar digno y provechoso.

1913.

EL MOVIMIENTO COOPERATIVO DURANTE LA GUERRA

Un estudio cuidadoso estadístico ha demostrado que el avance cooperativo en Europa ha sido cinco veces superior al de la población, y, sin embargo, a pesar de la fuerte conmoción social y económica sufrida por las naciones en guerra, dicho avance no sólo no ha disminuído, sino que ha duplicado su intensidad. Esto es una prueba mayor de su oportunismo y necesidad de ser el arma más formidable de que disponen las clases proletarias para su defensa.

En la primera semana de la guerra, cuando los detallistas, valiéndose de todos los pretextos, comenzaron la subida de los precios en los artículos de primera necesidad, aprovechándose del pánico mercantil y la ignorancia del pueblo, éste aprendió en poco tiempo hasta dónde pueden llegar las ventajas de la cooperación; es decir, reunidos los elementos consumidores para ser sus propios fabricantes, compradores al por mayor y vendedores al detalle, eliminando para

siempre los perniciosos y funestos intermediarios.

Ningún país ha llegado al colmo de la perfección en este camino como Inglaterra, al extremo que por la intervención de sus famosas y bien organizadas cooperativas obligó al comercio a mantener los bajos precios, aun en tiempos de verdadera crisis. El propio Gobierno se sintió impotente, a pesar de ser dirigido por intereses capitalistas, para dominar la situación y favorecer a éstos, porque toda la base del sistema capitalista está basada en las utilidades, y al cooperativismo éstas no le preocupan, pues sólo ejercita la producción para el uso y el consumo, nunca para el provecho.

Esto no obstante, el Gobierno, sugerido por los comerciantes, a quienes no convenía el rápido desenvolvimiento y la eficacia de las cooperativas, se incautó de todas las fábricas, incluso las de estas Sociedades; pero no pudieron impedir que sus directores anunciaran a sus miembros que repartirían las utilidades anormales entre ellos, y que el Gobierno las obligaba a ganar, en tanto que los comerciantes las guardaban de sus cajas. "Nosotros no tomaremos estas innecesarias utilidades de los bolsillos del sufrido pueblo", declaraban esos honrados directores, probando que a la par que beneficiaban a sus coasociados, lo hacían también a la colectividad; pero los siempre declamantes intereses

particulares, en funciones de autoridad, continuaban sus esfuerzos por mantener altos los precios, encareciendo la vida y dificultando la competencia y, por tanto, las transacciones. La hostilidad contra las Cooperativas llegó a tal extremo, que se atentó a la libertad personal política, de que tanto se envaneció en los pasados siglos Inglaterra. El aumento de miembros, que llegaba ya a millones, y sus ventajas excitaron, con el celo de los comerciantes, los temores de los elementos directores, y se comenzó por imponerles impuestos muy altos a los ahorros de los cooperadores, y más tarde a llevar a las filas del ejército a sus empleados, con toda preferencia. Hubo establecimientos de donde se sacaron 99 de 102, y en otros, que hacían negocios por valor de 3.500 pesos a la semana, no se dejó ninguno. Era natural: los autores de las leyes y los influyentes en los Parlamentos y cerca de las autoridades eran los principales comerciantes, y no podían dejar de aprovechar ocasiones que jamás volverían a presentarse.

A tan fuerte e injusta campaña las Cooperativas resistieron valientemente con la ayuda del pueblo, estabilizando los precios y evitando infinitos abusos y arbitrariedades. La historia de la presente guerra y la responsabilidad de acontecimientos que se ven venir, pueden decirse que se han incubado en los mostradores de establecimientos cooperativos. Ellos compro-

baron con hechos patentes que podían producir y destribuir las necesidades de la vida, en plena guerra, a precios que cubrían todos los costos, por extraordinarios que parecieren, y además acumular un *surplus*, que se distribuiría en dividendos entre sus coasociados, extremo que hubo ocasiones que pudieron vender la harina a precios más bajos que en los países de donde la importaba.

En los demás países de Europa, en donde los grandes intereses de los comerciantes no actuaban sobre el Gobierno, por el contrario, se invocó distribución metódica y sistemática de los alimentos. Sus más competentes empleados fueron llevados, cuando los sufrimientos de las masas eran muy agudos, a posiciones en donde demostraron su competencia y habilidad, educada y adquirida antes de la guerra en establecimientos análogos. Y en algunos se llevó hasta el puesto primordial de director de Alimentos a hombres como Karoly, que había sido el presidente de la Unión Cooperativa Húngara, y a míster Clynes, que sucedió a lord Rhonda, procedente también de una Sociedad cooperativa.

Las cantidades utilizadas por estas Sociedades alcanzan a cifras fabulosas, y sus reservas les permiten construir edificios magníficos, destinados a sus finalidades, y algunas, como la de Hamburgo, un campo de vacación sólo para

niños, en donde han gastado más de 600.000 marcos.

Francia, durante la guerra, entregó por completo a las Cooperativas la distribución de la carne, y organizó otras especiales entre sus soldados, que les permitía ahorrar de un 20 a un 200 por 100 de gastos, que hubieran ido a los bolsillos de los intermediarios, aliviando al correo de miles de paquetes y de complicaciones al servicio de Administración Militar.

Realmente, ha sido el movimiento cooperativo de Rusia el que ha hecho posible el triunfo de la revolución, pues sus Sociedades alcanzan la cifra de 500.000, con más de 20 millones de cabezas de familia, representando más de 100 millones de personas, o sea más de la mitad de su población; pero en Dinamarca, más floreciente y eficaz que en ningún otro país, es actualmente la de tres cuartas partes de dicha población.

Si es cierto que la guerra ha destruído y creado ideales, el cooperatismo ha salido victorioso de ella, estimulando y aumentando los sentimientos de fraternidad humana. El *Boletín* de la Alianza Cooperativa Internacional se ha continuado publicando sin cesar, en los idiomas francés, inglés y alemán durante la guerra, con la misma regularidad que en tiempos normales, comprobando con ello el conocimiento exacto de sus causas y orígenes y estudiando el único me-

dio de evitarlas en lo sucesivo, siguiendo este camino de tolerancias, previsión y franquicias.

Por medio de la cooperación y la mutua ayuda llega más pronto al verdadero éxito el proletariado que siguiendo otros caminos, tan peligrosos como absurdos, ni tan francos, diáfanos, prácticos y seguros, resolviendo antes que nada el vital problema de la subsistencia y preparando lentamente a los pueblos por una disciplina metódica, gradual y efectiva al cumplimiento y ejecución de los grandes destinos y responsabilidades que le prepara el porvenir.

Marzo de 1919.

EL CONFLICTO EUROPEO

Existe en la capital de Francia una Sociedad, cuyo único y principal objeto es "contribuir por todos los medios a que las guerras desaparezcan entre las naciones civilizadas". De esta nobilísima Asociación internacional pacifista fuí nombrado representante en mi país, y de su fracaso completo, como el de los socialistas, nos están dando pruebas lamentables los pueblos que, hasta ahora, ocupaban el primer puesto en la cultura y el progreso universal. La terrible guerra no ha podido ser evitada, y el esfuerzo de tantos hombres altruístas y generosos ha culminado en un tremendo desastre moral y material.

La presente guerra europea no tiene, a mi entender, otra explicación que la económica. Las naciones del viejo Continente, principalmente Alemania, no podían soportar por más tiempo lo que se ha denominado, por antonomasia, la *Paz armada*.

La quiebra y, por ende, el deshonor nacional se vislumbraban en brevísimo plazo, y el más fútil pretexto determinó el conflicto previsto. Era una situación parecida a la de aquel que no teniendo al día siguiente con qué pagar sus deudas, resolvió dar, utilizando los últimos restos de su crédito, baile y banquete en su casa a sus amigos. Pero en aquel caso todos han tenido que asistir al baile y danzar, de acuerdo con las circunstancias. Mañana... sólo Dios puede resolver los destinos de los hombres.

Ahora bien; a pesar de las exageraciones cablegráficas, por lo general unilaterales, y de los interesados fanatismos de los imperialistas, anglofranceses o germánicos, no son los pueblos en sí, ni los responsables ni los beneficiados en estas hecatombes de vidas y de ideales. Aunque todavía se conservan bastante dúctiles e ignorantes para asistir como materias primas al grande sacrificio, y aunque todavía son llevados por diversos convencionalismos a la ruina y a la catástrofe de sus más queridos amores, yo espero que la terrible lección no sea desaprovechada en ambas fronteras del poético y murmurante Rhin. La paz se impondrá pronto entre los combatientes, porque ya es sentimiento público, que horrorizado pide tregua a las armas, y es mandato del cielo al duelo insostenible entre la barbarie que renace y la civilización que agoniza.

Cuando las cosas cada día se van poniendo peor, más cercano se ve su fin, y yo presiento que la palabra de *Paz* comienza a ser balbuceada entre las profundidades de aquel espantoso infierno.

1915.

LA NUEVA ERA

La tremenda guerra europea continúa sin descanso su labor asesina y demoledora. El espíritu de la civilización se siente aletargado y conmovido ante el profundo retroceso que ella determina. Sin embargo, si consideramos desde un punto de vista más filosófico y elevado las consecuencias morales de la gran conflagración, es indudable que esta guerra de los siglos y las razas ha de ser el inicio de una nueva época en la historia del mundo. Las naciones directamente comprometidas han de ser hondamente transformadas en su evolución social y afectadas por cambios revolucionarios radicales. La muerte de tantos millones de hombres, la destrucción de vastas riquezas y la pérdida de tantos hogares y la diseminación completa por el orbe de tantas familias requerirán la reconstrucción de la vida en la futura Europa, en forma tal, que las condiciones comerciales, industriales, políticas y sociales puede augurarse cambiarán totalmente en sus instituciones, competiendo a un nuevo

ajuste y distribución de las energías nacionales y a la previsión de males y peligros, y que las generaciones pasadas pudieron prevenir, pero no supieron evitar.

¿Cuáles han de ser estos ajustes y nuevas adaptaciones a la realidad, y qué cambios hemos de presenciar? Es más difícil que lo que parece anunciarlo, porque todavía nos encontramos, por desgracia, a la mitad de la jornada y no se vislumbran en el horizonte rumores de paz, sino por el contrario, ataques más repetidos y crueles contra la vitalidad de los no combatientes, amenazando con el hambre y la miseria a los pueblos y de repercusión a los que se encuentran en los sitios más remotos de la escena donde se resuelven los acontecimientos militares.

Es preciso comenzar a estudiar este asunto, importantísimo y urgente, con el fin de estar preparados para las nuevas condiciones, tan luego como ellas se inicien.

Las futuras edades verán seguramente en mundo más serio un conjunto de hombres que se darán más perfecta cuenta de lo que ellos valen y significan como componentes del cuerpo social y de sus deberes y derechos colectivos. La frivolidad, el lujo y la extravagancia, que han aumentado exageradamente en estos últimos tiempos, fueron en sentido inverso con las degradantes miserias y los horrores del pauperis-

mo y con la entrega incondicional de las innúmeras mesnadas de hombres llevados inconscientemente al matadero de las guerras por las exigencias de la diplomacia o las ambiciones del capitalismo. Colosales fortunas se han consumido por una parte para las locuras e inmoralidades del vicio como para satisfacer los enormes compromisos de los presupuestos de guerra que exigía la paz armada. Todo ha sido en los últimos años como un potente remolino que ha absorbido las energías individuales y nacionales en aras de un solo fin; pero no se escapaba a la penetración de los pensadores serenos que la catástrofe era inevitable y el desastre francamente previsto.

Lo único en lo cual se ha fallado ha sido en la forma y en la rapidez con que los sucesos se han desenvuelto. El Universo se estremecerá de horror al enterarse de los cablegramas cuyos hechos, comentados más tarde por las narraciones de los corresponsales de la Prensa, llenan el ánimo de tristeza y aflicción. Ya puede decirse sin pecar de hiperbólico que la Europa entera está de luto, y ya no sólo las grandes fábricas de tejidos se consagran exclusivamente a la manufactura exclusiva de uniformes y equipos militares, sino que los palacios, los museos, los teatros, todos los lugares en donde antes reinaba el placer, se han convertido en hospitales.

¿Y no parece que el fin de este calvario se encuentra demasiado cercano?

La nueva era ha de determinar como primera consecuencia la más grave herida al sistema del capitalismo y la muerte de la ciega y fanática adoración a la prosperidad material de los hombres y los pueblos.

La filosofía materialista que durante los últimos treinta años prevaleció en el mundo civilizado, haciendo olvidar el cumplimiento de los deberes religiosos y el culto a los sentimientos más afectivos, se sintetizaban en la cruel y egoísta frase, que muchos sin rubor ni respeto pregonaban: "Comamos, bebamos y estemos alegres, porque mañana hemos de morir."

Tal disposición de la mentalidad en las clases intelectuales y sociales más elevadas originaban en las más inferiores, no las ansias y aspiraciones nobles y regenerativas de las legítimas aspiraciones que al trabajo y al talento brindan las democracias, sino las envidias, las bajas pasiones, los odios reconcentrados e imponentes que se traducían, cuando menos se esperaban, por explosiones de la intolerancia popular y la sensación de malestar y desconfianza creciente y subversiva. La guerra moderna, antes de verificarse en el mundo de la realidad, existía de hecho en el mundo de la imaginación. Que ella haya tomado un carácter internacional sólo ha servido para preparar el alumbramiento con

sangre y dolor de la nueva época que la humanidad vislumbra, aunque todavía el recorrido que falta se acompañara de mayores y más complicadas perturbaciones.

La filosofía materialista, al destruir en los hombres las creencias en la vida futura, en la inmortalidad de su vida espiritual, encauzó todas sus energías para satisfacer sus éxitos materiales y sus pasiones más contradictorias. Ha bastado simplemente que la terrible guerra pusiera a prueba el valor, la abnegación y el patriotismo para comprobar qué poco era el fundamento en que se basaba la prosperidad material y la exaltación de la riqueza. Los capitales, fortunas grandes y pequeñas, han sido devorados en un día; el vasto comercio alemán, que con tanta industria y celo se fomentó durante cuarenta años, se destruyó en un mes, y nadie puede decir en Europa honradamente de cuánto puede disponer para el mañana. Lo único cierto, como lo único real y positivo, es la lección que el mundo tiene que aprovechar, es decir, que la prosperidad material es siempre incierta y puede ser barrida en un momento por causas que están por encima del dominio del hombre.

La guerra moderna indicará a la humanidad el recto y único camino que tiene que seguir, y fuera del cual cada tentativa originará un nuevo fracaso, una mayor calamidad. Las poderosas

escuadras y los servicios militares obligatorios han de sufrir una radical transformación; la filosofía espiritualista ha de encontrar campo amplísimo para su desenvolvimiento, y la organización política y social de los pueblos tomará orientaciones que aseguren de una manera más equitativa y radical el goce y el bienestar de las clases laboriosas. Los hombres que sobrevivan a las nuevas situaciones y los niños que se eduquen en su período contituyente dejarán de ser ruedas de las máquinas industriales para transformarse en prósperas unidades de su colectividad, y en las relaciones mutuas notaremos por primera vez, y en pago de tantos sacrificios, la desaparición de muchos privilegios, la igualdad de muchos derechos y la aplicación práctica de la sublime frase del sermón de la Montaña: "No hagas a otro lo que no quieras que hagan contigo."

(*La Discusión*, martes, 16 de marzo de 1915.)

LUZ EN LAS TINIEBLAS

La tremenda guerra que acaba de pasar, si bien ha determinado una intensa y profunda reacción espiritual, despertando innúmeros sentimientos que han permitido adelgazar el velo que separa este mundo del siguiente, no ha logrado, sin embargo, influenciar en una gran parte de la humanidad, que se encuentra aun dormida en los abismos de la ignorancia y de la materialidad.

Hay un gran número de hombres y mujeres, pero especialmente hombres, tan dominados por sus propios asuntos en el terreno científico, político, social o económico, etc., y tan satisfechos de sí mismos, que viven envueltos en una atmósfera de egoísmo y vanidad, que están ciegos, sordos y mudos ante las fuerzas espirituales que mueven los planos de la vida y que cada día se muestran más enérgicas y eficaces en sus efectos.

Los acontecimientos van demostrando con pruebas inequívocas que no están en posesión

del verdadero éxito los constructores de imperios, los hombres de genio en los negocios, los directores de *trusts* monopolizadores, y menos aquellos a quienes el mundo envidia sus fortunas o posiciones, si no han logrado adquirir los conocimientos espirituales necesarios para su desenvolvimiento interno y se han colocado en el verdadero camino de su emancipación y progreso.

De nada sirve que la crítica malevolente, los intereses creados, el fanatismo o la indiferencia y estulticia de las masas parezcan detener este oleaje de vibraciones que, guiadas por el dolor, se va posesionando de los individuos uno a uno, determinando notables cambios en los caracteres morales que han de producir más tarde felices consecuencias en la colectividad.

Bien se comprende las dificultades aparentes para dominar dicha apatía o el obstruccionismo de las sectas. Pero no hay que creer que pueda existir lucha y menos entregarse los adeptos al desencanto o a la impaciencia por la aparente lentitud o estancamiento del avance.

Las evidencias se van imponiendo día a día, las pruebas van rindiendo los cerebros y la natural aspiración religiosa del hombre para explicarse lo desconocido y buscar el consuelo a sus tribulaciones caracteriza la época actual y nos brinda horizontes de luz para la futura.

Todos estamos plenamente convencidos de

que debemos morir, y nadie se escapa de esta ley inexorable; pero el concepto de la muerte varía según la filosofía que la inspire. Si a las personas más escépticas se les demuestra que la muerte no es más que una forma transitoria de la vida o el paso consciente o inconsciente de una modalidad a otra de la existencia eterna, no hay duda alguna que la curiosidad se sentiría fuertemente estimulada para buscar la evidencia del aserto.

Esta gran interrogación, que se encuentra en el corazón de todos los hombres, no puede ser satisfactoriamente contestada más que por algunos, y a éstos les corresponde el sublime deber de iluminar las conciencias de los ignaros o proporcionar el consuelo a los sufrientes, y éstos, una vez convencidos, casi de un modo revolucionario, cambiarán el curso de sus ideas, sus aptitudes mentales, y, por ende, organizarán de muy distinta forma su vida material.

Educar y preparar los pueblos de manera que coloquen en un plano secundario a la vida interna su vida material, a fin de equiparlos con más sabia y sana moral para la siguiente, desenvolviendo el interés y el deseo por los nuevos conocimientos, prodigar éstos entre las masas conduciéndolas hacia la luz, tal debe ser la misión de los que ya han tenido la suerte de beber en las fuentes de la infinita sabiduría, y aceptando el papel de mentores y propagandistas de las

doctrinas salvadoras, que el dolor ha depurado, convencerles de que ellas solas serán las únicas que librarán al hombre de los desastres ocasionados hasta ahora por el materialismo y las bajas pasiones.

(*La Discusión*, domingo, 10 de agosto de 1919.)

SI JESÚS VOLVIESE A LA TIERRA

Bien hizo el Dios Nuestro Señor en enviar a su Divino Hijo para redimir los pecados de los hombres en determinado período del desenvolvimiento social y moral de la humanidad. En su infinita sabiduría, bien pudo pesar razones y consideraciones para escoger aquella época. Porque, en verdad, si en estos instantes de leyes compensatrices y proteccionistas, de intensa lucha por el bienestar, no importan los medios, de olvido y desprecio absoluto de las prácticas de caridad y altruísmo, a Jesús se le hubiera ocurrido volver y ejercer en nuestro mundo modernista y ultracientífico la práctica de la Medicina por el método en el cual fué y será siempre insuperable tal ejercicio profesional, no importen las curaciones realizadas, y el testimonio de los hechos comprobados, y la gratitud de los salvados, y el desinterés de sus nobles acciones, la circunstancia de no poseer un título, un diploma de una Escuela o Universidad reconocida, o, por lo menos, una licencia de una ofi-

cina gubernamental, lo llevaría sin excusas ante un señor juez correccional y se le impondría una multa, la amenaza de la pérdida de su libertad, una amonestación pública, un proceso formal, etc., sin dejar nunca a salvo las responsabilidades civiles y criminales a que diera lugar.

Y, en efecto, el grado a que ha llegado la intransigencia profesional, dogmática e infalible, no se puede claramente determinar dónde termina la tragedia y comienza el ridículo. En los Estados Unidos, después de haber agotado el tema de la socialización en el ejercicio de la Medicina, a mi entender que resolverá mil problemas vitales, ennobleciendo al médico para obtener más positivas ventajas económicas y morales, se habla hoy en la Prensa médica de lo que se está llamando la democratización de la Medicina y la destrucción del kaiserismo, del absolutismo y el dominio de unos cuantos en beneficio de sus muy particulares intereses, sacrificando los de los compañeros y, por consecuencia, los de la comunidad. Soplan allí en la atmósfera vientos más liberales, se ansían criterios menos estrechos, se vislumbran esperanzas más risueñas para los que sufren, para los débiles, para los que tienen hambre y sed de justicia y un legítimo derecho a un merecido descanso. Y como el monopolio es enemigo común y en las ciencias no pueden reinar despotismos, si

Jesús, no titulado, volviese para dar vista a los ciegos, resucitar a los muertos, levantar a los caídos, consolar las almas agotadas por el pesar y a realizar otra serie de actos que sólo el Hijo de Dios podría realizar, para evitar el castigo de haber violado descaradamente la ley escrita, salvar el decoro profesional, lastimado por lo que se calificaría como una gran charlatanería, aunque sus éxitos crecientes fueran por todos reconocidos, no tendría otro remedio que admitir su falta y sufrir su penalidad, y estimando que su obra es de inmensos beneficios para la humanidad que sufre, apelaría al subterfugio de ampararse a la sombra de un médico titulado, procurando que su labor se desenvolviese tal como debe ser, cuando del bien se trata, en la sombra, en el silencio, con el reconocimiento de los humildes y las lágrimas enjugadas de los consolados, sin pretender destruir intereses creados, ni glorias o aplausos populares, premio Nobel, homenajes de contemporáneos o banquetes oficiales.

¡Y, sin embargo, todavía estaría en tiempo de darle gracias al Padre por haberse salvado, por esta vez, del patíbulo!

1920.

EL NEGRO EN LOS ESTADOS UNIDOS COMO PROFESIONAL

Un estimado amigo mío, el inteligente y culto obrero Sr. Julián González, me hizo el favor de pedirme algunas líneas para la interesante revista titulada *Labor Nueva,* que con su bondad característica me trae y que yo leo con gusto y aplauso, porque toda esta clase de esfuerzos que obedecen a un plan digno y levantado han tenido siempre en mi espíritu todas mis simpatías y estímulos; pero difícil me ha parecido encontrar motivo que pudiera interesar a sus lectores, porque se ha trillado demasiado en todos los campos y se hace penoso repetir otras huellas que el consumo de las horas, que insensiblemente pasan.

En un periódico médico encontré unos datos que considero de gran trascendencia para que sean conocidos en Cuba; y reparto y difundo esta semilla, no sólo porque tengo la seguridad de que en su tiempo se recogerá su fruto y porque su oportunismo es ahora como nunca feliz,

sino porque conceptúo que es este camino el único positivo, viable y práctico por el cual la llamada hasta hoy sufrida raza puede encontrar el amplísimo e infinito horizonte donde caben todas las aspiraciones, las más dignas competencias, los desenvolvimientos de todas las capacidades y el medio de honrar y servir a la raza, a la patria y a la humanidad por encima de los odios, las envidias, los temores y las concupiscencias.

En el terreno profesional, y concretándome únicamente al estudio de la influencia del negro en la Medicina, el médico negro de los Estados Unidos es uno de los éxitos más brillantes del siglo. Por su intelectualidad y como promedio adquiere un razonable dominio de los principios de la Medicina y la Cirugía, los cuales aplica científicamente para la curación de los enfermos y la prevención de las enfermedades.

Las estadísticas comparativas de los hospitales han demostrado que aquéllos, manejados por médicos negros, tienen el *avérage* más o menos igual al de los blancos. Los hospitales de Georgia, Hubbard, Nashville y el de Andrews, en Tuskegee, son servidos por médicos negros para enfermos negros exclusivamente, y en ellos se realizan toda clase de operaciones de alta cirugía con éxitos que en nada tienen que envidiar a los hermanos Mayo, en Rochester, y lo mismo puede decirse de los hospitales de Frederick

Douglass y de la Merced, en Filadelfia; el de Freedman, en Wáshington, D. C.; el de Lincoln, en Durham, N. C.; el de Hacen, en Atlanta Ca., y el de Leonard, en Raleigh, M. C., sin que tengamos que mencionar cientos de hospitales, enfermerías y dispensarios que se encuentran en análogas condiciones.

Los médicos negros norteamericanos gozan no sólo de la confianza de la numerosa clientela de su raza, sino que al mismo tiempo de la alta consideración y aprecio de los colegas blancos, y muchas familias blancas se consultan con ellos por razones de sus competencias profesionales e indiscutible moralidad. El número de médicos norteamericanos de dicha raza que ejercen en todos los Estados Unidos ya alcanza la cifra de más de 3.000 personas, y por lo general, aunque su distribución mayor es en los Estados del Sur, se encuentran también muchos de ellos en los grandes centros del Norte y del Oeste.

Existen sociedades médicas de color en los Estados de New England, New Jersey, Pensylvania, Ohio, Virginia, West Virginia, North Carolina, South Carolina, Georgia, Florida, Alabama, Mississipí, Tennesee, Kentucky, Missouri, Arkansas, Texas, Louisiana y Oklahoma. Hay una Sociedad que comprende a la vez los Estados de Georgia, Florida y Alabama, y numerosas Sociedades locales en las grandes poblacio-

nes en donde hay una numerosa población de la raza de color, como Baltimore, Wáshington, Filadelfia, Boston, New York, Chicago, Kansas City, Dallas, Nashville, etc. Además, existe una Asociación Nacional Médica, representada por más de veinte Estados, que realiza sus Congresos anuales, en donde se discuten los más altos problemas de la Medicina y Cirugía, y los Colegios médicos de Meaharry, Howard, Leonard, Long Island, Western Reserve, Universidad de Pensylvania y Ann Harbor, con numerosísimos estudiantes, muchos de los cuales han gozado del privilegio de haber visitado y permanecido largos años en el extranjero. Puede decirse, pues, sin exageración de ninguna clase que el doctor negro norteamericano es considerado como un buen profesional, útil a sus conciudadanos, a su país y para él mismo.

Ya es tiempo de terminar la época de los prejuicios. Los sentimientos están por encima de los colores de la piel y la intelectualidad por encima de las razas. Las verdaderas diferencias en los hombres se miden hoy por las resultantes y consecuencias de su mentalidad. El mundo psíquico va cada día dominando al físico, y los ignorantes y los viciosos se confunden dentro de un solo marco, no importa su origen y condición.

Para aquellos que aman la verdad y la justicia sin consideración a la tribu o al lenguaje,

las reglas de la moral deben ser los guías de sus juicios y de sus acciones. Así ha sido en el principio, es ahora y será siempre; y la libertad y la civilización no podrán triunfar jamás entre nosotros sino por este sendero que nos señalaba el Maestro y de que tan buena prueba encontramos en los doctores negros de los Estados Unidos. Todo el problema de la raza negra en Cuba se sintetiza en las tres mágicas palabras de Víctor Hugo: "Educación, Educación y Educación."

1916.

EL DERECHO A LA REVOLUCIÓN

Entre las más serias objeciones presentadas por la opinión contra la hermosa y altruística utopía denominada Liga de las Naciones, ninguna ha producido más fuerte impresión en ciertos hombres amantes de la justicia y del orden que el temor, legítimo y disculpable, de que con aquélla se fijen de un modo definitivo las presentes formas de gobierno, impidiendo, o al menos dificultando, los cambios y modificaciones en la política de algunos países, y especialmente los que no disponen de suficiente fuerza para imponerse o que su criterio sea estimado. Cualquiera institución establecida para abolir las guerras—dicen estos honrados críticos—evitaría en el día de mañana las populares protestas en nombre de la libertad y mantendría el paso libre a la dictadura y, por ende, a la tiranía; en suma, para los débiles, se suspendía la voz de la protesta contra las violaciones de la ley y los justos derechos a la revolución.

La cuestión es más importante de lo que a primera vista parece, desde el punto de vista teórico. La Liga de Naciones, tan pródigamente pregonada y discutida, deberá ser, a mi criterio, más bien relacionada con problemas internacionales que internos, y como su base de sustentación está fundada sobre los firmes pilastres de la Democracia, expresada por cualquier sistema de representación que deje siempre al pueblo las responsabilidades con la soberanía de sus decisiones, se deduce que cualquier mayoría que votara un cambio de gobierno, éste sería aceptado por la Liga, siempre que se hubiesen observado determinadas formalidades, previamente regulares.

Lo único que la Liga no admitiría—de eso estamos seguros—serían los gobiernos autocráticos, ambiciosos de dominio territorial o militarista, porque *de jure* están condenados o anatematizados para siempre.

La Liga de Naciones, por lo tanto, no tocará lo que algunos filósofos extremistas han llamado EL DIVINO DERECHO A LA REVOLUCION; lo único que con ventaja y aplauso realizará será hacerlo más legal, mejor dicho, LEGITIMARLO. La diferencia de medio será la novedad de la presente época, y la finalidad obtenida, con sus brillantes y positivos resultados, motivo de aplauso y estímulo para todos los pueblos. En lo sucesivo, con plenas garan-

tías de los derechos de ciudadanía, la boleta electoral substituirá a los rifles para crear la carta fundamental de las nuevas nacionalidades o modificar la de las ya existentes, y se oirá en las urnas, tan respetada como atendida, la sincera voz de las minorías. Hasta la fecha, en todas las revoluciones, y a costa de sangre, ruinas y dolores, las minorías oportunistas han destrozado naciones y cambiado gobiernos cuando la suerte o las circunstancias las han favorecido; pero, a pesar de las razones invocadas para justificar los acontecimientos, los gobiernos que han provenido de tales fuentes debían conservar soldados en los cuarteles y jurisconsultos del modelo indicado por Federico de Prusia para subsistir, aunque llevaran en la propia sangre el germen morboso de su reconocida debilidad.

Tres ejemplos significativos encontramos actualmente en la escena que comprueban la doctrina: Irlanda, Canadá y la sufrida e inconforme Cuba. Una Liga de Naciones no puede intervenir en el caso de la noble Irlanda, que se encuentra por completo a merced de la Fatalidad. Ni los cañones ni los votos serían capaces de ayudarla. Su única esperanza reside en el despertar de la conciencia pública de la gran Inglaterra. El Canadá, si lo quisiera, obtendría sin grandes luchas su independencia, dada su situación geográfica y su actual capacidad y poten-

cia. En Cuba, los partidos, conocida la indiferencia y falta de interés demostradas en sus elecciones, determinan gobiernos divorciados de la opinión, representativos las más de las veces de muy relativas minorías.

La Liga de Naciones es casi impotente para actuar en estos y otros ramos. Ella sólo tratará de fijar los principios fundamentales y aconsejar el único camino viable y efectivo; pero nada más. Ella contribuirá por la propaganda y el ejemplo de otros pueblos a demostrar que una minoría, con sus vindicaciones y progresos, puede constituirse en tremenda fuerza política y crear una mayoría invencible. Ella insistirá, con pruebas y argumentos insuperables, que la victoria siempre se obtiene a la larga o a la corta, no por la cantidad de fuerza que aporte a la lucha, sino por la de justicia, dignidad y derecho que se posea. El final de la guerra mundial lo ha dicho muy alto. Ningún sistema de fuerza sustentará instituciones corrompidas y malvadas, ni el espíritu humano dejará sentir sus mejores satisfacciones sino cuando se mueva al impulso de elevados sentimientos de amor, de pureza, decoro y respeto.

La Liga de Naciones no será, ni podrá nunca serlo, el obstáculo al derecho a la revolución. Esta, en todos los tiempos, se considera como la protesta suprema y definitiva de los pueblos contra las injusticias y el único disol-

vente eficaz, preciso y necesario de la opresión y las tiranías, tanto políticas como sociales. Es cierto que van sufriendo la influencia de los tiempos, que la manera de intensificar su proceso activo lo modifican el medio y la psicología de los pueblos; pero falta todavía que brille por muchos años la luz del sol para que reine la paz entre las naciones, y "el cordero logre pastar al lado del león y éste no se lo coma", y que el espíritu colectivo que ha de brotar del corazón del pueblo "obtenga la satisfacción plena, tanto de sus necesidades como de la consecución de los ideales, por los que ha prodigado sus abnegaciones y sacrificios".

Esas revoluciones en pro de avances políticos, cada día más anacrónicos y gastados, constituyen actualmente sólo objetos dignos de estudio para la crítica histórica, muchas de ellas tan sólo dignas de mención, cual las terribles epidemias que diezmaron las razas errantes que vagabundeaban la Europa en plena Edad Media. Ellas cumplieron su misión depuradora, porque cada vez que la sangre humana se ha derramado colectivamente, la humanidad ha dado un paso de avance en la obscuridad hacia su liberación, o despertaron la reacción popular para derribar un mal gobierno sin más finalidad que la de substituir hombre por hombre dentro de un peor sistema político, condenado pronto a desaparecer.

La Liga de Naciones no actuará como preventivo, porque no puede descender al terreno de las soluciones prácticas, y producto y representación de formas de gobierno gastadas y desacreditadas ante la nueva vida política que se alborea, consciente, pero impotente, estimulará el desenvolvimiento de las fuerzas vivas, ricas y pletóricas de energías, que vayan destruyendo los poderes que han impedido y estorbado el desenvolvimiento económico y social de la humanidad. Las consecuencias de la tremenda y sangrienta guerra mundial y la creación de la Liga reafirmarán los gobiernos honradamente representativos de la voluntad popular y leal y francamente democráticos, en camino, sin reservas hipócritas o concesiones falsas, hacia un socialismo evolutivo, so pena de tropezar, con todos sus peligros, violencias y ceguedades fanáticas, producto de sublimes idealismos, en el comunismo y la anarquía; pero a medida que las modernistas y lógicas ideas que la ciencia política y la amarga experiencia de los que sufren se vulgarizan y difunden, sea por la instrucción, la propaganda, y vayan impregnando la conciencia popular y conquistando poderosas mayorías, la verdadera y única revolución, aquella que constituye la "afirmación del propio pensamiento", estará actuando siempre potente, avasalladora e invencible, dominando el pro-

grama de los partidos y preparando sus hombres para la oportunidad salvadora.

Es cierto que la época de lanzarse a levantar barricadas ya ha pasado felizmente, y que los hombres, para conquistar el goce y la tranquilidad a que tienen derecho, no necesitan utilizar esa violencia, que los obliga a actuar sin misericordia ni piedad, dando el pretexto al odioso imperialismo de las naciones fuertes, siempre preparadas para las ocupaciones e intervenciones de las débiles, tan pobres de recursos de guerra como ricas de injusticias y atropellos, y que es más fácil la simple prédica de los que viven bien y disfrutan de las sinecuras, argumentando que el voto popular es el arma de la civilización, pues cada ciudadano lleva con su decisión la más completa seguridad para el Estado de su libre y espontánea voluntad al elegir a los hombres de su más absoluta confianza para el ejercicio de sus deberes con la comunidad, y somos los primeros en admitirlo, propagarlo y defenderlo; pero no es bastante ni suficiente la defensa del concepto teórico si en la práctica se falsean los principios, se toleran y fomentan los abusos, se falsean los comicios y se cometen impunemente toda clase de delitos electorales sin ninguna esperanza para castigarlos, evitarlos o prevenirlos.

El hombre no vive sólo de idealidades, ni resuelve sus problemas vitales con discursos, reso-

luciones judiciales, decretos del Gobierno y promesas de bienestar *a posteriori*. El estómago posee derechos que el cerebro no conoce, y a las desilusiones de los pueblos surge la necesidad de la acción, y es inocente desconocer las leyes de la historia si se confía en bruscas transformaciones y en experimentaciones de aficionados a los estudios sociológicos. La revolución debe siempre existir latente como una pausa en la vida política, para que los pueblos se sientan protegidos y mientras no se experimenten nuevos cambios sociales y los gobiernos preocupados. Los pueblos no pueden vivir sin fetiches, déseles el nombre y la forma que se quiera; a la humanidad de *post guerra*, que tan cara pagó su lección de confianza e inexperiencia, le hace falta un lábaro de redención, una nueva fe que la guíe, la consuele, la estimule y la dirija; ni los débiles ni los convencidos hacen historia; mucho se ha demolido y más queda todavía por demoler, y ya se vislumbra el día en que las fuerzas cooperativas del organismo social comiencen su labor reconstructiva y renovadora; pero mientras se aproximan esos momentos de redención, ante las leyes despóticas y absolutas, ante las tiranías religiosas, doctrinarias o filosóficas, ante las oligarquías, dictaduras y autocracias, y cada vez que se trate de la negación de la libertad, la rebeldía, de cualquier clase que fuere, no sólo es necesaria y legí-

tima, sino un derecho inalienable e indiscutible, que si no se emplea con vigor y oportunidad, el pueblo que no la usara merecería "que sus mujeres fueren violadas, sus hombres crucificados y sus ciudades reducidas a polvo y éste lanzado a los cuatro vientos".

1920.

NECESIDAD DE CREAR EN CUBA UNA SECRETARÍA DEL TRABAJO Y REFORMAS SOCIALES

"DULCE ET DECORUM EST PRO PATRIA VIVERE"

Señores profesores:

Grave problema es siempre la duda—ese eterno elemento del progreso, distracción de los espíritus frívolos, dolor intenso de las almas profundas—, y más cuando se trata de cumplir fielmente las exigencias de un reglamento, conciliándolas con la libre elección de un tema, para poder aspirar al doctorado en Derecho público. Numerosas cuestiones se presentan a la mente, todas y cada una de ellas con mayor o menor importancia para ser tratadas desde los múltiples y variados aspectos que siempre tienen y hacen tan interesantes los estudios sociales y políticos contemporáneos.

El método generalmente seguido consiste en presentar asuntos ya conocidos y perfectamen-

te estudiados en las obras clásicas, sobre todo cuando se refieren a cuestiones de ciencia constituyente, que atraen la atención del mundo científico en Europa y los Estados Unidos. Nuestros sufridos y laboriosos países de Hispanoamérica bastante que hacer tienen con el arreglo de lo poco bueno que han conquistado, para poder pensar y discurrir en abstracciones y formular proyectos de viabilidad colectiva o de reformas sociales. Sin embargo, hora es ya de una tentativa de reacción, por prudencial que parezca, y separarnos de esa rutina que mata los entusiasmos del estudiante y demuestra la apatía de los maestros. En los grandes centros de cultura europeos, las tesis tienen siempre por objeto las ideas nuevas, sin orientaciones prácticas más o menos definidas, y surgen de las Escuelas y de las Universidades los brotes del pensamiento humano, que se han de traducir más tarde en amplias polémicas por la prensa diaria o en folletos, y cristalizan finalmente, después de luminosísimas discusiones en las Cámaras, en leyes sabias, regeneradoras y vivificantes, que llevan al organismo nacional los estímulos y las energías que hacen despertar mayores y más eficaces actividades a sus ciudadanos.

En el arduo propósito de elegir tema para un trabajo de doctorado en Derecho público deben ser varios los puntos a considerar. La esfera

amplísima de las ciencias jurídicas abarca toda la existencia, y por eso dijo, con razón, Lerminier: "El Derecho es la vida." Mas como vivimos formando parte de la sociedad humana, cuyos problemas generales demandan, casi siempre, actividad jurídica, parece que esa relación de ideas se impone a nuestra consideración, en tanto que tiene sabor de realidad todo lo que corresponde a esa rama tan interesante como nueva que ya va siendo conocida como el Derecho social. Y con esas bases de juicios abordaremos esta tesis.

Ahora bien; esa magnífica compenetración moderna de la Sociología y el Derecho, que ha abierto inmensos horizontes a las Ciencias políticas, determina, por lo que al Derecho se contrae, dos distintas esferas de ideas. Una, la del derecho positivo, en tanto que las Ciencias sociales vienen ya haciendo sentir su acción cada vez más intensamente en el campo de la alta política, como generadora de la labor parlamentaria, y esto arroja esa brillante legislación social que en los países más civilizados constituye a los gobiernos en supremos niveladores de todas las diferencias de clases, defensores natos de todos los desvalidos, siendo, en definitiva, órganos potentísimos de una profunda y completa regeneración social, que anuncia para el porvenir, en todo lo posible, una vida más dignamente humana.

Pero esa gran esfera de ideas, contentiva del Derecho constituído, supone necesariamente otra, interesantísima y amplia, donde se contienen todos los pródromos, todos los materiales, todos los análisis, todas las experiencias que para aquella inmensa obra se necesita, y ésta es la esfera del Derecho social constituyente, que descubre en mil aspectos puntos trascendentales, íntimamente ligados con la realidad de la existencia, demandando urgente estudio, modo único de que cada país se temple a tono en la solemne marcha del progreso, pero satisfaciendo en cada caso sus propios y peculiares requerimientos.

Al calor de estas ideas, y concretándonos al Derecho social constituyente por lo que a Cuba se contrae, lo primero que necesitamos observar es que, en estas importantísimas materias, el impulso general de los tiempos apenas comienza a sentirse entre nosotros. Esto, sin duda, puede ser explicado por motivos sociológicos, dado que nuestra legítima ansiedad por la independencia nacional determinó un proceso de medio siglo, excluyente de todo otro ideal. Pero cuando ya constituímos un Estado cubano, que ha de exhibirse ante el mundo consciente de sus grandes deberes, es necesario que atendamos los problemas sociales, preparando la oportuna legislación de ese carácter, a cuyos fines indudablemente se requiere como punto fundamental

que nos demos el órgano adecuado, el gran centro administrativo nacional que los demás países para ese efecto utilizan, y que, mientras entre nosotros no exista, todas las aspiraciones de ese orden habrán de quedarse en las abstracciones del credo y de la doctrina, sin pasar a la realidad.

Producto de esas consideraciones, mis dudas fueron desapareciendo y el tema de mi tesis se iba destacando ante mi vista como un sol que surge en una mañana primaveral. Debía escoger un asunto de intensa actualidad, que afectara de modo directo los intereses más caros de una de las más sufridas y gloriosas de nuestras clases sociales, y tomé para el desenvolvimiento de esta tesis—que someto a la benevolencia de mis maestros sin otra aspiración que contribuir al bienestar y al progreso de mi país—la siguiente:

Necesidad de crear en Cuba una Secretaría del Trabajo y de Reformas Sociales

I

El artículo 78 de la Constitución cubana, de acuerdo con el SISTEMA PRESIDENCIAL que le ha servido de base para la organización del Poder ejecutivo, dice que: "Para el ejercicio de

sus atribuciones, tendrá el presidente de la República los secretarios del Despacho que determina la ley, etc., etc.", y la Orden Militar número 1, serie de 1900, seis Secretarías, cada una a cargo de su secretario correspondiente, a saber: Estado y Gobernación, Hacienda, Justicia, Agricultura, Comercio e Industria, Instrucción Pública y Obras Públicas; y la orden 161 de 1902 dispuso que quedaran divididos los Departamentos de Estado y Gobernación, agregándose la Sección de Estado al Departamento de Justicia.

Esas disposiciones atribuyeron a cada Secretaría los asuntos correspondientes, y la de Agricultura, Industria y Comercio conocía de los que siguen:

Patentes de invención.

Marcas de fábrica.

Montes y minas.

Servicio de climatología y cosechas.

Fomento agrícola.

Riqueza pecuaria.

Aguas.

Comercio interior.

Exposiciones.

Cuerpos de Ingenieros Agrónomos, Montes y Minas.

El artículo 32, capítulo 1.°, título II, de la ley Orgánica del Poder ejecutivo, hoy vigente, de-

termina que habrá "ocho secretarios", que se denominarán:

1. De Estado.
2. De Justicia.
3. De Gobernación.
4. De Hacienda.
5. De Obras Públicas
6. De Agricultura, Comercio y Trabajo.
7. De Instrucción Pública y Bellas Artes; y
8. De Sanidad y Beneficencia.

Y el artículo 36 expresa que la distribución de las funciones administrativas entre las varias Secretarías del Despacho... se efectuará de acuerdo con lo dispuesto en el título II de esa ley.

El artículo 248 dice que: "el secretario de Agricultura, Comercio y Trabajo tendrá a su cargo, con sujeción a las leyes, los asuntos relativos al trabajo, a la condición de las clases obreras y a las cuestiones de salarios mercantiles, industriales y agrícolas", y que también "adquirirá y publicará informes sobre el costo de la vida de las clases trabajadoras, y entenderá en las cuestiones que surjan entre el capital y el trabajo, en que el Gobierno tenga intervención".

En el artículo 255 se organiza el Negociado de Trabajo y de Colonización, poniéndolo a cargo de un jefe de Administración de quinta clase y atribuyéndole las siguientes funciones:

"Los asuntos que se relacionen con el trabajo y la condición de las clases obreras; los salarios y jornales en el comercio, la industria y la agricultura; formar cuando sea oportuno la relación de las tarifas de fletes y transportes, deduciendo las consecuencias que procedan."

"Adquirir y publicar los datos que se estimen de utilidad sobre asuntos relacionados con el trabajo, en el sentido más amplio y comprensivo de la palabra, especialmente sobre sus relaciones con el capital, las horas de trabajo, los jornales de obreros de ambos sexos y los medios de fomentar su prosperidad material, social, intelectual y moral, con inclusión del costo de vida de las clases obreras."

"Tendrá a su cargo especialmente la investigación de las causas de las contiendas y desavenencias que se produzcan entre patronos y obreros que puedan afectar al bienestar del pueblo de la República."

"El jefe del Negociado obtendrá acerca de los países extranjeros los informes que juzgue convenientes sobre los varios asuntos que se le sometan y que estime de interés para el pueblo."

II

La lectura y consideración de los textos legales copiados se presta, por nosotros, a algunas muy amargas consideraciones. Desde el primer

vislumbre de vida autonómica colonial en la primera manifestación balbuceante que los hijos de Cuba tuvieron de libertad, se creó la "Secretaría de Agricultura, Industria y Comercio", como el tributo que el Poder público necesariamente pagaba a los intereses, tan importantes como respetables, de los comerciantes, industriales y hacendados, o sea a la representación genuina del capitalismo, y esta Secretaría tuvo su continuación en la primera época republicana; pero no se dirigió siquiera una mirada a ese innúmero contingente de ciudadanos libres políticamente, esclavos míseros del taller, siervos todavía del patrono dominante, que habían sido, no obstante, la materia prima de la revolución redentora, ya ofreciendo sus cuerpos como soldados, sus salarios y sus ahorros en la emigración, ya —como decía en uno de sus más hermosos discursos en Nueva York el doctor Enrique José Varona—formando esa gran cohorte de héroes anónimos, sin cuyo recurso Cuba jamás hubiera logrado su independencia.

La Comisión Consultiva, compuesta de hombres de experiencia y sentido político y, sobre todo, aleccionados por el tremendo desastre que pesó con horas de luto sobre la Patria, deseosa de abrir más anchos horizontes a las aspiraciones de un pueblo joven y fuerte, aunque sin la preparación suficiente para la democracia y la disciplina de la libertad, al redactar, entre otras

leyes fundamentales, la ley Orgánica del Poder ejecutivo, reconoció en principio que el Gobierno debía también pagarle tributo a los problemas e intereses de las clases pobres, a los obreros manuales, a los trabajadores, a los campesinos, en suma, a los verdaderos necesitados, que eran, como cubanos, tanto o más respetables que los capitalistas, más obligados a recibir protección y, sobre todo, que constituyen, según el Censo, unos 650.000 ciudadanos; es decir, la inmensa mayoría de los cubanos. No se tuvo tiempo, o no se tuvo ánimo para afrontar en su debida magnitud el serio cometido, y se buscó una fórmula de acomodación, que salvando los principios, dejaba por lo menos planteado el problema, y en la añeja "Secretaría de Agricultura, Industria y Comercio" se estableció un simple "Negociado del Trabajo". Sólo se necesitaba ya añadir esa palabrita al título originario de aquella Secretaría; pero como al oído resultaba demasiado largo, pareció esto inadecuado y se optó por un cambio de nombres, quedando bautizada con aquél, con que hoy se la conoce, de "Secretaría de Agricultura, Comercio y Trabajo". La "Industria" fué nominalmente sacrificada!!

III

Nadie puede negar la importancia y necesidad, de acuerdo con la evolución moderna, en todos los campos de la actividad humana, de la existencia de una "Secretaría de Agricultura, Industria y Comercio". Perdurará siempre en toda su integridad su objeto y funcionamiento, con departamentos propios e independientes, dirigidos por secretario competente, cuya misión vasta y difícil abarca un campo enorme por la complejidad de las cuestiones que a cada paso se presentan en el terreno del capitalismo, en sus relaciones con la Economía nacional y sus múltiples influencias en la vida política del Estado. Son, pues, de tal magnitud y trascendencia sus asuntos, máxime en nuestro país, cuyas fuentes de vida son la Agricultura y el Comercio, que cuando estos ministerios comenzaron a crearse en las naciones de Europa—y en España se conoce con el nombre de Ministerio de Fomento—, en ellos vieron los hombres de Estado y los grandes políticos uno de los más notables departamentos de la Administración pública, que además de su reciente origen, por ser entonces el más moderno tenía bajo su responsabilidad y dirección los veneros poderosos de la riqueza nacional, y en su consecuencia se le encomendaba a los más preclaros talentos, a los

hombres de más sólida y reputada preparación científica.

Concretando a Cuba este razonamiento, se observa con evidencia plena que, descartando el Negociado de Trabajo, creado por la ley Orgánica del Poder ejecutivo en la Secretaría de Agricultura, Industria y Comercio, ésta tiene entre nosotros grandes deberes que cumplir, vastísimo campo de acción dentro de los importantes departamentos en que se divide, y que comprenden toda la vida económica presente y todo el porvenir de nuestra nacionalidad, y más que nada, enormes responsabilidades por nuestra particular posición geográfica, nuestra producción agrícola y la índole peculiar de nuestro pueblo. Fomentar simplemente la agricultura, con estímulos científicos y económicos, nacionales e internacionales, como lo realiza el Ministerio de Agricultura en otros países, en especial el de la República Argentina; crear, estimular y favorecer nuestras industrias para que soporten sin temores la libre competencia; brindar la iniciativa oficial, como se verifica en los Estados Unidos y Alemania, al fomento de toda riqueza privada para que el genio del hombre encuentre espacio donde desenvolverse y no trabas que lo desalienten; no entorpecer la circulación de aquélla, ayudando al Comercio, que es el nervio principal del vigor nacional, para que se faciliten los cambios y el bienestar surja por doquier,

etcétera, etc. Con todo esto hay suficiente materia para ocupar la inteligencia y el tiempo de los 140 funcionarios que componen esa Secretaría, sobre todo si están dirigidos con honor por un hombre público de gran prestigio y envidiable reputación.

IV

Pero no es racionalmente posible que sobre las múltiples y complejas actuaciones de una "Secretaría de Agricultura, Industria y Comercio" se acumulen materias esencialmente antagónicas, que tienen especial y propia existencia, que forman actualmente el motivo más serio de preocupación de los Gobiernos, y que con sólo un movimiento inicial de carácter administrativo, como débil tentativa de reconocimiento al progreso se pretenda satisfacer con sólo dos Negociados ese impulso potente, imperativo, que avanza con incontrastable vigor hacia su definitivo triunfo. *¡¡El trabajo!!* El elemento más importante, el único seguro... de la producción, sometido a la rutina de los negociados, cuando su expansionabilidad política y social dominan los Congresos y el reclamo de sus derechos rompe las puertas de todas las viejas tradiciones y privilegios!!

Lo que llamó Gambetta la "Cuestión social", como fenómeno interesante, pero gravísimo, de

la civilización, peligrosa en todos los tiempos, lo es hoy más que nunca, hasta el punto de colocarse en el plano más visible de la atención universal. A esa realidad han respondido los pensadores y los publicistas, creando una bibliografía extensísima, imprimiendo por millones y llevando a todos los hogares, con la buena nueva, el Evangelio de la redención; los políticos, desenvolviendo como postulado esencial de sus programas las promesas al mejoramiento, al derecho legítimo a la remuneración del trabajo, al fruto de la labor del hombre, sin restricciones, ni abusos; los Parlamentos, votando leyes de carácter protector y preventivo; y, por último, los Gobiernos, organizando, por la imposición de los hechos, Ministerios o Secretarías del Trabajo, por medio de las cuales el Poder ejecutivo, para desarmar las justas iras sociales, protestas de los sufrimientos en la realidad, los somete a estudio, analiza sus causas; metodiza sus observaciones, compara los números y, en suma, adquiere las bases de conocimientos que le permiten, satisfaciendo necesidades imperiosamente reclamadas, prevenir conflictos, normalizar situaciones, y más que nada, contribuir por todos los medios y sacrificios a la realización de la más alta finalidad: la *paz* material y moral de sus gobernados...

V

Para satisfacer este ideal y llegar por el único medio racional y científico a la posesión de la verdad y, en consecuencia, aprovecharse de sus enseñanzas, tanto más elocuentes y dignas de tratamiento cuanto más dolorosas y reales, los países más adelantados y cultos de Europa se han lanzado por vía franca y abierta, creando, como Noruega, un departamento típico, llamado "Ministerio de Asuntos Sociales"; Bélgica, su "Ministerio del Trabajo y de Reformas Sociales"; y en otros países simplemente "Ministerio del Trabajo". Francia lo llama "Ministerio del Trabajo y de la Previsión Social". España, que tan dura y reaccionaria se mostró para la colonia, en su propia casa ha desarrollado un espíritu progresista, que no se ha interrumpido un solo día en sus gloriosas conquistas en el campo del Derecho, y en 1903 organizó su famoso "Instituto de Reformas Sociales", que casi ha sido un verdadero Ministerio del Trabajo, con funciones y servicios especiales de la Administración activa; pero considerándolo ya, dentro de su gran desenvolvimiento, tan anacrónico, que pronto será transformado en un Ministerio en la realidad, en la vida política efectiva, con el nombre de "Ministerio del Trabajo y de Reformas Sociales". Italia acaba de

iniciar su labor parlamentaria con su nuevo "Ministerio de Reformas Sociales y del Trabajo", por iniciativa del propio Gobierno; y si esto no fuera bastante, en la *Revista de Ciencias Políticas,* el eminente profesor doctor Adolfo Posada, en un estudio de Derecho público comparado, observa, recientemente, que una de las conquistas de la moderna sociología es que hayan tomado carta de naturaleza los Ministerios del Trabajo, como requerimiento apremiante de la actual civilización, pues los viejos "Institutos de Reformas" son ya condenados por la experiencia, por ofrecer tan sólo deficientes soluciones, que no satisfacen a la ciencia administrativa y sólo subsisten ya en países relativamente atrasados, por lo que entre nosotros sólo servirían como refugio de vanidades fracasadas o de los seudosabios que gravitan con peso de plomo sobre nuestra inercia tropical.

Los Institutos de Reformas Sociales han sido en la historia del Derecho público constituído jalones que se fueron poniendo mientras cristalizaban los Ministerios o Secretarías del Trabajo y de Reformas Sociales. Ellos fueron el exponente del pasado, como estas últimas lo son del presente. Así como las armas primitivas van cediendo su puesto a las de precisión, para tener aquéllas un simple valor histórico, pero sin que a nadie hoy se le ocurra utilizarlas, ya esos famosos Institutos que cumplieron su misión,

de un cuarto de siglo al presente sólo nos sirven como documento de estudio y vienen a refundirse en las Secretarías o Ministerios del Trabajo y de Reformas Sociales, como una de las distintas partes que estos nuevos organismos requieren para su adecuada función, cediendo a la imperiosa necesidad de que no se separe la continencia, sino que actúen dentro de un solo y mismo centro administrativo la función especulativa y la práctica, el antecedente y la idea, como base segura de eficacia gubernamental.

VI

Hablar hoy de los problemas del trabajo es tratar de los problemas de la humanidad, porque ellos afectan las clases sociales, con las cuales antes no se quería contar y es actualmente imprescindible, si se requiere paz y progreso, mirarlas con preferencia. Pero no basta que se tomen estas cuestiones "con un grano de sal" para explotarlas con fines políticos, dentro de los mil medios de sugestión que posee el arma prepotente del voto electoral y tomando al hombre como un medio, cuando debiera ser un fin. No; no es este el camino, aunque por desgracia es el que se ha seguido más que ningún otro en Cuba, en épocas preelectorales, saturada la atmósfera de hermosas promesas, que nunca fue-

ron buenas, pues todavía no se ha logrado ni siquiera reformar simples artículos arcaicos, medievales de los Códigos aun vigentes en Cuba, cuando en la nación progenitora las leyes obreras nada tienen que envidiar a las más liberales progresistas de Francia, Italia y Alemania, y los Estados Unidos, Chile y la Argentina. Hay que ir más al fondo de las cosas, con un criterio inquisitivo de investigador honrado, sin interés egoísta ni personal, dentro de las más estrictas reglas de la Filosofía positivista. Es preciso estudiar los múltiples aspectos: políticos, sociales, económicos, morales, religiosos, etc., con atención cuidadosa en los detalles, individualizando hasta el infinito, para conseguir, después de agotado el análisis, la síntesis de las observaciones, traducidas después en resultados prácticos y permanentes. Ya nadie discute el derecho de los Gobiernos a intervenir y ahondar en esas cuestiones, y no basta que el Poder legislativo promulgue leyes, reflejo de necesidades sociales que piden reparaciones, y que ya en algunos países están codificadas, como en Bélgica y Alemania, en sus monumentales Códigos del trabajo, etcétera, sino que, además, el Poder ejecutivo, en su aspecto de administrador de la cosa pública, no sólo tiene que cumplir y hacer cumplir las leyes emanadas del Poder legislativo, sino también realizar los indispensables trabajos de preparación para constatar todos los fenómenos

diversos que se le presenten en la multiplicidad de fases de la vida del proletariado, y sin cuyo conocimiento profundo y circunstancial ningún legislador que actúe a conciencia podrá hacer una ley efectiva.

VII

A dos conceptos muy amplios atiende la Administración pública por medio de la "Secretaría del Trabajo y de Reformas Sociales". El primero es esencialmente técnico y especulativo, y por él llega el Gobierno a conocer cómo viven las clases necesitadas; cómo distribuyen su trabajo; cuáles son sus legítimas quejas; qué orden de conflictos internos existen entre ellas, sea entre obreros nativos o entre éstos y los extranjeros; qué estímulo falta para que se desarrolle el cooperatismo; qué forma de previsión social será más aconsejable; qué auxilio debe darse a la economía y al crédito popular; qué vicios se observan en el aprendizaje práctico, y otros muchos puntos análogos que integran el departamento de "Reformas Sociales" de una Secretaría del Trabajo, y de los cuales el Gobierno debe recoger las mayores informaciones para que el legislador se aproveche de ellas, y con talento y voluntad redacte las leyes reivindicadoras.

Dentro de este mismo terreno, el Gobierno intervendrá con sus iniciativas y apoyo efectivo,

dictando medidas que estimulen la mutualidad en las Asociaciones obreras, las colocaciones en los casos de paro forzoso; los arbitramentos en las huelgas; la creación de Bolsas de Trabajo; la reglamentación del trabajo, en cuanto a la edad, al sexo y duración del mismo; el trabajo de noche; el reposo semanal; los Sindicatos y la cooperación; las Escuelas de Artes y Oficios; las casas para obreros; el estudio y remedio de la carestía de los artículos de primera necesidad, que aniquilan la salud de los pobres; las bibliotecas para obreros; los Museos y Exposiciones permanentes del trabajo; la defensa contra la miseria y el vicio; los Bancos de depósitos y Cajas rurales de préstamos fáciles; la normalización de las relaciones entre patronos y obreros; las Instituciones de previsión; pensiones de ancianos; las industrias a domicilio; el trabajo de la mujer embarazada; las pensiones a los inválidos; el seguro obligatorio de vida y por accidentes; la defensa contra la tuberculosis; la protección de nuestro obrero frente a su competidor extranjero; la repatriación de los obreros cubanos; el establecimiento de botiquines de emergencias en las fábricas y talleres, etc., etc.

La sola enumeración de estas finalidades supone ya una labor intensa, que no puede ser realizada sino por una sola Secretaría, como la del Trabajo y Reformas Sociales y, por tanto, es imposible que pudiera ser desempeñada por uno

o varios Negociados, en la de Agricultura, Industria y Comercio, por mucha competencia de sus funcionarios y buena voluntad de su jefe. Muchos de estos aspectos que detallamos exigen acopio de numerosísimos datos, antecedentes, comparación de experiencias, metodización y estudio por separado de cada materia, etc. Y toda esta inmensa labor, de carácter esencialmente administrativo, y, por tanto, técnica, es la única base positiva y necesaria de la legislación social, fuente de inspiración del Poder legislativo para sus debates o del Poder ejecutivo para sus mensajes, recomendando esas leyes, que de otra manera, como ha sucedido hasta ahora, duermen un beatífico sueño en el seno de las Comisiones, esperando para despertar y hacer sentir su existencia la nueva agitación de la farándula política, que las presente como bandera electoral de enganche a los eternamente sufridos y expoliados parias del suelo cubano.

VIII

Otro gran campo de actividad de esa Secretaría es puramente administrativo, por decirlo así, práctico, y consiste, entro otros muchos aspectos, en realizar una inspección eficaz del trabajo, dondequiera que éste se realice, para defender la dignidad humana del trabajador, su salud

física y su higiene social, para que de él no se abuse nunca, como hasta ahora se hace y se sigue haciendo, en tiempo y en precio; la investigación oficial, constante y metodizada, sobre el uso dañino y generalizado de los venenos industriales, como el plomo en los linotipistas, el albayalde en los pintores, el mercurio en los trabajadores de espejos, y los efectos perniciosos del polvo del tabaco en el escogedor, la despalilladora, el tabaquero, etc., o el polvo cálico en el cantero, en el minero, etc., etc.; la organización adecuada para que se lleven al cumplimiento real multitud de órdenes y de reglamentos existentes, pero incumplidos, por abandono, negligencia, desidia y hasta malicia, y que son de tendencias sociales, para el bienestar general, como incumplidas estaban las leyes que se refieren a la limitación de las horas del trabajo y a la tarifa mínima de los estibadores, las cuales el honorable presidente de la República, con tanta justicia como amor al pueblo, quiere que estén en todo su vigor; la vigilancia de los avisos, que constantemente deberán existir en todos los talleres, describiendo los síntomas de los envenenamientos y remedios adecuados para combatirlos; las penas por utilización de materias nocivas, etc., etc.; todo esto sin entrar en referencias sobre la hermosa y cristiana labor de la protección, vigilancia y defensa de los desheredados de la fortuna, vencidos soldados del

trabajo, malheridos y abandonados en las duras y crueles batallas por la vida, y en cuyos últimos momentos, en nombre y por cuenta de la Sociedad, debe esta Secretaría del Trabajo, en armonía con otras Secretarías, proporcionarles ocupación o descanso.

IX

No existe cosa más agradable que ir siempre en buena compañía, ni mejor defensa que aquella que se hace ante un Tribunal preparado favorablemente. Y así ha resultado feliz y serena la terminación de mi tarea, porque mi falta de originalidad se encuentra bien compensada por la autoridad de aquellas personas que me han precedido en sus declaraciones de carácter público, impresionando a la opinión y dejando el terreno en condiciones magníficas para la recolecta posterior. En tal concepto, debo hablar de las manifestaciones que en la Prensa fueron publicadas, en una interviú con el señor secretario de Estado, doctor Cosme de la Torriente, las cuales hizo suyas el señor presidente de la República, declarándose francamente partidario de la creación de la Secretaría del Trabajo y de Reformas Sociales. Bien entendido que ellas nunca quitan ni un ápice al mérito del ilustre representante, señor Pardo Suárez, a quien se debe la iniciativa de un proyecto de ley presen-

tado al Congreso desde el 21 de abril de 1912, con un magnífico preámbulo y el estudio, en principio, de dicha Secretaría, y que aún está esperando la resolución de las respectivas Comisiones de los Cuerpos Colegisladores.

Los partidos políticos en las naciones cultas, representando las fuerzas electorales de los países, llevan en sus programas importantes proyectos de reformas. La iniciativa de esta nueva Secretaría—que, como la de Sanidad, ha de ser un timbre de gloria más para Cuba y de admiración y estímulo para los países de habla castellana—ha resultado felizmente el producto de aspiraciones más legítimas y elevadas que los meros intereses políticos, tanto por la natural adaptación a nuestras necesidades sociales de los gobernantes que han estado en íntimo contacto con el pueblo, cuanto porque se aspira en la atmósfera un aire cargado de esas vibraciones, y de las cuales no se puede substraer una colectividad, cuando se encuentra en un período de su evolución tan peculiar como el nuestro. Ahora, que se notan brotes de anarquismo en tierra donde la semilla no puede ni debe prosperar, y cuyo origen de importación es fácil perseguir y evitar; la necesidad de la educación del proletariado es una función más que de deber social, de patriotismo, y nuestros obreros, si es verdad que están hambrientos y sedientos, más agradecerán luz para su espíritu y letras para

sus cerebros, que pan y agua para sus cuerpos. En Cuba cualquier partido de los que pretenden llamarse "políticos", que llevara como blasón de su campaña la Secretaría del Trabajo e indicara a sus oradores la misión de instruir al pueblo sobre la importancia y necesidad de ese organismo, tendría el más sólido triunfo a que aspirar pudiera la honradez política. Y no cabría siquiera oponer el argumento del mayor dispendio en el presupuesto, por cuanto que dicha Secretaría no aumentaría los gastos del Tesoro, en virtud de ciertos acomodamientos sabiamente discurridos, dentro de los presupuestos vigentes, aparte de que sus beneficios y utilidades son cien veces superiores a la relativamente pequeña cantidad que costará su sostenimiento.

X

¿Será necesaria en Cuba la creación de la Secretaría del Trabajo y Reformas Sociales? La afirmación se impone arrolladora, y negarlo por sistema, sin razones, o en aras de algún interés privado, es declararse franco enemigo del pueblo y de la libertad. Los antecedentes históricos, la experiencia en otros países, la situación del obrero en Cuba son los primeros elementos a contribución para comprobar la necesidad de que esta Secretaría se cree y organice. Si a ello

se añade que con actos de esta clase se eleva y prestigia el decoro nacional, actúan de un modo más intenso los principios de moralidad social, consolidamos más firmemente en nuestra personalidad nacional y estimulamos y concedemos un lugar en justicia a aquellos que más pudieran exigirnos y a quienes menos les hemos dado de la coparticipación en la vida republicana, podemos mejor reafirmar nuestras conclusiones. En mi espíritu así está resuelto. ¡Ojalá fuera tan feliz que lo hubiera conseguido en el vuestro!; pero si ello todavía no fuera dable y se quiere esperar algo más del tiempo, factor que todo lo consigue y que todo lo vence, al ocuparse de "Cuestiones sociales", no olvidemos el precepto de Hopkins: "Es preferible ponerle una cerca al precipicio, que no esperar con una ambulancia en su fondo."

Habana, 10 de noviembre de 1913.

A NUESTROS AMIGOS

La Comisión de propaganda y organización del Partido Nacional Obrero Radical Progresista ha conocido, en el número correspondiente al día 8 de noviembre del periódico *La Discusión,* la brillante tesis que para obtener el grado de doctor en Derecho público presentó a esa Facultad, en la Universidad de La Habana, el Sr. D. Juan Antiga, con el título *Necesidad de crear en Cuba la Secretaría del Trabajo y de Reformas Sociales.*

Acontece que dicho asunto precisamente constituye uno de los capítulos más importantes del programa del Partido Nacional Obrero Radical Progresista, y, con tal motivo, esta Comisión consideró que la publicación de dicha tesis en un folleto que se repartiese profusamente por todo el país constituiría una eficaz propaganda de sus ideales, desenvuelta en el más adecuado de los sentidos, o sea en el de la ilustración y conocimiento de su valiosa y trascendental necesidad y conveniencia, puesto que si muchos combaten la creación de la Secretaría del Trabajo y de Reformas Sociales, es porque no han tenido la oportunidad de estudiarla, y si otros la discuten es porque no se han compenetrado de su verdadera misión; pero presentada y discutida por un talento de primer orden en el Centro docente más elevado de la República, sancionado el tema por un sabio Tribunal universitario, otorgando al graduante con toda justicia la calificación de "Sobresaliente", implícitamente se estimó que las materias desarrolladas en la tesis del Dr. Juan Antiga eran hermosas enseñanzas doctrinales, fuente de grandes iniciativas prácticas, que sólo pueden ser útiles cuando actúan como elementos educadores de las masas sociales, que han de recibirlas con todo el parabién con que siempre esperan los nuevos estímulos, máxime si llegan, como en este caso, tan oportunos, favorecidos con una base científica tan sólida y sobre todo en aras y ayuda de los más sagrados intereses del pueblo.

Inspirada por estos propósitos, la Comisión de propaganda y organización del Partido Nacional Obrero Radical Progresista acudió a solicitar del ilustrado Dr. Juan Antiga el debido permiso para publicar su tesis, según el plan acordado, y este caballero, con grande generosidad y benevolencia, nos complació y autorizó para ello, por lo cual le expresamos en estas líneas, y en nombre de nuestro Partido, las protestas de sincero agradecimiento, pues con ese acto nos ayuda a favorecer de un

modo directo y positivo el provecho y adelanto de la clase social que representamos.

Habana, noviembre 9 de 1913.—*Manuel Cañizares*, presidente de la Comisión.—*Pedro B. de Castro*, secretario.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS CONSULTADAS

Ley de 10 de abril de 1887, creando la Secretaría Federal del Trabajo en Suiza.

Real decreto de 12 de noviembre de 1894, organizando el Ministerio del Trabajo en Bélgica.

Ley de 19 de mayo de 1910, creando la Secretaría del Trabajo en el Canadá.

Ley de 14 de febrero de 1903, creando el Departamento Federal del Trabajo en los Estados Unidos.

Ley de 5 de julio de 1906, creando el Ministerio del Trabajo y de la Previsión Social en Francia.

Ley de 4 de septiembre de 1887, creando la Secretaría del Trabajo en Inglaterra.

Ley de 5 de octubre de 1910, creando la Secretaría del Trabajo en Nueva Zelanda.

Proyecto de ley de 28 de mayo de 1913, para crear en España el Ministerio del Trabajo.

La evolución internacional del Derecho obrero, por Pedro Sangro y Ros de Olano. Madrid, 1912.

Projects et propositions de loi relatives aux question ouvrières et sociales soumis a l'examen du Parlement français. París, 1903.

Bulletin de L'Office International du Travail. París, 1913.

El seguro obrero internacional, por José Maluquer, Madrid, 1910.

La aplicación de las leyes protectoras del obrero en España, por Miguel Figueras. Madrid, 1910.

La protección legal de los trabajadores, por Iván Strohl. Madrid, 1907.

Tribunales industriales, por José Zaragoza Guijarro. Madrid, 1912.

Tratado de Legislación y Jurisprudencia del trabajo, por Ricardo Oyuelos. Madrid, 1906.

La cuestión social es una cuestión moral, por Th. Ziegler. Barcelona, 1904.

El derecho al producto íntegro del trabajo, por Antonio Menger, profesor de Derecho en la Universidad de Viena, 1891.

The Social Movement, por J. Ramsay Macdonald. Londre, 1913.

El Estado y la acción política.—El ideal social, por el Dr. F. Carrera Jústiz. Habana, 1912.

El Municipio y las clases obreras.—Los estibadores, por el Dr. F. Carrera Júztiz. Habana, 1904.

Las panaderías y la salud del pueblo.—La esclavitud blanca, por el Dr. F. Carrera Jústiz. Habana, 1912.

La journée de huit heures, por Ch. Gide. París, 1910.

The labour movement, por J. Keir Hardie. Londres, 1910.

Une coquête sociale, por G. Maze-Sencier. *L'Association Catholique*. París, 1906.

La reforma social en España, por Adolfo Posada. Madrid, 1912.

La legislación del trabajo en España, por Adolfo Posada. Madrid, 1912.

El contrato de trabajo, por Adolfo Buylla. Madrid, 1909.

Proyecto de ley sobre Contrato del trabajo. Instituto de Reformas Sociales. Madrid, 1911.

Compte rendu de la protection légale des travailleurs. Zurich, 1912.

Memoria general de la inspección del trabajo. Publicación del Instituto de Reformas Sociales. Madrid, 1913.

Preparación de la reforma de la ley de Tribunales industriales, de 10 de mayo de 1908. Madrid, 1912.

La Secretaría del Trabajo. Propaganda del Partido Nacional Obrero Radical Progresista. Habana, 1913.

L'Inspection du travail en Europe. Office International du Travail. París, 1910.

Proyecto de ley de Casas para obreros. Instituto de Reformas Sociales. Madrid, 1910.

La prevención de los accidentes del trabajo y la higiene industrial, por Francisco del Río Joan. Madrid, 1913.

De *La Discusión* del día 8 de noviembre de 1913:

"Tenemos la satisfacción de dar publicidad, como trabajo doctrinal de mérito extraordinario, a la tesis que para su grado de doctor en Derecho público ha presentado nuestro distinguido colaborador el Dr. Juan Antiga, y es del caso consignar que el nuevo doctor en Derecho, con una hoja de estudios brillantísima, es ya un antiguo universitario, que con los más grandes éxitos obtuvo en nuestra Universidad, hace ya muchos años, su grado de doctor en Medicina, habiendo obtenido por oposición en varias Repúblicas suramericanas cátedras universitarias y realizado además profundos estudios de Sociología.

El trabajo que publicamos no es, por consiguiente, la producción de un estudiante, sino la de un talento esclarecido, de méritos muy probados y vastísima ilustración.

Reciba, pues, anticipadamente nuestras felicitaciones el querido doctor y compañero, y omitimos elogios concretos del trabajo, por cuanto el lector seguidamente podrá apreciarlo en todo su mérito y oportunidad."


REFLEXIONES MEDICAS

PENSAMIENTOS SOBRE LAS CONDICIONES DE LOS MÉDICOS

Guérir, quelquefois: soulager, souvent; consoler, toujours (A. Paré).—Curar, algunas veces; aliviar, con frecuencia; consolar, siempre.

El primer deber de todo médico es ser tolerante y paciente.

El segundo, tener infinita caridad para el que sufre.

Como todo enfermo es un egoísta, el que lo asiste debe neutralizar su egoísmo con el máximum de altruísmo posible.

Hahenamun decía: "El médico debe procurar curar pronto, bien y con agrado." *Cito, tuto et jucundo.*

A todo se puede resistir en este mundo menos a la bondad. Y si no, que lo diga Jesús, que fué un símbolo por excelencia.

LA PROFESIÓN MÉDICA EN CUBA

Las revoluciones son los espasmos del dolor de un pueblo. Toda revolución es penosa; pero, en definitiva, sus resultados son buenos, puesto que contribuyen al progreso del mundo. Cada revolución ha traído un nuevo estado de cosas mejor que los pasados, aun cuando se ha adquirido la conquista con terribles sacrificios. El hecho es cierto, y lo confirma la historia; sea en la época romana, al abandonar los plebeyos la ciudad rey; sea en la postrimería del siglo XVIII, al encender Francia la luz de la libertad, o en nuestra pequeña República americana, al desafiar en Baire el poderío y el dominio de la España colonial.

Y no se extrañe que comience hablando de revolución, al ocuparme de un gran problema de la Medicina, como ejercicio normal, puesto que en 1895 se dijo que la "revolución cubana" era la revolución de los médicos, por el número de éstos que iniciaron los primeros movimientos insurreccionales, toda vez que, si así sucedió, ra-

zones muy hondas existieron para ello, en las que el patriotismo, aunque lo hubo y se prodigó en demasía, no fué el principal, ni el único móvil de los alzamientos. Si para los cubanos, como pueblo, las promesas de la gran revolución no se han cumplido, porque conservamos leyes anticuadas, procedimientos coloniales, costumbres que debieran modificarse, retrocesos inconcebibles en naciones democráticas, para los médicos la cuestión es más grave y distinta. La vieja y honorable profesión del ejercicio de la Medicina ha sufrido y está sufriendo todavía el período revolucionario más trágico, más desesperante, más radical que otra clase social alguna y, lo que es peor, sin esperanza de éxito por el presente y con temores de muy grandes modificaciones en el porvenir. Y este pesimismo se debe a que nunca han sido muy profundas las divisiones entre sus intereses, nunca más rotos los lazos de la fraternidad y del compañerismo, ni nunca más implacables la lucha y la competencia entre aquellas entidades, donde la unión, la paz y la tolerancia debían ser los lemas de sus empresas y trabajos.

De todas las teorías científicas que en el campo de la Astronomía han tratado de explicar los fenómenos celestes, el gran Copérnico decía: "Todas son ilógicas, complejas, cuando no absurdas. Su misma complejidad demuestra su falsedad." Por desgracia, lo mismo ocurre con las

teorías médicas. Su complejidad, su deseo de querer explicarlo todo, su falta de unidad y de lógica, su exceso de dogmatismo, cuando no de rutina, prueban lo falso de su realidad. En general, el médico honrado se siente perplejo frente a la explicación de los fenómenos de la vida y sale de las Universidades sin tener una sólida base en qué descansar sus juicios diagnósticos y sus tratamientos. Su equipo profesional consiste en el recargo de su memoria, con una serie de datos heterogéneos, caóticos, contradictorios, producto, muchos de ellos, de escepticismos de profesores decepcionados. El ha visto con el microscopio los microbios patógenos o conocido sus caldos de cultivo; él ha visto o ha hecho operaciones quirúrgicas importantísimas, practicadas con gran destreza manual, seguidas de resultados maravillosos; él no realiza un acto donde la antisepsia más escrupulosa no impere y satisfaga su conciencia, y, sin embargo, la duda nubla su frente cuando trata de reflexionar sobre los hechos, y no siente en su corazón el *quid divinum,* ese algo sobrenatural y consolador que experimenta aquel que realiza sus acciones, contento y satisfecho de sus medios de acción y de sí mismo.

Y el resultado final ya se sabe, es el fracaso. La profesión médica ha resultado para el hombre moderno un verdadero desastre. El médico trata de explicarse sus casos y no puede com-

prenderlos; la obscuridad reina en su mente, ocupada por demasiadas teorías, que sólo las entienden y quizás no, los que las formulan; él se da cuenta de que tampoco cura a sus enfermos; él sufre las penosas dificultades de la escasez económica, ante las exigencias de un medio social que le supone mayores ingresos, y lo que es más duro y sensible, él nota que en el ambiente aquel respeto tradicional, aquel concepto del doctor, que le hacía cumplir funciones de sacerdocio, de amigo íntimo de las familias y de consolador cariñoso del hogar, se desvanece, y que de día en día se le vitupera de comerciante o de explotador, llenando su corazón de infinita amargura los frecuentes e injustos desengaños, la pésima recompensa de sus abnegaciones, la falta de apreciación de su conciencia y de su interés y de su caridad y amor por sus enfermos.

Este cuadro es obscuro, pero exacto. Afortunadamente, tiene felices y conocidas excepciones. Hay muchos compañeros que han constituído ya su criterio sobre la filosofía médica actual, que realmente piensan con sus propios cerebros. Hay gran número de profesionales que ganan dinero, algunos mucho, y entre nosotros no escasean los ejemplares. En el extranjero es popular el caso del doctor Dimsdale, a quien Catalina II de Rusia le pagó 60.000 pesos porque la vacunara; el millonario Armour, de Chicago,

pagó igual cantidad al doctor Lorenz, de Austria, por tratar la coxalgia de su hija Lolita, etcétera. Estas son, en verdad, grandes recompensas que a todos nos contentan; pero del otro lado las cosas no andan bien. Los ingresos de los médicos en Cuba, como en los Estados Unidos, por término medio, no les permiten vivir, ni siquiera de un modo digno y decente. Las estadísticas en las naciones europeas confirman esta realidad tristísima, que se ha hecho universal, salvo los países exóticos, como Alaska y el Transvaal, donde la escasez de médicos exceptúan la regla. Y el resultado de ella se traduce de la manera siguiente: de cada 500 doctores, uno hace fortuna, 35 o 40 viven bien, como se dice vivían antes los médicos en épocas doradas; unos 100 luchan, trabajan, cubren sus gastos, cumplen regularmente su papel social, en tanto que gocen de salud y crédito; el resto son unos miserables, que se sienten heridos y decepcionados porque ganan menos que muchos obreros, y si no tienen el valor civil, las energías agostadas para buscar nuevo campo de la actividad humana, perecen en los rincones de las ciudades, en la soledad de los campos, víctimas por los centavos para el sustento, de clientes, boticarios, autoridades, brujos y criminales.

Hay que afirmar, además, que la estadística no comprende en sus cifras a los que son vencidos antes de iniciar su campaña o se entregan a

la derrota sin protesta. Cuando recordamos que entre los hombres de negocios de cada veinte fracasan diecinueve, de cada cinco casas de comercio, al cabo de ciertos años, una sola triunfa, a pesar de su inicio con recursos, ahorro, inteligencia y consagración material, ¿qué extraña la situación del médico, que, por lo general, comienza su práctica profesional sin un centavo, siquiera para los gastos naturales de su existencia? El joven consume los mejores años de su juventud preparándose, adiestrándose, y el día que recibe su diploma y tiene la aptitud legal para ganarse el pan con el producto de su trabajo, está en condiciones de inferioridad con todos los elementos de su sociedad. Esta le pide que vista con decoro, que cumpla sus deberes, que atienda al mísero, que sea culto e instruído; pero, en cambio, le entrega desarmado y arruinado a la explotación de la Sociedad de Socorros Mutuos, de la Farmacia, del patentaje criminal de la Casa de Salud o del Sanatorio, para que reciba un sueldo pequeño y la comida, para que comience a formar su clientela con los pobres que atiende por cuenta del Municipio o con los desvelos y el agotamiento de una interinatura, tan mal pagada como exigente, y la terrible perspectiva de una vejez abandonada en la pobreza vergonzante, limitada por los bordes de una miseria positiva y el horrible remordimiento de una familia creada por el enga-

ño de una esperanza de progreso, lanzada a la adversidad y precedida en su abandono por la limosna de un entierro y una sepultura costeada por compañeros hermanos en la desgracia y en el pesar.

Hay doctores todavía que inspiran atención y respeto. ¡Gracias a Dios que así es! Pero el médico de hace treinta años, que todos recordamos y conocimos, ése ha tiempo que murió y parece que no volverá. Ya hemos perdido con el cetro los prestigios y con ellos el respeto y la consideración del público. El cliente que hace treinta años aceptaba una prescripción o un consejo como un don que los dioses le enviaban por conducto de su médico, hoy lo escucha deseoso de interrumpirle; le discute, lo aprueba o desaprueba y concluye por hacer lo que se le antoja, sellando su apreciación con el juicio personal del médico, a quien condena o alaba sin base ni fundamento. Más aún, lo ve con ojos de inferioridad, y él mismo, que no se atrevería a discutir con su plomero o su albañil acerca de un trabajo, se planta con firmeza ante el mejor doctor para decirle, en tono de satisfacción: "Yo no estoy de acuerdo con su opinión, porque he leído en el periódico tal, etc., etc., y mi criterio es el siguiente, etc., etc." Este hombre o mujer se imagina que su opinión tiene algún valor, no se da cuenta que no tiene ningún derecho para emitirla; pero, sin embargo, el doctor

la escucha, se sonríe, se inclina y piensa que todo seguirá mejor si aquel mismo audaz pagase la consulta o el tiempo que le roba, o si no ha sido cómplice cobarde del descrédito del compañero, que no se atrevió a defender por el temor de perder la gracia y el favor de su enfermo.

Una de las cuestiones más discutidas entre los nuevos y los viejos elementos de la profesión es con respecto a la naturaleza esencial de la enfermedad. La vieja teoría de los doctores de que hay muchas enfermedades, difiere notablemente en su causa y en su naturaleza. Hoy se ha buscado la explicación de ese proceso de la causación; pero cuando la enfermedad se ha hecho ya aparente, la ciencia que la estudia se llama la Patología. Todavía no hemos podido señalar de una manera precisa el lugar por donde deberá pasar la línea divisoria que separa los dos campos.

Los trabajos realizados por los hombres que cultivan estas ciencias son numerosos en la actualidad. Cualquier médico tiene en su biblioteca 400 ó 500 volúmenes que tratan de Medicina, muchos de los cuales representan estúpidas inversiones de su dinero, tan bien trabajado. ¿Por qué no tirarlos? No es conveniente; adornan el consultorio, y quizá algún día representen venerables ruinas merecedoras de curio-

sidad, o resuelvan una situación económica, a peseta el tomo, de una familia desventurada...

La vieja teoría admite que las enfermedades atacan ciertos órganos. ¿Por qué? No se había encontrado la razón; pero cierto día apareció un "genio" brillante y atrevido, que nos dijo que las enfermedades eran causadas por pequeños organismos del mundo vegetal, a quienes se bautizó con el nombre de "microbios". Y en pocas horas nació la "elegante y seductora teoría microbiana", que vino a complicar el estado mental, ya profundamente perturbado por el arrastre impuro de los siglos con la falsa interpretación de los hechos y las falsas estadísticas, sostenedoras de los nuevos intereses creados a su amparo.

La vieja teoría sostenía que la enfermedad era una entidad real, una cosa extraña al organismo, que debía ser combatida, exterminada, expulsada. El armamento de los primeros médicos contra las enfermedades fueron las danzas, los amuletos, los encantamientos; después, las sangrías, los purgantes, los sudores, etc. Todo esto ha desaparecido, y hemos avanzado en diez mil años para llegar al período de la antipirina, de la analgesina, de los sueros, de la maravillosa cirugía; pero... tales progresos recuerdan el de la bujía encendida. Ella crece, sí, a medida que el tiempo avanza; pero es hacia abajo, consumiéndose. Después de todo, la

bujía hace más que muchos doctores: al menos lanza débiles rayos de luz, siempre alumbra.

Quedan todavía, por fortuna, algunos pocos médicos bien preparados por el estudio y su propia experiencia, que, obedeciendo a un racional método científico, sostienen la teoría de que la enfermedad, su causa, naturaleza, prevención y cura difiere por completo de la idea que admiten los más de la profesión. Ellos creen que sólo existe una sola enfermedad, es decir, la enfermedad no es más que esfuerzo de la naturaleza para eliminar materiales impropios que en ella no pueden permanecer. Así se admite también que la enfermedad, en vez de ser un enemigo, es un amigo, que es el único medio de salvar la integridad orgánica y de evitar la muerte, y, por tanto, el proceso morboso debe ser asistido, no combatido. Y la mejor prueba de estas aseveraciones está en los hechos, en las curaciones, muchas de ellas realizadas a pesar de los esfuerzos de los médicos para que no se verifiquen, por el uso inmoderado de medicaciones absurdas y de tratamientos heroicos.

Pero el público no sigue esta vía generosa y científica, y quedándose doscientos años atrasados, admite la idea de la enfermedad como cuerpo extraño, y gusta en su ignorancia y temeridad de los médicos que también así lo creen y formulan medicinas, vacunas, inyecciones, etcétera, todo lo que pese y mortifique, sobre todo

si son costosas y difíciles de adquirir u ocasionan grandes molestias y sufrimientos. Y la lógica y el buen sentido salen derrotados por esa promiscuidad de enfermos inconscientes y médicos perezosos que sacrifican su porvenir y el respeto profesional por la diaria pitanza y el sacrificio de su carácter.

Se querrá objetar que en ese terreno están los más, es decir, el público y sus médicos, con la fuerza incontrastable del número. Es cierto. También el sufragio universal es el derecho legítimo conquistado por los pueblos en su lucha por la libertad, y es arma de doble filo, porque substituye la tiranía de los menos, preparados, por la de los más, sin preparación alguna. Y por ello, no obstante ser el sufragio una reivindicación social y un triunfo de las democracias, necesita regularse y limitarse para obtener de él sus grandiosos y positivos resultados políticos. De otra manera, el éxito de las mayorías es tan odioso como contraproducente. Ella se burló de Noé cuando construía su famosa Arca en la montaña, y pereció en la inundación. Ella protestó contra Moisés en el desierto, después que la libró de la cautividad; quemó la biblioteca de Alejandría, envió a Galileo al calabozo, a Colón al destierro, a Juana de Arco a la hoguera y a Jesús al Calvario...

Esa mayoría es tonta, es fútil, es loca. Sabe poco o nada, pero piensa que tiene un voto y el

derecho de gritar y protestar de cuanto afecte a su egoísmo o altere el satisfecho bienestar de su rutina y de su pereza. La mayoría está siempre equivocada y siempre muriendo; y de ella no queda más recuerdo que el heroísmo y el mérito de los que combaten. ¿Quién murió: Noé o los que se rieron de él? ¿Quién pasó a la negación de la idea: Galileo, Colón, Sócrates o la inmensa multitud de necios que los persiguieron? ¿Quién vive hoy todavía en el corazón de la humanidad: la fanática mayoría que clavó al Divino Maestro en el Calvario, la vil multitud que lo vilipendió, los falsos apóstoles que lo combatieron, o el joven pálido, de dulce mirada, de lenguaje sencillo, que habló a los hombres como nunca se había hablado, palabras que se repiten a diario en el templo, en el hogar, en lo íntimo del corazón?

Pero las mayorías evolucionan y cambian. Se van haciendo cuerdas gradualmente, por golpes sucesivos, volviendo sobre sus pasos, reconociendo sus torpezas y procurando repararlas. Después de tres o cuatro siglos levantan un monumento o erigen una estatua por la memoria de aquel que quemó en la hoguera, o lo presentan a la consideración mundial como un héroe, un santo, un mártir del pensamiento. En verdad, ella clavó en su cruz al hermoso Essenio; pero siglos después celebra su nacimiento como el hijo de Dios encarnado, símbolo de la

Verdad, cuya doctrina fundó la única religión salvadora. Y así, poco a poco, la ignorancia se ha ido venciendo y la estrechez mental modificando. Todas las reformas han partido de las iniciativas de un solo hombre. Llámese Cromwell, Rousseau, Lloyd Garrison o Hannemann. Al principio estaban solos; en seguida reunieron algunos prosélitos y constituyeron su minoría. Pelearon con valor y entusiasmo, ganaron o perdieron en los primeros momentos, luchando contra la indiferencia, la estulticia o los intereses; pero siglos después la recompensa no se ha discutido para presentarlos al mundo contemporáneo como hombres excepcionales, a quienes se debe gratitud y veneración.

Este paréntesis dedicado a la mayoría se ratifica al ocuparnos de la ciencia médica, y aquí, como en otros órdenes, la mayoría de los médicos está equivocada, y por ella también lo está el público. Esa mayoría representa los ideales, las creencias, los métodos de tiempos anteriores. Tiene la intolerancia, los fanatismos, los errores medievales, y ella es la única culpable, por un fenómeno de psicología y de inadaptación, del fracaso de la profesión médica, tanto más radical y absoluto cuanto más divergentes están los hombres que la representan con los que siguen las señales del progreso y tratan de salvar a los más del desastre en que agonizan.

Pero, como en todo interés lesionado, aun den-

tro de su propia esfera de estancamiento y de inactividad los médicos fracasados se entregan como soldados mahometanos a la fatalidad de la derrota, sin resistencia ni protestas, y prefieren continuar así que modificar la situación por experiencias frustradas que han perjudicado su espíritu y sus entradas, creando un estado mental de misoneísmo desesperante. Y, sin embargo, ¿cómo convencerlos? Pregúntese simplemente a diez personas tomadas al azar su opinión general referente a la profesión médica, y no se esconderán para manifestar que es de adversa a ella, que a pesar de los maravillosos descubrimientos, de los brillantes ejemplos de habilidad y probidad, de los adelantos indiscutibles, la profesión médica es un fracaso, ha dejado de ser lo que debería de ser para mejora y adelanto de la humanidad. El médico no es el hombre bueno y prudente, sabio y generoso de Hipócrates, ni siquiera el misterioso y no menos encantador de Paracelso. ¿Qué es lo que debiera ser la profesión médica en Cuba? ¿Qué significa en el mundo moderno? Antes que nada, la profesión médica debiera ser una gran fuerza educativa de nuestro pueblo. En la educación está la salvación de Cuba. Formar ciudadanos es el principal objetivo de un Gobierno digno de la República, y el médico será el primer factor de ese programa. En todo el Universo, la única realidad que merece estudiarse concretamente es

el hombre. Todo lo demás es accesorio y secundario. Y la profesión médica, que por siglos se ha consagrado a conocer profundamente, a recoger toda clase de informaciones respecto del hombre, deberá ser siempre la primera de las profesiones, la mejor estimada oficial y privadamente, y su voz la primera escuchada y mejor atendida, y sin cuya cooperación ningún progreso humano puede coexistir.

Y en efecto, ¿qué enseña la Medicina? Ella ha demostrado que de todos los organismos el cuerpo humano es el más perfecto, el más complejo, el más delicado y maravilloso. Ella nos ha enseñado que en todas las obras de mecánica o arquitectura no existe un ejemplo que no se haya copiado del cuerpo humano, que no hay una sola invención que no esté anticipada en nuestro cuerpo. En otras palabras, ella procura que el hombre tenga por sí mismo el cuidado y veneración que merece una obra tan admirable; y por este camino se va buscando la prevención de los vicios.

La profesión médica ha demostrado hoy que el vicio y el crimen, la locura y la estupidez, son enfermedades prevenibles; que el crimen más horrible es la ignorancia, y ésta es la enfermedad social que reclama más atención directa. La profesión médica tiene que estar forzosamente al frente de toda reforma, no importa su clase o calidad, y si en cada Departamento se coloca

como consultor, del mismo modo que hoy se hace con los letrados, un médico honorable, no un simple vendedor de recetas, sino un hombre sabio, de espíritu amplio y progresista, que esté familiarizado con los serios problemas de la vida y la muerte, ¿cuántas dificultades no se vencerán en los primeros momentos, cuántos peligros no se evitarán? No basta, no, que tengamos un Cuerpo de médicos oficialmente clasificados en una Secretaría de Sanidad, honra y modelo de una civilización. Su finalidad social está ya definida, sus funciones bien determinadas. Es un ejército en campaña permanente, en activo servicio constante. Mi idealidad llega más lejos. Al lado del ingeniero que construye un ferrocarril, del arquitecto que fabrica un palacio, en la fábrica donde laboran miles de hombres, del alcalde de una ciudad, del gobernador de una provincia, del presidente de la República, debía existir, como de guardia constante, un médico, y no será por cierto un cargo sencillo ni superfluo; muy al contrario, la experiencia, a pesar de las protestas de la ignorancia, lo confirmará.

Todo el mundo se atreve a hablar de Medicina, la ciencia más difícil en la teoría y más complicada en la práctica; pero son muy pocos los audaces que pretendan poseer conocimientos de Astronomía o Jurisprudencia si no han leído algunos libros o escuchado algunas confe-

rencias; todo el mundo tiene ideas generales sobre muchos asuntos; pero a la hora de las responsabilidades, cada cual busca al especialista para que se las resuelva. En este terreno, el médico deberá imponer su autoridad y hacer predicación continua de su misión, enseñando a "tantos que no saben" cómo se debe comer, cómo descansar, cómo dormir, cómo pensar. El deberá informar cómo vestir, para adaptar las exigencias de la moda con las demandas de la higiene; él indicará cómo se realiza la educación perfecta del niño, basada en la psicología y la fisiología, cómo evitar las enfermedades, cómo vivir en las casas, cómo realizar ejercicios que sean a la vez recreo y estímulo funcional; en suma, el doctor estará continuamente enseñando la ciencia de la vida y el arte de vivir.

Y aquí se nos presenta con claridad meridiana la razón del fracaso del doctor moderno. La profesión médica ha fracasado porque el médico olvidó o descuidó sus deberes.

El público nos ha perdido la confianza porque hemos abandonado la sólida posición que ocupábamos. En vez de seguir distinguiéndonos por la autoridad del consejo, el desinterés y el amor a la ciencia, hemos discutido ante él, negándonos a todo progreso que represente una perduración del *statu quo* en que vivíamos, y el público ha prescindido poco a poco de nosotros en lo privado y nos utiliza con dudas y temores en

la esfera oficial. No tiene absoluta confianza en nuestros dictámenes y juicios. Piensa que vivimos aún en período conjetural.

Y el prejuicio tiene mucho de exacto. Los grandes progresos que ha hecho la Medicina han venido de la calle. La electricidad, el masaje, la hidroterapia, la sugestión, etc., han tenido que luchar contra la negativa de las Academias, y sólo después de la fiera oposición y resistencia tenaz han sido admitidos, cuando ya el público los había sancionado con felices experiencias. Y en estas injustas campañas, el crédito profesional se ha evaporado. ¡Y entre tanto los doctores discuten, la tierra se mueve, la sangre circula, el fonógrafo habla, el avión vuela, etc!...

No es suficiente que se diga que la profesión médica ha perdido el favor y el prestigio por razones de competencia, por exceso de número de sus miembros, por su concentración en las ciudades. A mi juicio, las causas son más hondas, y yo, como siempre, busco en los hechos sus raíces más profundas. Ellas se basan más que en nada en la moralidad profesional, en la falta de estimación propia, en la venta barata de la dignidad y del carácter, en la debilidad de la voluntad para cambiar de ocupación cuando la que se utiliza no sirve para subvenir las naturales exigencias. Y me precio de conocer el mal, porque observo su fácil curabilidad, observando cómo vive y protesta esa minoría honorable.

que siente y que piensa y que sin dejarse arrastrar por la corriente de la fatalidad o de la adaptabilidad se atreve a pensar en voz alta y procura encauzar la corriente desviada. Esa minoría, que todos conocemos, constituye actualmente la última esperanza de la profesión. Son los iconoclastas, siempre combatidos y mal juzgados, que difieren de las mayorías en todas las proposiciones fundamentales, trátese de problemas económicos como filosóficos, y que en la vida pública como en la privada conservan la pureza de sus intenciones, la alteza de sus ideales, libre de toda especulación servil, que dicen la verdad cuando es preciso y son maestros por las enseñanzas y el ejemplo. En esa clase de hombres sentimos renacer las esperanzas perdidas, porque su número—muchos de los cuales figuran en este libro—aumenta de día en día. Es la nueva Facultad de Medicina que empuja a la antigua, con su cúmulo de extravagancias e inmoralidades; pero del montón de cenizas que ésta deje al desaparecer para siempre, consumida en su propia desventura, surgirá como el ave Fénix un valiente núcleo de hombres sanos de cuerpo y de alma, verdaderos médicos que podrán ser llamados "Emmanuel", porque ellos salvarán su pueblo y serán honra y prez de su nobilísima y abnegada profesión.

1912.

LAS NUEVAS ORIENTACIONES EN LA PRÁCTICA DE LA MEDICINA

La bancarrota que en estos últimos tiempos ha sufrido la filosofía positivista se ha confirmado más que en ninguna otra ciencia en la Medicina, y su resultante ha dado lugar al descrédito y desconfianza, puesto que ella ha perdido su mayor y más principal característica: la fe de los enfermos y, como consecuencia, la falta de caridad y sobra de codicia de los médicos. Para contrarrestar esta tendencia perniciosa y egoísta, de poco tiempo a esta parte ha renacido una nueva religión médica, inspirada en los principios de las ciencias ocultas, que se desenvuelve poderosa y eficaz de día en día con el único propósito de aliviar, primero, los sufrimientos físicos y morales, y prevenir, más tarde, numerosas afecciones motivadas por aquéllos. Este importante campo de experimentación y de prácticos beneficios había sido completamente abandonado a causa del espíritu de dogmatismo y de intransigencias, mejor dicho,

de ateísmo, que se crea en los establecimientos de enseñanza, en los cuales aparecer como un escéptico revela superioridad para encubrir la ignorancia como falsos principios, o dorados diplomas que sirven sólo para autorizar toda clase de actos sin más objetivos que el lucro o la vanidad satisfecha.

En los antiguos tiempos, en aquellas épocas en que la civilización tuvo por asiento las planicies de la India y el Egipto, los conocimientos humanos y la sabiduría divina obtenida por la observación de las leyes naturales estaban en posesión de los sacerdotes, cuyos templos constituyeron las universidades, los laboratorios y las bibliotecas. Existen muchas razones para creer que aquellos hombres del pasado conocían perfectamente, además de las funciones del cuerpo físico, la psicología del hombre, las fuerzas invisibles que causaban la salud y la enfermedad, el poder de la mente sobre la materia, el correcto uso de los medicamentos y los medios de diagnóstico de que se envanece la orgullosa y complaciente ciencia moderna. Entiéndase bien, que no nos referimos a los obscuros períodos de la Edad Media y mucho menos a épocas no tan remotas en que se prescribían los corazones de sapo disecados en la nueva luna o se provocaba la anemia y el agotamiento por el empleo de sangrías diarias y progresivas, practicadas por barberos audaces.

En los tiempos actuales, los delirios imaginativos y las elucubraciones de los innovadores, que, armados de un microscopio y una fantasía creadora, creyeron que con el descubrimiento del microbio como causa patógena se había llegado al *desideratum* del progreso en Medicina, han desviado, sin embargo, a ésta de su verdadero camino y de su grande, sagrada y noble misión. "Guerir quelque fois, soulager souvent, consoler toujours", nos decía el filósofo francés, y cuán lejos vamos cada día de esta práctica y conducta. En lugar de andar a caza de nuevos microorganismos para perpetuar nuestros nombres en los archivos de la ciencia, que recriminar nombres de nuevas enfermedades que descubrir, de medicamentos patentados en que negociar o procedimientos quirúrgicos que por medio del terror y la desesperanza imponer, ¿por qué no penetrar un poco más hondo en el campo de la subconciencia y minar el terreno en donde, por debajo de los planos físicos, vive el hombre en esos planos etéricos o vitales, el famoso Prana de los Hindus, que el doctor Kilner, de Londres, ha demostrado ante una Comisión de hombres científicos, en sus múltiples manifestaciones del magnetismo animal, y aprovechar los rayos de diversas clases, hasta ahora desconocidos, manando del propio organismo, productos de fuerzas que de momento en momento se nos presentan a nuestro dominio para

obtener de ellas alivios y curaciones indubitables?

Las ciencias ocultas han permitido penetrar en continentes desconocidos antes para la curiosidad investigadora de los hombres. El mundo astral, que nadie hoy se atrevería a negar, lugar donde residen las emociones y pasiones y del cual efluyen las vibraciones poderosísimas y enérgicas que guían gran número de nuestros actos, reaccionan sobre el plano físico y son causa de fenómenos mentales de múltiples formas. Hay todavía más allá planos de materia imponderable en los cuales las vibraciones son cada vez más sutiles, en donde jamás podrá llegar ni la disección o la vivisección más delicada; pero se requieren facultades psíquicas especiales para comprenderlas y observarlas. La ciencia moderna, materialista o dogmática, o niega o duda. Y, sin embargo, en siglos lejanos esta clase de estudios fué conocida y utilizada por cerebros superiores, y en la actualidad, en el modesto silencio, lejos de las vanidades y los aplausos de los egoístas y venales, son también poseídos y bien empleados por el selecto grupo de los nuevos elegidos.

¿Y cómo negar la luz que alumbra a pesar nuestro, si ella se destaca con destellos bien claros a cada paso que se intenta en esa investigación consciente o subconsciente de los que, atraídos por razón de afinidad hacia estos estu-

dios, van de sorpresa, encantados y gozosos, realizando nuevas y maravillosas proezas y descubriendo territorios vírgenes, pletóricos de inextinguibles riquezas? La ciencia del análisis psíquico, que dos sabios médicos contemporáneos, los doctores Freud y Young, acaban de enseñar a numerosos estudiantes, nos ha revelado por la disección mental infinitos campos de conciencia no sospechados, en los cuales se vive, se duerme y se sueña, con efectos posteriores en las funciones orgánicas demasiado sensibles, y nos ha probado de un modo incontrovertible que los llamados ensueños y pesadillas no son, como se creía, ilusiones dignas del desdén o del olvido, sino verdaderas realidades, en que las personas han vivido en otras esferas en tiempo y espacio, muy ampliamente separados del vehículo físico en que habitualmente residen.

¿Quién puede negar, y en nombre de qué, la existencia de una vida eterna y universal? ¿Cómo dudar la realidad de seres supra e infra conscientes al hombre, ni dejar de aceptar la muerte como la puerta de entrada a otros mundos mejores, en los cuales las condiciones varían, pero la personalidad persiste? Si en vez de tomar los médicos esta clase de trabajos como distracciones de vagabundos o delirios de maniáticos, le concedieran suficiente seriedad y atención, fueran más discretos en sus aprecia-

ciones, ¡quién sabe si encontraran las posibilidades de muchas curaciones inexplicables, la revelación de muchos misterios y milagros testimoniados por las religiones positivas, los diagnósticos de casos muy obscuros de locuras, neurosis y neuratenias!

Para los materialistas e incrédulos, para aquellos que no aceptan más dictados que la voz de una razón inapelable o la lógica imperativa de un hecho claro y evidente, en el momento y espacio actual y presente las ciencias ocultas constituyen un mito o una quimera. La Alquimia fué considerada, en su vano afán de trasmutar el plomo en oro, en buscar el elixir de la vida que mantenía la eterna juventud, etcétera, como superchería inaceptable e indigna de consideración. Pero los pensadores no han sido tan crueles en sus críticas, porque admiten hoy de que entre las ruinas de esas supersticiones e imposibles combinaciones surgieron las bases de las ciencias bioquímicas, que han evolucionado la terapéutica y las industrias y permitido adelantos incalculables. Desvanecidos los prejuicios y penetrando más en el fondo de las enseñanzas esotéricas, se ha substituído el valor de los términos gramaticales, se conoce la verdadera explicación de los símbolos y se ha penetrado en el campo de una nueva ciencia psíquica, cuyas revelaciones en la Medicina, en la Química y en la Biología son objeto de mani-

festaciones de la inteligencia humana en el porvenir.

En igual clasificación se encuentra la Astrología, que muchos colocan a la altura de las relaciones de la Alquimia con la Química, al compararla con la ciencia astronómica, la óptica y la acústica y otras ciencias no menos importantes que, empleadas con un fin curativo, han servido por siglos y sirven al médico progresista para utilizar sus poderes, aprovechando esas nuevas vibraciones modificadoras de la nutrición y del metabolismo y, por lo tanto, devolviendo la normalidad al organismo perturbado. El mundo marcha, es verdad, por senderos nunca previstos; pero en realidad recorriendo primitivos caminos y volviendo sus ojos a un pasado efectivo. Llegamos otra vez a los límites donde se encuentra el pesado velo, que tenemos que levantar para conocer lo que para nuestro cuidado y uso nos presentan esas ciencias, que son las únicas que logran y permiten el consorcio entre ellas y el sentimiento religioso o de adoración al Ser Supremo; y entre los llamados a responder a la voz de las responsabilidades, ninguno como el médico puede ocupar el lugar en donde tiene y debe permanecer para colocarse a la altura de su misión material y espiritual; en realidad, como el maestro, para dominar las vibraciones que se colocan a su disposición para fines terapéuticos; como el sacer-

dote espiritual, rico de sabiduría y modestia, de caridad y altruísmo, de amor y reverencia ante el dolor ajeno, para sacrificarse en provecho de todos y cada uno de los que se le acercan en busca de alivio y consuelo. Así, sólo así, se es merecedor del dictado de médico, tal como lo entendía el sabio Hipócrates, bien llamado el padre de la Medicina, y se es digno de merecer el puesto de honor en la sociedad de sus discípulos, para ayudar personal y colectivamente a restablecer en el planeta el restablecimiento de su salud universal, y el equilibrio de las fuerzas ocultas perturbadas en todos los órdenes por la lucha que acaba de sufrir, y para favorecer la preparación eficaz de su vida renovadora y reivindicadora como inicio de una era de la cual ya nos hablan desde luengos siglos los viejos profetas, era que ya se vislumbra entre las nubes tempestuosas que se alejan y los rayos de un sol de paz, esperanza y amor que pronto se avecina.

Agosto de 1919.

LA ENFERMEDAD DEL SIGLO

No hace todavía muchos años, fué en mis tiempos de estudiante de Fisiología, cuando se decía que el apéndice vermiforme era tan sólo un agregado inútil adherido al intestino ciego, o el resto semiatrofiado de un órgano que existe en los mamíferos, pero el cual aun no ha acabado de desaparecer en la humanidad; y al preguntar por sus funciones, recordamos la contestación humorística de un célebre profesor, que así decía: "Es un órgano que da que hacer a los médicos, fastidio a los enfermos y dinero a los cirujanos."

No sabiendo nada de sus funciones, natural me parece tratar de eliminarlo, máxime cuando hemos entrado en una época febril de operaciones por complacencia, y preventivas, al extremo de que hemos leído en algunas revistas el consejo de realizar la apendectomía en los niños para evitarles molestias y peligros futuros. Creemos más: que en el extranjero se han realizado muchas de estas inútiles intervenciones, en aras

de un progreso científico artificial o una experimentación ligera y vanidosa, quizá con la mejor intención de hacer un bien y evitar un mal, por el temor problemático de una inflamación, que podía supurar y costar una preciosa vida en el momento menos pensado; pero parece que la reacción se ha iniciado por fortuna, y a la estadística diaria de miles de apendicitis intervenidas, va sucediendo la prudente abstención y el confiar en los grandes recursos de la Naturaleza, salvo las lógicas excepciones de la individualización clínica.

Recientemente, en un trabajo del doctor Matteg, de Ravensburg, publicado en *Allgemeine Homeopathic Zeitung*, encontramos algo que viene aclarando la incógnita sobre el funcionamiento de ese apéndice. El expresado médico recuerda que en los herbívoros está enormemente desarrollado y se encuentran en él alguna cantidad de alimentos sin digerir, y más adelante, en el intestino grueso, el alimento casi ha desaparecido. El autor pregunta por qué en el hombre, que come de todo, y también hierbas, no había de existir el referido apéndice; y para aclarar la duda hace mención de los estudios de Schlengel, en que se expresa que la celulosa y la fibrina no son digeridas por la saliva ni el jugo gástrico, las secreciones intestinal o pancreática, sino que en el apéndice vermiforme se transforman en azúcar y en gas hidrógeno carburado.

Así es que, en opinión del autor y en la nuestra, lo que se imagina ser un apéndice superfluo, comienza a tener algo que hacer en el organismo, y es, por decirlo así, el timón y la palanca de la acción peristáltica del ciego y del intestino grueso, y también el regulador de la válvula Baunnini o de los boticarios, dilatándose cuando está cerrada, que es cuando segrega su jugo digestivo. Esto nos explica por qué cuando el apéndice sufre una enfermedad se suspende su acción y se presenta la parálisis del intestino grueso y del delgado, sobreviniendo la constipación, que muchas veces es seguida de estrangulación o vólvulo. Esto también hace suponer fundadamente que la llamada tiflitis estercorácea es un fenómeno secundario, fomentada por causas internas, y esto explica igualmente por qué sobrevienen los trastornos digestivos después de la extirpación del referido apéndice.

El autor lo atribuye al uso inmoderado de la carne, y de carne no siempre sana, cosa que resulta por el moderno modo de proveerse de alimentos; los jugos linfáticos y la secreción del apéndice vermiforme se adulteran y, por consiguiente, es más fácil la formación de bacilos infecciosos, adoptando un régimen de carne que vegetariano.

Además, considerando que en el régimen carnívoro la secreción adulterada del apéndice no encuentra uso debe formarse otra descompo-

sición posterior, de la cual pueden resultar inflamaciones y congestiones en los trayectos linfáticos.

Si junto a esto algunas veces o a escasos intervalos se toman alimentos fibrosos, como sucede en ciertas estaciones del año, éstos quedarán con frecuencia sin digerir y, por consiguiente, aumentarán la inflamación ya existente, pues bien sabido es que cuando un órgano cualquiera no tiene una actividad apropiada, se enferma y se degenera.

Para proporcionar al ciego su actividad debida, el doctor Matteg dice que no se debe vivir sólo con el régimen de carne, sino preferentemente con el de vegetales y de fibras vegetales, para precaverse de la apendicitis. En los lugares en que los habitantes se alimentan de vegetales, más de lo que lo hacemos nosotros, esa enfermedad es muy rara, mientras que en los países donde predomina la carne es tan frecuente como la tuberculosis, de la cual muchas veces es precursora.

Según mis observaciones, toda persona que ha sufrido la apendicitis queda predispuesta a la tuberculosis. Es, pues, indispensable que el médico, durante la apendicitis y después de ella, examine todo el organismo, tratando de mejorar la constitución, y no corte el apéndice para precaver al paciente contra la enfermedad. El mejor preventivo es el modo de vivir, predominando

el régimen vegetariano, observando temperancia o, mejor dicho, abstinencia de alcohol, método que también se recomienda para las enfermedades tuberculosas de varios órganos, enfermedades que son consecuencia de la apendicitis.

El doctor Corpe, de Oregón, en un pequeño artículo publicado en el *Homeopathic Recorder*, ratifica lo antes expuesto, haciéndolo notar en un número reciente de un periódico, donde se lee lo siguiente: "De las funciones del apéndice, nada se conoce; del carácter etiológico de sus enfermedades, conocemos muy poco más." Hace la observación de que, a pesar de la moderna cirugía aséptica, el tanto por ciento de casos fatales en niños operados tendrá que ser, con certidumbre, igual a las muertes producidas por la apendicitis; y hablando de esta enfermedad, asienta que el 25 por 100 de casos son originados por la introducción en el apéndice de alguna semilla, de materia fecal o de cualquiera otra substancia extraña, y cree que cuando las gentes estén más instruídas y sigan los consejos de los médicos de cómo prevenir o evitar la enfermedad, ésta será menos frecuente, y no por el uso de medicamentos, sino por la vida ordenada. Su observación sobre unas cincuenta personas operadas muestra, como regla general, que padecen más dolores en el abdomen, más trastornos generales que otras gentes, en particular constipación, y que las molestias que experimentaban

eran mayores que antes de ser operadas. Su experiencia en los animales, perros la mayor parte, demuestra igualmente que la constipación es siempre mayor en los operados.

Ensayando la substancia secretada por el apéndice, química y mecánicamente, encontró que es principalmente lubricante, obrando también como jugo digestivo, al igual que todos los germicidas cuando no están perturbados o debilitados por el abuso de drogas. La cantidad del líquido secretado por el apéndice es mayor de lo que se pueda suponer, teniendo en cuenta el reducido tamaño de él, que, por término medio, en un adulto tiene unas tres y media pulgadas de longitud y su diámetro es poco más o menos el de un lápiz común, y a pesar de ese reducido tamaño, calcula que deben ser sobre cuatro onzas diarias.

Sostiene que el repetido apéndice no es el rudimento de un ciego alargado, como se ha supuesto por algunos autores, sino un órgano distinto, teniendo una función especial, puesto que en él, las glandulas solitarias son más numerosas que en cualquiera otra porción del colon, por estar notablemente bien provistas con linfáticos y glándulas linfáticas, y termina exponiendo que cuando este órgano sea mejor conocido, los cirujanos tendrán buen cuidado de respetarlo y no de suprimirlo a la menor provocación.

En efecto, en las personas operadas vemos, que

la digestión de los alimentos vegetales se limita por las razones indicadas, y con demasiada frecuencia aparecen perturbaciones, flatulencia. Por otra parte, las personas que se alimentan exclusivamente con carne están más predispuestas a otras enfermedades, como el cáncer y la tuberculosis, y es natural que las que tengan predisposición a la segunda de las enfermedades citadas y que hayan sido operadas después de padecer apendicitis, quedan especialmente hábiles a contraer la tuberculosis, sobre todo la abdominal e intestinal. El doctor Matteg tuvo ocasión de observar que las personas que han padecido apendicitis son tuberculosos o descendientes de familias tuberculosas, y cree que la apendicitis es, sin duda, la "introducción" a la tuberculosis, así como a la inflamación linfática de las glándulas de diversos órganos, y su tratamiento, teniendo esto en cuenta, ha sido enteramente constitucional, asentando que entre las medicinas usadas, "tuberculinum" ocupa el primer lugar, y que en todos los casos que ha curado en los últimos diez años, ha producido una rápida mejoría, sin pasar la enfermedad a la supuración. Los casos que en ese período ha atendido ascienden a 60, y de ellos sólo dos fueron fatales, por estar ya en el período de perforación, que se presentó al quinto o sexto día. Concluye observando que por esa rápida y asombrosa

acción de la tuberculosis podemos asegurarnos de la naturaleza tuberculosa de la tiflitis.

Los principales medicamentos homeopáticos de la apendicitis son: Bell, Brio, Sulphur Rhus-tox, Tuberculinum, Silicea, Lachesis, Mer. Corr, Pirogenium, Hepar, Ars, Coloc. y otros muchos de menor importancia, entre los que están Natrum sul. Echinacea, Sepia, Arnica, Acon, Api, y Thuya, etc.

Cada uno de estos medicamentos tienen sus indicaciones precisas, en las cuales no me detengo ahora, porque ya esta opinión peca de larga; pero ellos se eligen conforme a los síntomas particulares del caso en tratamiento.

Pero como siempre es preferible "prevenir que curar", o con más propiedad, "impedir que no caiga antes que levantar al ya caído", si se quiere estar libre del santo temor de la apendicitis, sea médica o quirúrgica, se seguirá un régimen alimenticio vegetariano, la abstinencia completa de bebidas alcohólicas; se harán ejercicios físicos moderados, conservando el ánimo tranquilo, y elevar diariamente a Dios sus oraciones con el fin de que nos proteja de un diagnóstico aventurado. Siempre es bueno dejarle un hueco a lo imprevisto, ¡por si acaso!

1913.

LA INTOXICACIÓN POR LAS DROGAS NARCÓTICAS

I

El tema de actualidad constante que hace más escandaloso y atrayente el comentario a diario de la Prensa, con motivo de los frecuentes contrabandos de opio que se han sorprendido en nuestro puerto con cantidades enormes de dicha substancia, y que, probablemente destinados a los Estados Unidos, ha obligado, por inducción de la Cancillería norteamericana, a que la Sanidad públicamente las incinere, obliga a todas las clases sociales, y muy especialmente a los médicos, a divulgar ideas y suministrar consejos para salvar, si no la generación infecta, por lo menos a la que se asoma frente a esos grandes peligros de degeneración que diezma a la juventud, aniquilando sus energías físicas y mentales y agosta una comunidad en su fuente más pura de riqueza y de bienestar.

Nosotros no hemos logrado todavía, faltándo-

nos los medios estadísticos de que dispone la organización americana, conocer de un modo exacto la cifra de las personas víctimas ya consuetudinarias del terrible hábito de intoxicarse con más o menos frecuencia; pero en dicho país se estima de un modo general que sobrepasa la cifra de 2.000.000, incluyendo en ella los que usan de la morfina, heroína, opio y sus derivados, *hatchis* o *cannabis indica*, cocaína, cloral, éter, arsénico, sulfonal, veronal, paraldehido, etcétera, y este número aumentará progresivamente de día en día. Sin embargo, de nuestras observaciones personales, y sin que existan prejuicios en las afirmaciones, porque basta para ello, sin mucha experiencia, el diagnóstico fisiognómico, en nuestra clase media y elevada, o sea la favorecida por la riqueza, pudiéramos admitir que de cada diez jóvenes entre los dieciocho a los treinta años uno por lo menos la usa, la ha usado o está en el camino para usarla.

Nosotros consideramos a esta clase de viciosos como a unos enfermos de la voluntad, en el franco camino de una irresponsabilidad civil, social y moral. Si demostraran carácter, dignidad, amor a los suyos, repeto, no serían viciosos. Pruébalo el esfuerzo llegado al heroísmo, al sacrificio de cuanto noble y generoso exista, no importando los medios para adquirir la droga cuando sienten la falta de voluntad para curarse. En 19 personas detenidas en la prisión

preventiva de Boston por violación de la ley sobre narcóticos, una fué convicta de asesinato, tres de robo, siete sentenciados a seis meses de prisión y los restantes nuevamente castigados por reincidencias. Y más adelante, en el informe del jefe de la Policía de la misma ciudad, señala en el año de 1919 172 arrestos, que ascienden a 304 en el siguiente año de 1920.

En los primeros meses del año de 1919, los Estados Unidos importaron públicamente 250 toneladas de opio crudo, que produjeron 35 de morfina. Estamos seguros de que una sola tonelada de esta substancia es suficiente para todas las necesidades médicas de todos los países de América, desde Alaska a la Patagonia. La población combinada de Alemania, Francia e Italia es de 133 millones, y, sin embargo, siendo la de los Estados Unidos de 110 millones, importó diez veces más opio que aquellos tres países a la vez. Más grave aún es la aserción de que los Estados Unidos consumen más opio que la China, que en aquel país se extiende el vicio más rápidamente y que los capitalistas que obligaron a forzar la entrada de la droga están empleando los mismos medios de enriquecimiento a costa del aniquilamiento de la juventud norteamericana.

Aunque parezca una fantasía demoníaca, la Policía americana ha averiguado que sólo en la ciudad de Nueva York existen conocidos unos

400.000 adictos; que en la ciudad de Fort Worth (Texas), de cada cien personas una es una viciosa popular, y lo que nos afecta e interesa de un modo que conmueve, sorprende y espanta es que el vicio se propaga entre los niños de las escuelas. En los nueve meses que han precedido a octubre de 1921, se arrestaron en Nueva York 2.488 personas, y de ellas nueve fueron niños de doce a quince años, quienes confesaron que vendían drogas a otros niños de la misma edad. ¡Horror!

Los que recibimos en la soledad de nuestros consultorios las terribles confidencias de estos enfermos del alma, quedamos asombrados de la facilidad con que fascinan a sus nuevas víctimas, gozándose en su obra de propagación dañina y criminal. Conocemos el caso de madres que han enseñado a sus hijos, esposos y esposas recíprocamente, y en Cuba, el del novio infame a la joven con la cual pretendía la constitución de su hogar. Unase a esto la perspectiva de las grandes utilidades que se obtienen, una vez debilitada la voluntad del enfermo, que no repara en gastos, y llegaremos a la triste conclusión de que el lucro se regula con la ley económica de la oferta y la demanda, y que todas las penalidades, como sucede actualmente con la ley prohibitiva del alcohol en los Estados Unidos, son estimulantes positivos del negocio, obedeciendo a aquel apotegma verídico,

pero desconsolador, de Proudon: “El hombre ama más el dinero que la vida, puesto que sacrifica la vida para conseguir y defender el dinero.”

Las estadísticas, con su lenguaje lacónico y expresivo, nos demuestran también que los narcómanos constituyen el semillero más prolífico de la criminalidad. En todas las prisiones, a pesar de las precauciones más exquisitas, se usa y abusa de las drogas heroicas, y las astucias para introducirla y defenderla de la vigilancia constituirán verdaderas novelas de ingenio y habilidad. En Oklahoma, un penado regaló a un guardia un cigarrillo con *hatchis*, y cuando éste hizo sus efectos todos los prisioneros pudieron escapar.

De las drogas, la más maliciosa es la heroína y de más boga entre las mujeres, sobre todo en las de la vida airada. Entre sus efectos primarios es cierto que aumenta la excitabilidad; pero secundariamente conduce a una atrofia tal, que se asemeja a la triste condición de los millones de seres embrutecidos en la India, y cuya responsabilidad se debe a la maquiavélica política inglesa, a fin de tenerlos subyugados bajo su dominio.

En una ciudad del noroeste de los Estados Unidos, la Policía descubrió una sociedad secreta en la que había más de 20.000 jóvenes, que se conocían entre sí por el uso de un botón en

el ojal, y cuya única finalidad era la distribución de drogas heroicas con propósitos malsanos. Tal noticia no ha dejado de alarmar a los hombres pensadores de Cuba que envían sus hijos a las escuelas superiores de aquel país y los exponen a ser fáciles presas de los malvados, rebajando la moralidad personal y colectiva y colocándolos en el plano inclinado de su desgracia futura.

En el mismo terreno debemos tratar la funesta costumbre de fumar cigarrillos que con diversos nombres caprichosos se ha entronizado para vanidad y entretenimiento de las jóvenes en los lugares públicos, muchos de ellos conteniendo alguna cantidad de tóxicos que producen al principio sus efectos excitantes e inducen a repetir su uso con sus resultados perniciosos y progresivos.

Ahora bien; no crean los que oyen hablar por relación ajena que son unos dichosos y felices los infelices que han caído en las garras del espantoso y cruel demonio del vicio de las drogas.

Muy por el contrario, su estado mental inspira piedad infinita, deseo incontrastable de libertarlo.

El ilustre De Quincy, en su clásico libro titulado *Las confesiones de un comedor de opio*, expone el siguiente párrafo, elocuente y conmovedor: "El más terrible sufrimiento que estos

infelices tienen está en su propia mente. El opio retiene su gran poder de excitar la imaginación, si la dosis es suficientemente efectiva; pero más adelante las sensaciones de placer desaparecen con la necesidad de continuar usándolo, sin poder resistir su supresión, y en vez de felicidad y placer sólo se observan cuadros de horror y desesperación. La fantasía al principio dominada cambia de dirección. Primero vestía los objetos con albores celestiales; ahora tienen todas las modalidades del infierno: espectros de todas clases producen terror y pesadillas horrorosas, le dejan al despertar un recuerdo de malestar que se pretende evitar con la esperanza de renovar las primitivas escenas de la iniciación."

No se crea que el vicioso ha perdido su vigor mental, sensibilidad moral y aspiraciones. El desea y aspira a cuanto sea posible y comprende hasta dónde llegan sus deberes; lo que le falta es la voluntad para realizarlos. Permanece, por ejemplo, confinado en la cama, con languidez mortal en los límites de una parálisis—allí se estaría toda la vida—; ¡si él pudiera levantarse!; pero se siente tan impotente como en la lactancia, y ni siquiera realiza el esfuerzo para moverse.

II

En uno de los ejemplares de un periódico neoyorquino de la tarde, de 30 abril de 1921, se publica la historia de una infortunada mujer, cuyo relato es interesantísimo. Oigamos sus propias palabras:

"Hace algún tiempo que, por padecer algunos dolores neurálgicos, contraje el funesto hábito de la morfina, y nadie pudo ponerse más horrorizada que yo misma cuando me di cuenta de ello. Yo era una viuda pobre con hijos, y siempre había contemplado con piedad y conmiseración a las personas en tal estado. Lo que producía mayor impresión en mi ánimo era el sentir que no podía evitar buscar la droga cuando sentía su necesidad, y me creía capaz de todo cuanto de malo existiese para lograrla. Las torturas del infierno son pálidas ante la desesperación de mis fracasos, y lo que sufría no es posible revelarlo con palabras humanas. Hubo momentos en que caía desplomada y sin sentido en la puerta de la farmacia donde me surtía, para revivir tan luego como recibía la caricia mortal, pero consoladora, del medicamento.

"Yo consultaba a muchos médicos, y de rodillas les pedía consuelo y curación. Los más honrados me confesaron que no existía un tratamiento de garantía para suprimir el hábito, y

lo único posible y compatible con mi situación era ir rebajando gradualmente las proporciones de la medicina que casi diariamente ingería o me inyectaba.

"Desesperada y resuelta a salvar mi vida y la de mis hijos, intenté una cura radical. Esperé el momento oportuno de intervalo de una crisis, en que tenía el control de mi cuerpo y espíritu, lejos de los médicos y relaciones que me conocían, y entre las cuales mi reputación era discutida como un caso perdido, y comencé a desenvolver mi voluntad, expuesta a todas las resistencias y trastornos que presentía. Hubo ocasiones en que fuí recogida en la calle con fenómenos cardíacos, debidos a la súbita supresión de la droga; pero el médico de la familia, que fué llamado y conocía los detalles de mi caso, salvó el presente con una pequeña dosis, y estimulando mi noble propósito, restableció gradualmente mi normalidad, llevando a mi espíritu consuelo y esperanza, que al fin se tradujeron por la emancipación total del odioso tirano."

La morfina, que en las primeras dosis produce un estado estuporoso que algunos quieren llamar "delicioso", después de algún tiempo determina completa pérdida del apetito, dolor de cabeza y estado de postración y estupidez. Las ideas del deber con relación al mundo sensible se hacen obscuras y confusas. El margen entre

la verdad y el error se enturbia, el poder del análisis desaparece, el cerebro está inhábil para hacer las observaciones apropiadas y, por tanto, no hay base para el razonamiento. La memoria se pierde en detalles de importancia y las promesas se hacen totalmente incumplidas. A esto se añade exageración de la susceptibilidad, desconfianza extraordinaria, sobre todo con las personas de la intimidad; astucia e intriga en la conducta y más tarde abandono completo de toda idea de responsabilidad con indiferencia a los afectos y respetos sociales; de cinco a diez años puede durar este período con intervalos lúcidos; pero gradualmente y de un modo progresivo se termina con la muerte en condiciones inenarrables de miseria fisiológica, pudiendo llegar en casos muy excepcionales hasta los quince años.

La cocaína es más peligrosa que la morfina; quizá es la más terrible de todas las drogas heroicas, porque una vez establecido el hábito puede decirse que la curación es imposible. Los fenómenos de agradable excitación al usarla son sucedidos de depresiones agotantes, que reclaman nuevas dosis, y así hasta el infinito. Cuando ya el sistema reacciona, la víctima cae en la insensibilidad o en un histerismo irracional e insoportable, en una melancolía desesperante, con insomnios prolongados. Lo más grave de tal condición es que no se conoce substituto para

la cocaína cuando el vicio arraiga, lo cual les obliga a realizar los actos más extraordinarios, llegando hasta aberraciones de la criminalidad para procurarla.

Las agonías de estos delincuentes, cuando su provisión se les agota, no hay frases humanas para describirlas, ni sacrificio que no se impongan, hasta los límites de la bestialidad. Yo les he visto vender joyas a dos centavos el peso de su tasación por conseguir algunos centigramos, suplicados con ansias de suicida. Lo que sus ojos ven o lo que su mente discurre es incomprensible para las personas normales. Se cita como curiosidad de orden psicológico el caso de una mujer que, describiendo ante una sociedad científica sus penalidades, después de haber sido curada, se desmayaba con pavor recordando sus sufrimientos pasados.

El doctor Simón, de Nueva York, especialista de esta materia en higiene social, describía en una conferencia y amplificaba por medio de proyecciones los cambios observados en las personas, en su fisonomía y aspecto físico, por la influencia del hábito de las drogas. El decía: "En el que usa la morfina, las pupilas están contraídas; en el que toma la cocaína o la heroína, las pupilas están dilatadas. Si se le hace una pregunta a un adicto, inmediatamente se emociona, se le nota una gota de sudor como una perla en el labio superior. En el período en que tiene la

crisis, camina para buscarla con extraordinaria rapidez; después que se la procuran, aun cuando lleva rápida marcha, su aspecto es característico, pues por lo general sujeta la droga en una mano, que guarda en el bolsillo, listo para arrojarla si encuentra un policía sospechoso. Un detective, por el aspecto y movimientos, conoce, con un poco de experiencia, estos detalles de esta clase de individuos.

"Un hombre puede tomar diariamente una copa de alcohol y no volverse un alcoholista, según su temperamento y constitución, modo de vivir, etc.; pero aquel que usa de los narcóticos por sólo diez días, a menos que sufra de una afección particular que los reclame, y aun así corre peligro gravísimo, es casi seguro que se transforma en un vicioso. No hay nada en la historia del crimen que se pueda comparar, desde ningún punto de vista, con esta terrible enfermedad social, que reclama la atención preferente de los gobernantes, ni nada existe en la actualidad para destruir la sociedad moderna en sus más íntimos y delicados fundamentos que el uso cuotidinano por un gran número de personas como elemento de vicio, que las drogas heroicas.

"Todo "heroico" es un criminal potencial, dispuesto al robo y al crimen, en todas sus formas, con alucinaciones y aberraciones mentales en todas sus clasificaciones. Es al mismo tiempo

un cobarde y un desesperado. Por deber, por compasión, por defensa, por salud pública, hay que salvarlo, curarlo o aislarlo. Cuanto se haga en este terreno es poco, a los efectos del presente y el porvenir de las razas civilizadas."

III

Las drogas heroicas han traído a la vida moderna los sufrimientos que el Dante pintó con su cálida imaginación en sus infiernos. Curar, pues, a estos desgraciados es deber de la sociedad, de los Gobiernos, de los médicos y de los ciudadanos, y cuanta vigilancia colectiva y personal es prenda de tranquilidad para los hogares, pues la infección no respeta clases, ni personas y estamos expuestos a sentir la cruel herida de los afectos más íntimos que tengamos. No es suficiente disponer de las salas especiales en los hospitales públicos o clínicas privadas. El tratamiento más práctico sería llevarlos a colonias organizadas lejos de las ciudades, con trabajos que distraigan la mente y fortifiquen el cuerpo, con la disminución gradual de la dosis y substitutos bien estudiados.

Los enfermos, cuando regresan a sus casas medio tratados, se encuentran en un estado de mayor peligro para sí y los que le rodean, pues sin dinero, sin ropa y sin otras perspectivas que

el vicio, están seguros de encontrar amigos fieles y comerciantes amorales que en el campo del lucro, y por sugestión, directa o indirecta, los estimulan en sus recaídas.

La curación aparente en los hospitales es sencilla, pues en pocos días recobra su normalidad; lo que no desaparece es el maldito e insaciable deseo; de manera que no basta la curación material, es preciso llegar hasta el fondo de la psiquis y tratarlo más espiritualmente; es decir, robusteciendo las facultades del alma, creándoles coraje, fe, perseverancia, voluntad y, sobre todo, el orgullo y la dignidad de hombres y animándolos con el elogio, que despierta energías dormidas en los casos de desfallecimientos. Así es como la verdadera curación tiene lugar. No son suficientes las inyecciones, brevajes o tratamientos fisioterápicos, si la moral no se levanta con la fuerza sugestiva del profesional y el despertar de los sentimientos adormecidos por la funesta droga. De aquí, la forzosa necesidad del aislamiento, la influencia poderosísima del medio y, sobre todo, la inteligencia, bondad y competencia del profesional que tiene a su cargo la misión sublime del apóstol francés: *Guerir quelquefois, soulager souvent, consoler toujours.*

Y a esta misión sublime, realizada privadamente sin otras aspiraciones que la satisfacción en el cumplimiento del deber que el médico se impone, no contando ni con la remuneración

material ni con la gratitud del servicio, pues que tal virtud por lo general constituye un síntoma que termina con la evolución de la enfermedad y lleva a los enfermos y familiares a un estado de amnesia completa, hay que añadir otra de orden más elevado, moral, científica y humana; la divulgación y propaganda de estos conocimientos en la masa popular por medio de libros, folletos, conferencias, proyecciones, cuadros murales, etc., lo cual ya se realiza en los Estados Unidos y Europa por medio de Sociedades, a quienes alimentan y ayudan los Gobiernos progresistas y competentes.

El enemigo es traidor y formidable, ha invadido el cuerpo social en sus entrañas y en sus órganos fundamentales. Además de una terapéutica quirúrgica intensísima, necesita de preferencia una profilaxis de previsión y vulgarización. No la coacción legal por medio de leyes tan sabias y beneficiosas como la formulada por el ilustre ex senador Juan J. de la Maza y Artola. El desarrollo del vicio por las drogas heroicas recorre en las últimas estadísticas una proporción inversa a las enfermedades contagiosas y preventibles. En tanto que con los recursos de la higiene pertenecen ya al recuerdo enfermedades epidémicas que devastaron a la humanidad, y de día en día dominamos la difteria, la tifoidea, el paludismo, etc., hay que llegar por medios análogos a combatir esta epidemia, más

terrible en sus efectos, puesto que afecta a la estructura de las sociedades y de las razas civilizadas.

La ruta está señalada, y entre nosotros ha sido un *pioner*, un adelantado, nuestro insigne compañero el doctor Antonio Covas Guerrero, que desde hace años en la tribuna, en la Prensa, en conferencias públicas, ricas de amenidad y de ideas originales, en teatros y talleres, es el precursor de esta campaña salvadora. A él debemos copiar, imitar y seguir los que nos interesamos en estos trascendentales problemas salvadores de nuestra sociedad, tan amenazada de destrucción por muchos motivos, y sírvale de estimulante y recompensa el aplauso que le prodigamos, al unísono con las escogidas audiencias que le escuchan, en la forma brillante, generosa y desinteresada con que contribuye a la ardua labor, como veterano de la ciencia, de consolidar la patria.

EL FRENESÍ QUIRÚRGICO

"Los hombres son niños grandes", dijo alguien que, indudablemente, debía conocerlos bien. Pero la verdad es que no es tan exacta su apreciación, por cuanto que la mayoría de los hombres han perdido los principales encantos de la niñez, su simplicidad, honradez, fiel candorosidad, pureza, libertad de móviles, etc.; pero conservan, sin embargo, muchas de sus ineptitudes, toda vez que se dejan imponer de las falsas promesas y de las pretensiones de éxito más absurdas e irracionales.

Esto no quiere decir, ahora que voy a tratar de la Cirugía, que yo establezca la premisa de que ella es un arte, falso e inefectivo. Tampoco puedo negar que si la práctica de la Medicina ha degenerado, debido a la inmensa cantidad de falsas teorías que han pretendido explicar sus hechos, la práctica de la Cirugía ha realizado progresos que llegan a los límites de lo maravilloso y, no obstante, al abuso de sus favores

se han salvado muchas vidas humanas y realizado incontables beneficios.

Pero el médico actual teoriza con exceso. Constantemente nos habla de tubos de ensayo, reacciones, microscopio, microbios, toxinas, y sigue formulando hermosas hipótesis; pero sólo hipótesis, cada una de las cuales sustituye a la otra y la mejora en vaguedad, renace una esperanza y muere otra ilusión para, en definitiva, presentar brillantes estadísticas de curaciones, sin modificar el promedio de la mortalidad. Entre tanto, el cirujano no teoriza, sino trabaja. A un miembro fracturado coloca un aparato; a una arteria rota, una ligadura; a una parálisis de origen cerebral, una corona de trépano, etcétera. El actúa pronto, bien, y con conocimiento perfecto y razón de sus actos, realiza una gran labor humana, una ayuda eficaz; evita muchos sufrimientos y es un noble ejemplar de la raza de los fuertes y de los vencedores.

Pero "los hombres son niños", ellos piensan con criterio muy limitado y por ello no debe censurárseles, como no se debe censurar al que tiene corta estatura o los ojos azules. Es sólo un hecho el que señalamos. Cuando el médico ve la posibilidad de una indicación terapéutica en la forma de una píldora, el cirujano aconseja una operación. Sencillamente es un punto de criterio y nada más.

Y en gran número de casos el cirujano tiene

razón y es el indiscutible salvador de la vida de aquel sufriente, y nadie puede ni le debe negar el valor y mérito de su oportuna indicación. Yo soy el primero que, como deber de conciencia, le envío los casos que, a mi juicio, considero "intratables" por los métodos que yo empleo, y, como "último recurso", si la Medicina no tiene ya recursos eficaces. Yo soy el primero que admiro y simpatizo, quiero y utilizo al cirujano, y entre ellos tengo también mis favoritos y preferencias; pero...

¡Hay demasiada Cirugía! El cirujano se ha pasado de su límite profesional y ha caído en el extremo opuesto. De entusiasta se ha vuelto fanático. Cuando una mujer le consulta para un simple dolor en los ovarios, probablemente una congestión, una neuralgia, él aconseja inmediatamente una extirpación de dichos órganos. Y en los Estados Unidos, un notable cirujano, retirado felizmente de la profesión, ¡gracias a Dios!, tiene a su crédito (?) haber privado a mil mujeres de sus ovarios ¡¡¡en el espacio de un año!!! Ahora bien: la mujer con ovarios, doloridos o no, es todavía una mujer. Sin ovarios, es una cosa, un ser híbrido, indefinido, incoloro, una desgracia social y familiar, un producto artificial del más horrendo de los crímenes científicos. En mi práctica de veinte años de ejercicio diario y constante de la Medicina no he conocido una sola mujer castrada que pudie-

ra considerarse como sana, normal. Todas estas infelices viven en un estado continuo de irritación, nerviosidad, hiperestesia sensitiva y moral; son perezosas, tienden a la obesidad y se crean en ellas otras características más pintorescas que seductoras.

¿Qué podemos criticar al hombre que se envanece de haber operado mil mujeres en un año? ¡Las ha privado de los más dulces y sagrados deberes en la vida!—*La maternidad*—. ¡Les ha cambiado por completo su naturaleza física y moral! Sin embargo, ese hombre procedió de buena fe; no podemos censurarlo, porque él ha pensado, como otros cirujanos, que lo que hacía era lo mejor, quizá lo único factible en aquellos casos. En el fondo pudiera suceder que como los hombres somos niños grandes, se ha encontrado un nuevo juguete, una nueva operación, y así como el niño cree en ellos de buena fe, los grandes cirujanos también creen en sus grandes operaciones. Y del mismo modo que los niños se cansan de sus juguetes, los cirujanos se fatigan de hacer siempre las mismas operaciones. Los niños vuelan papelotes en el verano y juegan a la pelota, según el cambio de las estaciones. Las ovariotomías tuvieron su día, lo mismo que las tenotomías. Las apendectomías todavía, por nuestra fortuna, se encuentran en el cenit entre nosotros.

Pero la pregunta que surge es muy lógica:

¿Por qué si muchas operaciones son innecesarias se realizan? La respuesta tiene varias razones y numerosos motivos de disculpa. En primer lugar, la operación es una curación radical para la enfermedad que se trata. Si un hombre sufre un dolor agudo en un pie, es seguro que se alivia si se le corta el dedo enfermo... salvo accidente. Si una mujer sufre de intensa y aguda ciática, la sección del nervio cuyos dolores hacen de la vida una penosa carga cura por completo la enfermedad. Si se queja de dolores en el lado derecho o inferior del vientre, lo cual puede deberse a la tiflitis o a un cólico ventoso, el apéndice vermiforme se le extrae, con tanta habilidad como rapidez. Y cuando sufra de los ovarios por inflamación o trastornos funcionales de un período, extrayendo sus ovarios, se la cura de una manera tan radical, que se vuelve lo que ustedes quieran, menos una mujer.

Por esto afirmamos al principio de este articulejo que los hombres proceden como niños. Son más atraídos por las verbosidades y las promesas absurdas que por la lógica y la observación natural de los hechos. Por una parte, la gran credulidad humana, cuando se trata del egoísmo personal; por otra, la gradual e inevitable mental estrechez de los especialistas. Ellos sólo ven el mundo a través de su especialidad, y no existen, no deben existir, no pueden existir otras enfermedades que las que ellos tratan, y

las pocas que se salven de esta clasificación dependen, más o menos, de las consecuencias de aquéllas.

Pero a mi entender, la razón principal es más humana, más disculpable, y el medio de defenderse contra ella, más factible, una vez conocido. El cirujano ama su profesión, ama la Cirugía, gusta de operar, y quizá de todos los actos que realice, ninguno le proporcione mayores goces y satisfacciones. El hombre que se enorgullece de haber extirpado 1.000 apéndices o 2.000 ovarios a otras tantas personas desconocidas, ha realizado el *summum* de perfección en su arte; se siente, en verdad, digno del nombre y de la fama de *gran cirujano*, y mirará por encima del hombro al que sólo ha cortado 100, o al que protesta o no experimenta iguales sensaciones de alto refinamiento quirúrgico. Quizá después que termine una de esas brillantes intervenciones, se diga de buena fe: "He hecho algo bueno, útil", y espere, para su conciencia, la alabanza y aprobación. Menos mal, porque entonces realiza el acto más noble de la vida: procurar un beneficio a sus semejantes. Pero si el fin es únicamente pecuniario, el precio de la intervención, esté o no indicada, las dietas de la clínica, el amor a la fama, la emulación profesional, sin tener en cuenta al enfermo que está en sus manos, entonces... el cirujano, el artista se va esfumando y el público, con esa seguridad

y malignidad característica, le da su verdadero nombre; no importen los elogios de la Prensa, cuando son espontáneos, y mucho menos los de la pequeña sociedad mutualista, que alrededor de cada una de las eminencias pululan y vegetan.

Yo no condeno la Cirugía ni al cirujano. Todo lo contrario. Protesto sencillamente contra el abuso de la candorosidad popular y la mixtificación de la realidad. Siempre que la Cirugía encuentra un motivo racional de intervención, a ella debe recurrirse sin titubear, y más que nada, si los buenos y reputados clínicos así lo han acordado, con el buen juicio de su experiencia y discreción. Para mí, el progreso quirúrgico es uno de los más notables que el hombre ha conseguido en los últimos tiempos; pero también considero un delito de los más graves y, por tanto, repugnante y condenable, realizar operaciones en aquellos casos en que el alivio pudiera conseguirse por medios más suaves, menos costosos y, sobre todo, menos expuestos.

1914.

LA DEFENSA DE LA SALUD POR CONTRATO LEGAL

El sentido práctico del hombre moderno, más desarrollado en la República de Norteamérica que en otros países, ha originado un curioso procedimiento de higiene profiláctica, el cual, aunque ya se ha dicho y comentado, que desde hace siglos se ejercía en el Celeste Imperio, ha tomado carta de mejor originalidad y es digno de ser conocido y propagado en estos instantes de mercantilismo y proletariado profesional.

En efecto; harto es conocido que en la China, al contrario de nuestras costumbres, se le paga al médico durante el período de salud de los familiares del cliente, y se le suspenden esos honorarios desde el momento en que se inicia una enfermedad, hasta obtener la curación. Se dice que por este medio se estimula el interés del facultativo, y no hay razones para la crítica con que la ignorancia, la estulticia y siempre la ingratitud recompensa los esfuerzos del profesional.

El caso, hasta ahora único, que vamos a referir y comentar, es en verdad el único y el primero, pero no hay duda que será reproducido, si se analizan noblemente los motivos y se le conceden al verdadero médico los honores a su delicada responsabilidad y a sus indispensables méritos morales, sociales y científicos. En cierta forma, aunque no por iguales medios fué utilizado por el extinto Wilson cuando fué presidente, teniendo constantemente a su lado al doctor Grayson, quien se ocupaba de numerosos detalles, lo cual, fijando las condiciones a su vida diaria, horas de trabajo, comidas, etc., que le permitió realizar su inmensa labor en la discusión del Tratado de Paz en Europa y en sus campañas políticas, no obstante la edad avanzada y deficiencia de vitalidad que poseía al ser elegido, y yo también, en algunos casos de mi clientela durante mi permanencia en México, con algunas variaciones y análogo éxito, lo empleaba; pero nunca con la precisión de detalles, generosidad en la recompensa y finalidad utilitaria, como la que se demuestra en el contrato médicolegal entre el doctor Martín E. Rehfuss, de Filadelfia, y el multimillonario Samuel M. Vauclain, presidente de la poderosa Compañía fabricante de locomotoras Balwin, y por el cual, y de un modo satisfactorio para ambos, se convino en que aquél procuraría, por todos los medios lógicos y racionales, conservar la salud de su

cliente, prolongar su vida, para la eficiencia de su labor y hacer que su existencia fuese feliz, tranquila y agradable.

Que no se ha tratado de un ensayo, sino de una prueba positiva lo comprueba que el contrato ha sido ratificado después de algunos años de vigencia, y que el señor Vauclain, hoy de sesenta y siete años de edad, no ha faltado un solo día a su oficina, ni ha estado enfermo un solo minuto, ni siquiera de indigestión o de un simple catarro.

El señor Vauclain es un hombre de seis pies de estatura, pesando desnudo 245 libras; dirige uno de los negocios que más actividad reclaman, por su importancia y número de empleados, actualmente más de 20.000, y está, por lo general, presente en su oficina a las siete de la mañana, además de su presencia personal en varias de las dependencias de su fábrica.

En 1918 se enfermó a causa del desorden en sus métodos de trabajo, y sufrió de un serio ataque de influenza. Esta afección, que la naturaleza utiliza como eliminatorio cuando se infringen las leyes de la conservación de su vitalidad por exceso de trabajo o abusos de cualquier índole, demostró al señor Vauclain la falacia de su pretensión como hombre saludable y eficiente. Entregado al cuidado de médicos y *nurses*, meditaba en su cama acerca de su situación, perturbaciones en sus negocios, molestias en la

enfermedad y tratamiento, etc., y tomó la enérgica resolución de invertir los procedimientos; es decir, que una vez dado de alta llamó al doctor Rehfuss, su médico de cabecera y de toda su confianza, y le planteó su proposición, en términos claros y precisos, sometiéndose dócilmente y de antemano a todos sus consejos para que el médico se hiciere tan responsable del funcionamiento de su organismo, como el mecánico de una maquinaria fina, delicada y precisa, sometida a sus cuidados.

Entrevistado por un repórter de uno de los principales diarios de Filadelfia, el doctor Rehfuss se expresó en los términos siguientes:

"Yo estoy plenamente convencido de que un hombre en el período medio y útil de su vida puede ser fácilmente guiado para el cuidado de su salud y evitación de numerosas molestias y enfermedades. Yo visito, por ejemplo, al señor Vauclain en su casa una o dos veces a la semana, lo observo y examino cuidadosamente, noto sus pulsaciones, estado del corazón, presión sanguínea, digestiones, etc. Si encuentro el más insignificante motivo de peligro o anormalidad lo hago venir a mi oficina, perfecciono el examen por medio de aparatos más precisos, y en seguida le impongo un método de vida, de acuerdo con las circunstancias.

"Yo no le prescribo una dieta muy particular. El es hombre inteligente y ordenado, temperan-

te y sobrio. Es concurrente a banquetes y otras fiestas sociales; pero no diariamente. El fuma con moderación. Antes abusaba; pero yo le permito lo haga, usando tabacos ligeros, claros, y no a todas horas. Si compruebo el aumento en la tensión sanguínea, por ejemplo, le rebajo la cantidad. Comprendo que a veces hay infracciones de su parte; pero tomo el *chance*, y como hombre formal y lógico, termina siempre por obedecerme, después de haberle razonado y ser bien comprendido.

"Cuando se justifica un descanso, le ordeno un día de pesca o de reposo en el campo. Hay, por tanto, muchos medios agradables de evitar las enfermedades, sobre todo cuando el agotamiento físico y mental es el más responsable; pero la observación semanal y el conocimiento de los hábitos de la persona son suficientes para formular un buen diagnóstico y, por tanto, prescribir lo oportuno y conveniente."

A las investigaciones del mismo repórter con el propio señor Vauclain, éste le declaró francamente sus ideas con la frase gráfica siguiente:

"No veo el motivo por el cual un hombre de negocios y de gran fortuna se confíe a un buen abogado en la defensa de sus intereses, y no trate de entregar el cuidado de su salud, que es más importante, a un buen médico.

"¡Cuántas ocasiones el consejo prudente y a tiempo de un abogado nos evita serios errores

de gran trascendencia y, sin embargo, es preferible consultar al doctor antes, que no después, cuando el trastorno es inevitable en sus consecuencias! Si en el desenvolvimiento y cuidado de los grandes intereses a mi cargo, yo me doy cuenta que soy observado por los accionistas de la Empresa, por mis propios empleados, en todos mis actos, los cuales critican, según sus conveniencias, estoy seguro que no les agradara que me pase el tiempo jugando al *golf*, asistiendo a bailes, desvelado, jugando o realizando otras tonterías, que comprometerían mi salud y el éxito de mis negocios. Nadie entrega su capital a un enfermo, a un inválido, a un pródigo e intemperante. De manera que yo me he quitado de encima muy graves preocupaciones entregando por completo el cuidado de mi organismo al médico, dejándole a él toda la responsabilidad y dedicando mi actividad al éxito de mi negocio. La muerte tiene que venir algún día; pero, entretanto, es más seguro que la retrase, y cuando venga, ya me tiene prevenido y no con la sorpresa y el trastorno que origina al que no se preocupa y reflexiona en las tremendas consecuencias de su brusca desaparición para sus intereses y los de sus familiares y asociados.

"Yo estoy plenamente convencido de que estar sano y contento es cuestión de dominio y voluntad. Si el doctor me dice que no tome mucho

café o no fume, le obedezco; me desayuno, conforme a un plan que varía, según las épocas del año, la clase de trabajo, preocupaciones del día, etcétera; duermo, que es para mí lo más importante, todo lo que el cuerpo me reclama, y dejo al médico que discurra por mí los detalles. Creo que hasta ahora he ahorrado dinero, no sólo en honorarios, que sé ya lo que me cuestan, sino en muchos imprevistos que acompañan a la pérdida de la salud, cuando menos es figurada y presentida. Casi considero nuestro contrato como un seguro de vida indirecto, el más barato de todos, porque en la actualidad, lo que más vale para mí es el tiempo que aprovecho, y de esta manera no lo malgasto nunca.

"No es justificable que yo, que me ocupo de la construcción de locomotoras, conceda importancia a los buenos maquinistas, que cuidando de sus máquinas hacen que éstas duren más y presten mejor servicio, y descuide la mía, que es mil veces más perfecta, automática e irreemplazable. Si a veces al llover o nevar yo olvidaba, por ejemplo, ponerme zapatos de goma o abrigarme mejor, y contraía un catarro, hoy ya no me sucede, pues como tengo que someterme al examen del médico, intuitivamente lo recuerdo, y no olvido muchos detalles que, como el buen maquinista, conservan la eficiencia de mi maquinaria y me permiten realizar toda mi labor, sin cansancios ni molestias subsecuentes."

Y al decir esto, míster Vauclain añadió:

"Voy a leerle a usted literalmente nuestro contrato, suscrito ante dos testigos y un notario público, el que, redactado en su fecha con carácter confidencial, ahora me es grato hacerlo conocer para ejemplo de otras personas, que considero necesarias y útiles a la comunidad, si aprovechan esta fuente de estímulo:

"Convenio celebrado hoy 27 de junio de 1919 entre el señor Samuel M. Vauclain, de Rosemont, y el doctor Martín E. Rehfuss, de la ciudad de Filadelfia. Pa.

"Considerando que el doctor Rehfuss ha sido el médico de asistencia por muchos años del señor Vauclain, y lo ha tratado de varias enfermedades, determinadas por las infracciones higiénicas de éste, abuso de horas de trabajo y otras indiscreciones, para el tratamiento de las cuales ha demostrado gran interés y solicitud.

"Considerando que apreciando el señor Vauclain dicho interés y solicitud, deseoso de aprovechar los buenos servicios del doctor Rehfuss, y con el objeto de conservar su salud y su fuerza y energías, a fin de cumplir con los deberes de su importante cargo, ha sugerido al doctor Rehfuss un plan, que éste ha aceptado como práctico y efectivo, y por el cual asume la responsabilidad de preservarle la salud por los medios racionales y consejos, que Vauclain seguirá fielmente.

"Considerando que la compensación que por dichos servicios ha de recibir el doctor Rehfuss es considerada liberal y aceptada por ambas partes, pero que será disminuída en el caso de que el plan propuesto diera el resultado esperado, cumpliendo ambas partes sus compromisos, de acuerdo, por tanto, en principio, declaran y convienen lo siguiente:

"Primero. El doctor Rehfuss, durante el tiempo de este contrato, actuando como médico de asistencia y en su capacidad de tal, hará visitas y aconsejará y administrará a Vauclain los tratamientos que, a su juicio, le sean necesarios para que éste se conserve en perfecto estado de salud y capaz para cumplir los deberes de su actual ocupación.

"Segundo. Que el propio Vauclain seguirá fielmente los consejos e instrucciones y se someterá fiel a los tratamientos formulados por el doctor Rehfuss.

"Tercero. En consideración a la naturaleza e importancia de dicho servicio, el señor Vauclain pagará al doctor Rehfuss, al final de cada año, la cantidad de 6.000 pesos, durante la continuación de este convenio, menos las deducciones establecidas en el párrafo cuarto siguiente.

"Cuarto. En el caso de que Vauclain, no obstante seguir fielmente los consejos y observaciones formuladas por Rehfuss, durante la continuación de este convenio esté obligado a sus-

pender sus labores por razones de enfermedad de cualquier índole o debilidad física o mental, la compensación referida se irá disminuyendo gradualmente, hasta suspender por completo los efectos de este contrato.

"Queda expresamente convenido que dichas deducciones no se harán si el doctor Rehfuss notificase al señor Vauclain por escrito que éste no sigue sus instrucciones u obedece sus direcciones, declarándose culpable o negligente de cumplir las condiciones de este contrato.

"Este contrato continuará en toda su fuerza hasta su terminación, o mediante algunas de las condiciones anteriormente expuestas, previniendo siempre su terminación accidental o prórroga por escrito entre las partes." Y firman los testigos con el notario y los interesados.

Y ahora, querido lector, como me lo contaron te lo cuento, y aprovecha de esta lección todo lo que de bueno tiene y entre líneas se deduce.

Habana, marzo de 1924.

EL PELIGRO DE LAS MEDICINAS DE «PATENTE»

Míster Barnum, el famoso empresario norteamericano, dijo una vez que al pueblo le gustaba que lo engañasen, y esto lo había comprobado en infinitas ocasiones. Aun cuando Barnum ya murió, hay todavía muchos imitadores, que engañan al público, y los más peligrosos que yo conozco son los vendedores de remedios de "patente", cuyo negocio lucrativo les permite anunciarse de manera tan fastuosa.

El uso extenso de drogas desconocidas es, en verdad, sorprendente. Cualquiera persona, sea hombre o mujer, por lo general tomará cualquier brebaje o píldoras sin consultar con nadie y aun pagará altos precios por ello, con tal que tenga el rótulo *medicina* y se garantice su eficacia. Si es de un sabor amargo, tanto mejor. Mientras más raro sea el compuesto, más saludable será. ¡Tal es la opinión de muchas gentes!

Nadie se pone a considerar la composición de la droga o la capacidad del fabricante. Poco im-

porta si es enteramente ignorante en anatomía o fisiología, o si no sabe nada de las necesidades del cuerpo, con tal que "garantice" (?) la cura, por el hecho de tomar cierto número de botellas o cajas.

¿Qué razón hay para tal descuido y negligencia de la máquina humana? ¿Quién llevaría su reloj a un zapatero para que se lo compusiese, u ordenaría la confección de un escritorio a un herrero? ¿Por qué no se anuncian muchas medicinas de charlatán para la cura de los animales? Hay dos razones: Primera, porque a los tales animales se les cura de una manera racional y tienen mejor salud que los hombres; y, segunda, porque ninguna persona de sentido común dará a un caballo compuestos fabricados por un charlatán y, lo que es más probable, lo enviará a un veterinario competente. En muchos respectos, a los caballos se les trata y se les cura de una manera mucho más sana que a la mayor parte de los seres humanos.

Se dice que vivimos en una época de adelanto intelectual sorprendente, lo cual es, sin duda, verdad hasta cierto punto, porque el fraude y los engaños y toda clase de errores florecen como antes. Apenas puede ir uno a alguna parte sin observar la enorme cantidad de medicinas consumidas por el público. Los rótulos resplandecen con las virtudes de *Elixir para el estómago*, el *Jarabe para la tos*, la *Fricción anti-*

rreumática o alguna otra preparación. Dichos rótulos se encuentran en las páginas enteras de la Prensa diaria. Estos anuncios cubren muy bien las estaciones de los ferrocarriles y desfiguran los paisajes del campo (!).

Las virtudes maravillosas que se les atribuyen a todos y a cada uno de dichos compuestos se contemplan con admiración. ¿Tiene usted dolor de cabeza? Las Píldoras azules de Peter le curan a usted. ¿O un dolor en el hombro? Sólo las Píldoras azules de Peter lo sanarán. ¿O palpitaciones del corazón? Una dosis de las Píldoras azules de Peter le pondrán a usted bien inmediatamente. ¿O acaso tiene usted indigestión, o está afectado de respiración corta, o tiene la gripe, o el estreñimiento? Pues las Píldoras azules de Peter, y nada más, si se toman con frecuencia, y sobre todo en cantidad abundante y suficiente por bastante tiempo, os pondrán fuera de peligro... ¡Una cura garantizada!

¿Por qué es la composición un secreto, y además patentado? Porque si el público conociera los ingredientes de las píldoras, polvos y drogas, no los tomaría, y entonces su fascinación y encanto desaparecerían. Es un hecho que lo misterioso seduce a muchas personas. Lo misterioso es una especie de distancia mental, que da encanto a la medicina. ¡Ojalá que toda esta clase de preparaciones estuviese, en verdad, a tan lejana distancia que no se pudiesen com-

prar; entonces sí que habría mucha más salud y felicidad en el mundo!

Es imposible exagerar las pretensiones fraudulentas de esta clase de preparados. Alguien nos envía un remedio para una quebradura en un ungüento para que se frote la piel. Quizá sea éste uno de los menos dañosos, salvo el menor peso del bolsillo de la víctima ignorante. En algunos casos se les hace a las víctimas posponer los tratamientos racionales, hasta que sea demasiado tarde y tengan que pagar con la vida su torpeza. Creer que algún ungüento compone y sana una quebradura, es demasiado absurdo para que necesite una refutación.

Un número reciente de un periódico norteamericano contiene cierta amonestación al público respeto de una droga destinada pronto al mercado tropical, y de dicho artículo tomamos las siguientes líneas: "Puede ser un alterativo, sea lo que fuere; pero decir que curativo, es mentira. La cajita contiene 48 papelillos, los cuales, a un bajo precio, costará a los vendedores 5 centavos de bromuro de potasio y 10 de azúcar de leche. No objetamos, sin embargo, el precio, porque si las gentes son tan tontas que compran remedios a los charlatanes, deben pagar bien por ellos; pero el fraude sin misericordia es escandaloso. Dar esperanzas a aquellos seres cuya suerte es vivir unidos a un borracho (se pretendía que la droga curaba la em-

briaguez), es atroz, y ningún castigo puede ser demasiado duro para el individuo que se enriquece valiéndose de tal engaño."

Muchas de estas preparaciones son más o menos venesosas y, por consiguiente, peligrosas para la salud. Otras son substancias inertes, que ni hacen bien ni mal y sólo afectan al paciente mentalmente. El cree que está tomando un buen remedio, se imagina que está mejorando, e inmediatamente envía un informe halagador, el cual se publica y el paciente goza de la distinción de que sea conocido su nombre. En esto consiste el que se vean tantos *testimonios* en los anuncios. Otros, probablemente la mayoría, son inventos flamantes. El tomar medicinas pronto se convierte en un hábito en la mayor parte de las personas, y esto puede explicarse fácilmente cuando recuerda uno que estas preparaciones *no curan,* sino que simplemente alivian el dolor, paralizando los nervios. Cuando el dolor desaparece, el paciente se encuentra mejor, y se imagina que está sanando. Cuando pasan los efectos, el dolor y el malestar vuelven luego; toma otra dosis de la medicina, y así se continúa hasta que el paciente se convierte en esclavo de la droga y no puede dejar de usarla. Y si hace esto, experimenta dolor y sensaciones desagradable, que nunca le hubieran ocurrido si no se hubiese acostumbrado a la droga.

A menudo nos preguntamos: ¿por qué la

Prensa publica, por cualquier precio, esta clase de anuncios dudosos, muchos de ellos criminales?

Algunas gentes sencillas creen que todo lo que se imprime es verdad, y con mucha más razón si lo leen en un periódico serio. Es triste saber que muchos periódicos tienen que vivir de los anuncios para poder sostenerse, y aunque no es satisfactorio señalar honrosas excepciones, por desgracia, se notan pocos escrúpulos en esta materia.

Pero no somos pesimistas. Confiamos en la educación popular, en la valiente campaña de cierta Prensa en los Estados Unidos, que comienza a reaccionar con un positivo éxito, y en nuestro país no está muy lejana la época de las rectificaciones, para que una medida legislativa haga desaparecer una de las más terribles de las calamidades sociales.

LIGERAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA HIGIENE DE LA INFANCIA

Todo cuanto se diga respecto a la niñez es pequeño comparable con la grandeza del propósito. Cuidar los niños, conducirlos a través de los innúmeros enemigos que los asedian, salvar la especie, glorificando al Creador en su mejor obra, y con ello deificar el más sublime de los sentimientos humanos, el amor, es el más hermoso de los triunfos con que este siglo se enorgullece hoy entre los enormes progresos de la moderna civilización.

La salvación de la patria, de la familia, del hogar, de los intereses; el único estímulo del trabajo honrado, el único freno contra la impetuosidad y las audacias de las pasiones, seres ante quienes la sociedad es responsable, porque serán los futuros jueces que nos harán los más severos cargos acerca de nuestra conducta. Todos los mayores sacrificios nada valen si, en último término, la felicidad y el porvenir de un niño no son nuestros premios y las inefables satisfac-

ciones de la paternidad en la grandiosa lucha por la existencia.

Si como médicos estamos obligados a conocer las enfermedades que diezman a la más débil porción de la humanidad, como higienistas nuestro papel y misión es más importante, conformes al sabio precepto de Levy: "Más vale sostener al que está cayendo que levantar al que ya cayó." Permítasenos, pues, en interés de las madres, inconscientes muchas veces de la pérdida de sus hijos por ignorancia o preocupaciones, exponer algunos consejos de orden higiénico, los cuales pueden ser muy útiles en determinadas circunstancias. Muchas veces aquello más fácil, más natural y que mejor se cree saber es lo más perfectamente ignorado.

Es necesario en el régimen de los niños no olvidar las leyes supremas de la Naturaleza. Los pequeños animales no toman alimentos de ninguna clase, ni menos sólidos, en tanto que su aparato digestivo no ha adquirido el suficiente desarrollo y la salida gradual y sucesiva de los dientes no den el permiso para las variaciones. El niño, durante las primeras semanas de su vida, no tiene más que dos ocupaciones: duerme y mama; en eso resume todas sus ambiciones; así es que cuando se pretende imponerle un régimen alimenticio artificial, muere protestando contra la imbecilidad, la ignorancia y falta de sentido común de los victimarios. Como un ejem-

plo práctico de lo expuesto, obsérvese la gran mortalidad infantil en los establecimientos públicos, hospicios, maternidades, etc., donde se somete a los infelices asilados a una alimentación sólida prematura.

Es la clase proletaria la que comete mayores disparates. Las mujeres del pueblo tienen el hábito de nutrir a sus hijos con rosquillas, tortillas, etc., substancias de difícil y lenta digestión, que en breve plazo conducen al sepulcro, llevadas por la inanición, enfermedades del estómago graves, infinidad de criaturas. Es necesario comprender la manera cómo se efectúa la nutrición en los niños. Como las plantas, ellos tienen raíces que, a causa de su delicadeza, no pueden absorber más que líquidos. Por lo tanto, la leche de mujer es la única que les conviene durante la primera edad; y en vano se pretenderá reemplazarla por la leche de animales más substancial, puesto que se dirige a seres cuyo desarrollo es más precoz, tales como la vaca, la cabra, la burra, etc. Añadirle agua como hacen algunos, es peor remedio; sólo se consigue debilitarla sin provecho, y los elementos sólidos que restan son aún más groseros. Fijémonos además en las distintas composiciones de la leche, según las especies animales: ¿no indican elocuentemente su adaptación al aparato digestivo de cada una de ellas?

Nada puede reemplazar la leche materna en

la alimentación de un niño. La leche, aparte de sus componentes, tiene un carácter propio. Establece las primeras relaciones morales entre la madre y su hijo, y colocar, invocando pretextos sociales, una barrera entre ambos es un crimen, un atentado contra el cariño. Pero no son por cierto las jóvenes mamás las que pretenden substraerse al cumplimiento de este deber sagrado; es nuestra moderna educación. La lactancia es una función que exige sacrificios, y para lo cual hay que prepararse, y no es por cierto en el torbellino del mundo social, en los bailes y fiestas donde se adquiere dicha preparación. ¡Cuán pocas jóvenes amantes del matrimonio, objetivo único de sus ensueños, desconocen la gran verdad, que lo más precioso que en ellas existe es la madre futura!...

Para que la nueva señora pueda vanagloriarse de ser verdadera madre, debe poseer el temperamento de nodriza. No queremos decir que tenga formas groseras, demasiada grasa o gran volumen, sino carnes duras y elásticas. Ella adquirirá estas cualidades usando un género de vida natural, no artificial, respirando el aire de las montañas, no el de los salones; sazonando sus alimentos con sal, no con agua; comiendo y durmiendo a sus horas; en una palabra, convenciéndose de que para dar algún día a su anhelado niño su leche, que es su sangre, hay que impedir se transforme en cloroanémica. Las

madres deben ser cual la famosa Cornelia de la antigua Roma, es decir, tener por joyas hermosísimos niños. De este modo, cuidando su salud, las débiles y las fuertes podrán gozar de la más inefable de las felicidades; porque disfrutada ésta, los hijos no son para sus madres más que una fuente perenne de inquietudes, tormentos y pesares.

Algunos médicos piensan que entregando el niño a una nodriza pudiérase impedir el desenvolvimiento de muchos males hereditarios. Esta objeción es puramente sofística, y admitido que pueden mejor heredarse los vicios que la fortuna, creemos más necesaria aún la lactancia materna, porque ella puede modificar la gran mayoría de dichos vicios. Supongamos que se trata de una joven tuberculosa; si se le impide nutrir a su hijo es condenarla a una muerte cierta, sin salvar por ello a su niño, porque la tisis sucederá fatalmente; pero si, por el contrario, se le concede a aquélla el permiso de la lactancia, y se la somete a un tratamiento apropiado (los arsenicales, por ejemplo), pudieran renacer muy fundadas esperanzas de salvarla. Es un grave error muy vulgarizado creer que la lactancia es una causa de debilidad. No pensamos de ese modo, a menos que no se abuse de la función. Regularizando las horas que el niño debe tomar el seno, y no permitiéndole todo el día chupar como una sanguijuela, guardando

siempre un poco de leche de reserva, alternando el seno con un biberón de agua con una pulgada de sal, en nada se altera la salud de ninguna mujer, por delicada que esté. El régimen de la madre se basará exclusivamente en proporcionarle elementos propios para fabricar leche; así, pues, las grasas, materias azucaradas y salinas constituirán su principal alimentación.

Obligada como está la joven madre a nutrirse para satisfacer dobles necesidades, cuanto cuidado se tome por ella lo beneficiará su hijo, que es, aunque ya independiente, carne de su carne, parte de su ser.

Los cuidados que el pequeñuelo exige se simplifican en una sola palabra: limpieza. Y para obtenerla, una primera condición es no envolverlo, como hacen las madres poco escrupulosas, entre numerosos pañales. El niño, como las flores, tiene hambre de luz, necesidad de absorberla por todos sus poros, y más perjudica a su salud el exceso de abrigo que el razonable uso de los primeros vestidos. La decencia es, antes que nada, un instinto, y lo demuestra la Naturaleza proporcionando a los animales medios de cubrir su desnudez. Al niño debe acostumbrársele a sufrir los cambios de tiempo. No debemos guardar al pobre niño entre una especie de prisión que le impida todo movimiento, sino dejarle agitarse libremente. Contener un cuerpecillo

todo actividad entre apretados lazos es condenarle a un martirio prematuro, más aún si se añade al sufrimiento la tortura de un alfiler mal colocado o una molesta y continuada posición.

Existe una preocupación vulgar entre la gente antigua, cual es que los niños no deben bañarse. Crasísimo error, fuente de innumerables enfermedades.

La perspiración cutánea, activísima en los niños, debe favorecerse ayudando al trabajo del riñón y desobstruyendo los poros de la piel de la materia sebácica. Esto se consigue con los baños diarios y la buena jabonada con jabón blanco de Castilla, que disuelve la grasa. Casi todos los niños demuestran instintivamente el grato placer que experimentan al sentirse despojados de dicha materia sebácea; muchos buscan el agua y se agitan en ella como un patito, prorrumpiendo en alegres gritos, y los pocos que la rechazan es más bien por descuido en la primera educación. Todo niño que se acostumbra al agua fría considerará el momento del baño como una diversión, no como algunas madres lo utilizan, imponiéndolo por castigo.

Y no queriendo fatigar demasiado a mis jóvenes lectoras con tantos consejos, dejo para un sucesivo artículo la continuación de este interesantísimo tema.

El Salvador, A. C., 1898.

LA FILOSOFÍA MÉDICA DEL PORVENIR

Para beneficio de los lectores de *La Nueva Ciencia*, y sin profundizar el tema, voy a reasumir en breves párrafos las nuevas orientaciones filosóficas de la Medicina, emancipándose progresivamente de la pesada carga de los prejuicios y dogmatismos que por tantos siglos han obstaculizado su progreso.

1. Lo que comúnmente llamamos "enfermedad" no es una entidad misteriosa, independiente del organismo y debida a causas extrañas. Es tan sólo el esfuerzo de éste para eliminar los venenos, sean producto de los errores alimenticios o de su propio metabolismo, a fin de restaurar el equilibrio fisiológico. Hipócrates, llamado el Padre de la Medicina, decía: "Es la Naturaleza la que cura, no el médico." Hecho siempre comprobado. La Naturaleza está siempre tratando de realizar la cura, y si se la ayuda a favorecer el 90 por 100 de las enfermedades son prevenibles o curables.

2. La administración de medicamentos, sea por la vía bucal, subcutánea o intravenosa, en la gran mayoría de los casos motivada por indicaciones falsas o absurdas, dificulta el proceso curativo, suprime los síntomas de la enfermedad, obscureciendo sus naturales manifestaciones, llevándonos a diagnósticos erróneos, o se presentan nuevos síntomas originados por la reacción del organismo. Esto lo hemos comprobado en numerosos casos de sífilis, por ejemplo. Numerosos síntomas atribuídos a dicha enfermedad son debidos a la administración de mercurio o del arsénico en dosis tóxicas, y sus consecuencias muy deplorables para esta clase de enfermos. Del mismo modo gran número de médicos se inclinan a creer que el aumento en el desenvolvimiento del cáncer y de la tuberculosis observados en el pasado siglo y continuados en el presente se deban a los errores alimenticios, que gradualmente han ido intoxicando a la humanidad civilizada, actuando la alimentación con exceso de substancias nitrogenadas como verdaderos venenos y, por consiguiente, debilitando al organismo ante la influencia de numerosas causas que tienden a su destrucción.

3. La famosa teoría microbiana ha tomado en los últimos tiempos derroteros tan extravagantes, absurdos e interesados, que ha llegado a los límites de la superstición. Naturalmente que en el fondo de esta propaganda se encuentran

los grandes intereses creados, los egoísmos y vanidades profesionales; pero ante la observación de los hechos, su importancia ha decaído notablemente. Hoy no se puede admitir de un modo absoluto, como se sostuvo tal cual si fuera un dogma de la Iglesia, que los microbios sean la causa única de las enfermedades. Más bien hay que admitirlos como uno de sus efectos. Análogamente, como los gusanos que se encuentran en la carne putrefacta, no son la causa de su putrefacción, sino que allí encuentran medio conveniente a su funcionalismo vital.

Muchos de los gérmenes que hemos considerado patógenos se ha comprobado que son inofensivos, y otros muy necesarios y benéficos. Hubo una época que al encontrar los microbios de la tuberculosis, el cólera, la difteria y otras llamadas "enfermedades infecciosas" en la garganta de personas sanas era gran motivo de alarma; ya hoy nos sentimos más tranquilos ante la presencia de toda esta flora microscópica. Si la sangre está impura, la resistencia orgánica debilitada, es natural que allí se encuentre un campo fértil a todas las multiplicaciones y propagaciones microbianas; pero cuando el organismo tiene buenas condiciones de defensa, como se ha probado en multitud de casos, los microbios harán el mismo efecto que si colocaran granos de trigo sobre un pavimento de cemento. Si así no fuera y aceptáramos las ideas

de muchos sanitarios con fanatismo o celo morbosos, siendo los microbios unos seres omnipotentes, la humanidad hace miles de años que hubiera sido barrida de la superficie de la tierra.

4. Las palabras "infección" y "contagio" no deben ser toleradas en la forma como con ellas se abusa en la práctica diaria de la Medicina. Son muy discutibles hoy las prácticas cuarentenarias, en la forma como se realizan. En efecto, ¿cómo establecer el aislamiento del aire? Y, sin embargo, se dice que los gérmenes son omnipresentes. El único medio positivo y racional de prevención es la limpieza en todos los órdenes, interna y externa, aquélla mucho más importante. Por la limpieza personal o colectiva se previenen y dominan las más intensas epidemias. Si se organizara un Ministerio de Limpieza Pública, no tendría razón de ser la Secretaría de Sanidad. O, mejor dicho: "vale más poner una cerca al borde del precipicio que una ambulancia en su fondo."

5. No existen órganos superfluos ni innecesarios. El uso del apéndice es lubrificar las paredes internas del colon, y su extirpación aumenta el estreñimiento y la infección intestinal. La extirpación de las amígdalas, que actúan como verdaderos filtros microbianos o guardianes de las fauces, aumenta la propensión a los catarros e infecciones bronquio-pulmonares. La

mayoría de las intervenciones quirúrgicas son innecesarias, imprudentes y perjudiciales. Más aún, debían ser prohibidas legalmente. No hay duda que en determinados casos llenan su indicación, y sobre todo cuando se trata de cirugía constructiva; pero de esto a la anarquía y al mercantilismo quirúrgico a que han dado lugar las mal llamadas clínicas, hay un verdadero abismo.

6. Existen numerosos medios de ayudar a la naturaleza y purificar el sistema. Entre ellos, en primer lugar, la dieta, el ayuno, los ejercicios activos y pasivos, la hidroterapia, las modernas prácticas de osteopatía y quiripatía, las respiraciones profundas de aire puro en las montañas o a orillas del mar, los baños de mar, el reposo físico y mental, la sugestión mental y la homeopatía en manos competentes. De todos ellos, colocamos el alimento en primer lugar, porque los errores en ese campo son la fuente de numerosos trastornos. El alimento es la base de la composición del cuerpo. Del mismo modo que no se puede fabricar un vestido bueno con materiales de inferior calidad, así sucede en la nutrición. El hombre es lo que come. El exceso de alimentos, y si éstos son demasiado estimulantes, determina, como sucede en los alcoholistas y consumidores de drogas heroicas, afecciones en la mentalidad y en la moralidad pública y privada. Las congestiones hepáticas y el

estreñimiento han sido quizá la causa de la pérdida de las naciones y de los individuos en mayor proporción que otras muchas concausas de que nos habla la Historia. Con razón dijo el gran Voltaire, en determinada ocasión: "Vale más el NO en la boca de un flojo que el SI en la boca de un estreñido."

Y basta por hoy.

1915.

LA FATIGA DEL OBRERO

"Por qué el hombre se cansa y qué efectos tiene la fatiga en su capacidad productiva."

La señora Josefina Goldmark ha escrito una obra titulada *Fatiga y eficiencia,* de tal interés para el mundo trabajador, que la Fundación de Rusell Sage, en Nueva York, acordó su publicación. De ella, y en beneficio de la clase obrera cubana, vamos a tomar datos preciosos, confirmados por recientes experimentaciones en Francia, Alemania, Bélgica e Inglaterra, que muestran claramente los fenómenos de la fatiga, sus efectos en la capacidad productora del obrero y las modernas investigaciones psicológicas obtenidas en los laboratorios del trabajo, instituídos en dichas naciones.

Hasta hace poco se hablaba de la fatiga, consecuencia de un esfuerzo continuado, que llevaba al músculo, al cerebro, al organismo a la más absoluta impotencia o anulación de sus facultades. Nunca se pudo creer que la fatiga se estu-

diara en el laboratorio como una enfermedad experimental, y, sin embargo, se ha logrado hasta producirla de un modo artificial, introduciendo en la sangre substancias que se han llamado *fatigantes,* como el ácido sarcoláctico, el fosfato monopotásico, el dióxido de carbono, etc., iguales a las que se encuentran en ella, como consecuencia del metabolismo orgánico de los tejidos, al extremo de llegar a la conclusión formulada por el doctor Lee, de la Universidad de Columbia: "Un hombre cansado es un hombre envenenado". Y así, el animal que muere después de una larga carrera, no lo debe, como antes se creía, a la rotura del corazón, sino a un envenenamiento de su sangre, lo cual se comprueba por la autopsia y la rápida descomposición del cuerpo.

A la intensa presión que sobre el trabajo activo se hacía en otros tiempos, incitando y estimulando al hombre para su mayor rendimiento a la palabra *trabaje,* se ha substituído hoy, dictado por la ciencia y apoyado por la economía financiera, la frase: "Trabaje poco, descanse; vuelva a trabajar." Y las resultantes en la práctica han sido tan notables y convincentes como beneficiosas para el obrero y la industria. Se cuenta que en las ordenanzas del ejército alemán se manda que en las marchas se detengan los soldados para descansar cada veinte minutos, puesto que se ha demostrado que un soldado en estas condiciones camina más en un

día, cuando tiene esos períodos de descanso. Del mismo modo se ha comprobado que cuando se reduce al obrero el número de horas de trabajo en diferentes sesiones, separadas por intervalos de reposo, sus productos individuales han llegado a aumentar desde un 6 a un 20 por 100 de rendimientos efectivos.

Las experiencias realizadas en la fábrica de cristales de Zeiss, en Alemania, mediante estudios fisiológicos y análisis bioquímicos muy precisos, que la labor intensa durante nueve horas consecutivas precipitaban en la sangre de los obreros dosis masivas de ácido sarcoláctico y otros productos tóxicos, que requerían más de veinte horas para su eliminación, y al cabo de algunos meses de intoxicación se hacía crónica y la fatiga era casi continua. Muchos hombres se sentían todavía fatigados en la mañana antes de comenzar sus trabajos. Un cambio en la distribución de dichas horas, reduciendo su número y dejando un espacio de tiempo intermedio, hizo que el rendimiento fuera mayor en eficacia, con beneficio de la salud en general del taller, mayor disposición del espíritu y aumento en los resultados económicos de la Corporación.

Análogo experimento fué realizado en la Sociedad Anónima de Productos Químicos de Lieja, en Bélgica, en donde los obreros que se ocupan en la manipulación del mineral de cinc trabajaban continuamente durante veinticuatro

horas, con un día de intervalo. Sucesivas pruebas fueron ensayadas por los ingenieros, bajo las inspiraciones de los fisiólogos belgas y el profesor Mahaim, de la Universidad de Lieja, confirmó las observaciones del gerente de la Compañía, declarando que "el sistema de ocho horas de trabajo en el mismo obrero, con las mismas herramientas, material, y en las mismas estufas, daba más rendimiento que el representado anteriormente por doce horas de trabajo consecutivo.

Observaciones semejantes, practicadas durante un año en los obreros de la firma Mather & Platt, de Manchester, determinaron la intervención legislativa del Parlamento inglés, al punto que la primera ley votada en este sentido favoreció inmediatamente a 43.000 de sus propios empleados.

El profesor Abee, en su fábrica de Jena, examinó cuidadosamente el trabajo de sus empleados y comprobó que el aumento de su velocidad y perfección se realizaba cuando el trabajo era interrumpido por frecuentes descansos; era casi involuntario, aparte de mejor disposición del espíritu para consumarlo, al extremo de que muchos de ellos no se daban cuenta del aumento en la intensidad de su trabajo. Muchos no aceptaban el hecho, sino después de habérseles convencido por pruebas directas, al extremo de admitirse, después de madura reflexión, que en esta

forma, cuando no se llega al agotamiento, muchos de los trabajos se hacen fácilmente automáticos.

La conclusión filosófica de esta clase de experimentaciones en favor del obrero es que no está dirigida por móviles de beneficencia, ni por una manía de velocidades. Hay sólo el aprovechamiento de las enseñanzas científicas del laboratorio y las transformaciones de la industria, como consecuencia de aquéllas. La resultante económica se traduce por la mayor satisfacción en la calidad de los productos manufacturados y en el mejor bienestar de los trabajadores.

En ningún país como en Cuba, esta clase de consideraciones debieran merecer la atención del Gobierno. El estado de depresión que produce el calor tropical, la falta de higiene de muchos talleres, la pobreza de alimentación y la absurda distribución en las horas de trabajo, que, por lo general, se suceden durante la peor y más rigurosa parte del día, es factor determinante, no solamente del aspecto débil de muchos de nuestros obreros, causa de muchas infecciones por disminución de la resistencia orgánica de defensa, sino también de la fatiga que en ellos se nota para los esfuerzos persistentes y extraordinarios. Cuando se sometan al estudio y a la investigación sistemática las condiciones de nuestros hombres, tal como se realiza en Europa y los Estados Unidos, y se funde

un laboratorio de experimentación, de acuerdo con las idiosincrasias del clima, naturaleza de las profesiones, etc., se podrán formular las leyes especiales del trabajo en Cuba para obtener mayores rendimientos en la producción, y el trabajo del hombre será agradable ocupación que satisfaga sus necesidades, no la maldición del infierno o el castigo por sus excusables faltas en la tierra.

1914.

INFLUENCIA DE LA FATIGA EN LOS ACCIDENTES DEL TRABAJO

Hasta hace poco se habían atribuído muchos de los accidentes ocasionados durante el período de labor de los trabajadores, debidos unas veces a su descuido, otras a su falta de preparación, las más a una mala intención de aprovecharse de las ventajas del seguro—en los países donde existe—, o el amor a la pereza y tendencia a ser fácilmente sostenido, agregando o sumando a la desgracia el insulto.

Las investigaciones científicas han dado un completo mentís a todas estas divagaciones, demostrando, con hechos y estadísticas, la verdad y la responsabilidad directa de esos accidentes, y en conclusiones tan originales como interesantes se ha venido a resolver que el principal motivo de los accidentes del trabajo es la fatiga o, en otros términos, el abuso que se hace del organismo humano, desatendiendo la protesta de los órganos, cuando en su oportunidad reclaman un merecido descanso, e instigados por las

demandas del industrialismo que, sordo y sin conciencia, pretende obtener del factor hombre el máximum del rendimiento, contrariando todas las leyes naturales y sociales para arrojar a éste de la miseria y del abandono, de la impotencia y de la muerte, cuando no haya esperanza de ser más explotado o envilecido.

El profesor Bogardus, de la Universidad de Chicago, para comprobar la exactitud de la teoría se propuso realizar una serie de experimentaciones, y recogiendo datos estadísticos, publicados, entre otros, por los departamentos del Trabajo de los Estados de Wisconsin e Illinois, comprobóse de una manera perfecta que la mayor frecuencia de dichos accidentes ocurrían a medida que avanzaban las horas del día; es decir, con la progresión de las horas de trabajo.

La estadística de Wisconsin revelaba tal observación, con la siguiente tabla:

Mañana: 7 a 7,59, 156 accidentes; 8 a 8,59, 244; 9 a 9,59, 427; 10 a 10,59, 486; 11 a 11,59, 376.

Tarde: 1 a 1,59, 247 accidentes; 2 a 2,59, 407; 3 a 3,59, 435; 4 a 4,59, 446; 5 a 5,59, 277.

La disminución en el número de accidentes entre las horas 11 y 12 y 5 y 6 se debe al hecho de que en muchas fábricas conceden esa hora para el almuerzo y otras terminan el trabajo a las 5.

La estadística del Estado de Illinois es la siguiente, con similares resultados:

Mañana: 7 a 7,59, 79 accidentes; 8 a 8,59, 150; 9 a 9,59, 193; 10 a 10,59, 246; 11 a 11,59, 257.

Tarde: 1 a 1,59, 111 accidentes; 2 a 2,59, 156; 3 a 3,59, 227; 4 a 4,59, 260; 5 a 5,59, 145.

Los estudios realizados en Europa, desde Italia a las penínsulas escandinavas, conducen a análogas conclusiones e indican las intimas relaciones que existen entre el agotamiento del cuerpo y del espíritu y la frecuencia de dichos accidentes. Como consecuencia de tales experiencias, el Bureau Federal del Trabajo, de los Estados Unidos, declaró de un modo oficial, para beneficio y provecho de la clase trabajadora y utilidad de los productores y fabricantes, que la fatiga conduce gradualmente al más perfecto de los organismos humanos, a una nueva situación que se traducía, por el descuido y la deficiencia en el producto elaborado, y a cierto grado de pereza y negligencia por parte del obrero para precaverse y defenderse, lo cual lo llevaba inconscientemente al accidente que, de otro modo, es decir, en estado de normalidad, hubiera podido ser previsto o evitado. En la competencia moderna de la industria los márgenes se cuentan por fracciones de pulgada. De aquí que el más insignificante descuido en el manejo de una máquina significa la mutilación de un miem-

bro, con pérdida, a veces, completa de su uso para el trabajador y perturbaciones especiales, según su calidad, para el industrial.

En el mismo informe se expone, con fundamento fisiológico, apreciando las cifras referidas, que la vigilancia y el mayor cuidado están en razón directa con las necesidades del trabajo, y se nota que, por ejemplo, si se diera al cuerpo la satisfacción y cumplimiento de sus funciones dentro del orden y el método que reclama y exige la Naturaleza, los accidentes no se aumentarían en relación progresiva con las horas, manteniéndose como un promedio a razón de 150 por día, en vez de 480, como sucede, a medida que éste avanza, con el cansancio y la falta de atención consiguiente. No nos llevan nuestros optimismos hasta el punto de creer que pudieran ser suprimidos dichos accidentes en lo absoluto; sin embargo, en todas las industrias cada día se inventan y emplean nuevos medios de prevención para evitarlo, sobre todo después que se ha hecho obligatorio el seguro a los patronos; pero vamos en buen camino, y desde algún tiempo, principalmente en los Estados Unidos, se ha tomado como bandera universal de defensa contra los accidentes la famosa frase Safety First. La seguridad, antes que nada; gloriosa conquista de los reformistas sociales, que ha reducido a la nulidad la codicia y la falta de caridad de muchos fabricantes, obli-

gados hoy por sanciones sociales, más que legales, a guardar más consideración y protección a sus obreros.

El problema no se reduce a suprimir la fatiga tampoco, porque esto es una utopía irrealizable, y el hombre que trabaja, sea material o intelectualmente, llega un instante en que debe suspensarlo; pero sí puede reducirlo a un mínimum con cierta educación psico-fisiológica, con procedimientos de labor más racionales y metódicas, y no tratando de agotar las extremas energías y proporcionando además del necesario e intermitente descanso, las comodidades de la vida higiénica y adaptable a la naturaleza, educación y condición social de cada uno de los factores que intervienen en la industria.

El doctor Partridge ha ido más lejos aún en sus declaraciones. El ha expuesto que el peligro real no está en el exceso de trabajo, sino en la forma como éste se realiza. Muchos que piensan que trabajan hasta el agotamiento, dice el doctor Partridge, en realidad realizarían su labor más cómodamente y con mejores resultados para la salud y la producción si tuvieran pequeños intervalos de descanso, en vez de trabajar de un modo continuo, siguiendo una rutina y monotonía desesperante.

La solución, por lo tanto, del problema está en manos de los médicos, y esto justifica, en mi concepto, con la socialización del ejercicio de la

Medicina, el papel importantísimo que tienen éstos que desempeñar en el futuro para favorecer el desenvolvimiento de la industria con su cooperación científica y humanitaria. El asunto tiene dos grandes fases, y en ellas intervienen los médicos con toda su autoridad y su prestigio. Una de las fases es de higiene individual y educativa, y otra de higiene industrial, que yo llamaría mejor de higiene social, por cuanto que ella sería estudiada y controlada por el Estado, y en cuya iniciación con la creación de la Secretaría de Sanidad, puede decirse que Cuba ha sido la nación en donde se están incubando, como en un valiente y aplaudido ensayo, los métodos de vigilancia y defensa colectiva, que vislumbra como feliz esperanza el porvenir de la clase proletaria.

A los consejos personales; a la educación directa del obrero, sea por medio de conferencias de vulgarización científica en los talleres, en vez de leerle novelones disparatados y filosofía indigesta y perturbadora: a la sanidad y limpieza de su hogar, vestidos y alimentos, garantía en el mañana de su vejez, de sus hijos, etc., hay que agregar el estudio de las condiciones de los talleres, su ventilación, luz, represión del polvo, de los ruidos innecesarios, horas de trabajo, servicio de inodoros, desagües, baños, etc., etc., circunstancias todas que actúan de cierto modo sobre el organismo, aumentando o disminuyendo

su resistencia orgánica y, por tanto, facilitando o retrasando la fatiga que, como hoy se ha demostrado, es más bien un fenómeno de retención de venenos, por dificultad en su eliminación, que el exceso de trabajo, si éste se realiza en condiciones favorables y sanitarias.

Siguiendo los consejos de Max Nordau, en muchas fábricas de tejidos en Francia se ha procurado aumentar el rendimiento del trabajo humano por medio de su división sistemática y frecuentes cambios entre los obreros de diferentes talleres. El método antiguo de eternizar un hombre en la misma faena, condenándolo a la automática repetición de los mismos movimientos, reduciendo al mínimo el uso de sus facultades intelectuales, conduce a un agotamiento más rápido que cuando entran en acción diferentes juegos de músculos, la intervención variada de la imaginación, el juicio y la voluntad, estimulando la inventiva, disminuyendo la fatiga y aumentando el rendimiento. El programa merece seria y atenta consideración de nuestros hombres públicos, en estos instantes en que se pretende llevar de nuevo al escenario político la ley sobre accidentes del trabajo, en cuya factura debe contarse con el poderoso concurso de la Medicina preventiva de los últimos estudios realizados en el campo fisiológico sobre la fatiga, y que tuve el honor de exponer ante el Congreso Nacional Obrero, como fuente de enseñanzas ya

puestas en prácticas en otros países. Intenso interés despierta la materia en la clase proletaria, hasta ahora víctima de su ignorancia; pero que se da cuenta de su valor social y económico y reclama pacífica, pero enérgicamente, su derecho a la vida y al bienestar, y parafraseando la famosa y conocida frase: "Vale más sostener al que está cayéndose, que levantar al que ya cayó."

A la hora de tratar de accidentes del trabajo, repetir filosóficamente con Hopkins: "Es preferible ponerle una cerca al precipicio, que no esperar con una ambulancia en su fondo."

1915.

OPINIÓN SOBRE EL CÁNCER

La profesión médica ha teorizado bastante respecto de la causa del cáncer durante muchos años. Todavía, hace unos seis meses, leí en un periódico, con letras muy grandes, que había sido ya descubierta; y médicos en los laboratorios y en la clínica, se felicitaban por el nuevo suero salvador, se organizaban hospitales e Institutos, anuncios y promesas, etc.; en fin, la nueva era de la redención de la humanidad frente al terrible mal, que con tantos motivos hay que temer, pues sus estadísticas demuestran que la mortalidad actual es cinco veces mayor que hace cincuenta años. En los Estados Unidos alcanza la cifra de 50.000 personas al año la de las muertes que tienen su origen en el cáncer. El doctor Mayo, de Rochester, y el doctor McGliun, de Filadelfia, declaran que de día en día operan a mayor número de enfermos, y el último hace la siguiente afirmación, tan sencilla como desoladora:

"De cada 22 hombres y de cada 11 mujeres,

muere uno de cáncer. Esta cifra es más grave después de la edad de treinta y cinco años, pues de cada 17 hombres y de cada nueve mujeres, uno muere de cáncer. Más aún, una tercera parte de las operaciones que realizan los cirujanos tienen por razón el cáncer."

¿Qué les parecen a ustedes esas declaraciones? Proceden de fuentes respetables y serias. El sabio y competentísimo doctor Jorge Le Roy dió la voz de alarma en el último Congreso Nacional Médico de Cuba y, sin embargo, la opinión permanece indiferente ante la ola negra, que avanza irresistible y a todos nos amenaza. Es verdad que no impresiona al espíritu como un incendio, como una inundación, un terremoto; pero mire cada cual a su hogar o en el del vecino, y aquí y allá se sabe que muere un canceroso, no importa cuál sea el órgano afectado; otro está para ser operado, y el de más allá ha visto con terror que se le reproduce el tumor, y así... hasta el infinito.

Se deduce de estas premisas que el cáncer es una enfermedad incurable, y así ayudan a mantener esta tesis los cirujanos, cuya práctica—y yo creo lo hacen de buena fe, aunque con perfecta ignorancia de la verdad terapéutica—sólo consiste en operar, es decir, cortar todo aquello que es o pudiera ser o parecerse a un cáncer. Pero, por desgracia, las estadísticas cruelmente lo expresan, que las operaciones "no sólo no cu-

ran el cáncer, sino que apresuran la muerte de sus víctimas", y esto, en medio de mayor intensidad de sufrimiento o la seguridad de la estupidización del morfinismo. Un cirujano sólo puede cortar lo que ve y siente debajo de su bisturí, y nada más. Los microbios del cáncer, si existen, o la tendencia del organismo a modificar su celular anormal y volverla cancerosa, escapan a su buena intención y, por otra parte, no debe olvidarse que cada operación es un estímulo del sistema nervioso, que debilita su poder de resistencia. ¿Y después? Muchas personas se satisfacen cuando notan que, como consecuencia feliz de la intervención, la herida ha curado con rapidez y el enfermo parece sano y rejuvenecido. ¡Qué falsa ilusión! Es cierto que la Naturaleza, protestando contra la mutilación, repara el daño y favorece la cicatrización de la herida, sobre todo si existen infecciones secundarias. Pero éxito tan engañador y frágil no es de admitirse. Pudiera ser en aquellos tiempos en que se pensó que el cáncer era una enfermedad local. Hoy, los médicos que han curado casos de cáncer, admiten las teorías de las primeras épocas de la Medicina, que no por antiguas son menos ciertas, y lo consideran como una enfermedad constitucional, a despecho de los modernísimos dogmáticos. La conclusión científica indiscutible es que el cáncer es la manifestación local de una enfermedad general. Y decir que es absoluta-

mente incurable, que sólo se cura por la intervención quirúrgica, que con el tratamiento médico actuamos como cómplices del suicidio, sólo revela desconocimiento de una verdad que de día en día se hace pública entre los médicos progresistas, y repetir, como papagayos, una frase de estereotipia, que usan los oficiales, no importa el país, donde sepan manejar hábilmente su Prensa periódica y sus negocios editoriales.

Las víctimas del cáncer mueren constantemente a nuestro alrededor. ¿Qué se hace por ellas? Consignarlas en la estadística o, como muchas veces se nos pide, ocultar el diagnóstico en los certificados de defunción. La intromisión del público ignorante, del médico inconsciente, del cirujano interesado, es aconsejar la intervención y el arma empleada y positiva la explotación del terror. Como la Iglesia en la Edad Media usaba el infierno y sus terribles tormentos para dominar a los pueblos, el vulgo, y con él los cirujanos impresionan a los infortunados, amenazándoles de sufrimientos espantosos. Y éstos sí son seguros después de las prematuras e inútiles intervenciones. Y si no, que hablen los que usan las inyecciones diarias de morfina y confiesen cómo vegetan y mueren todos aquellos que han sido consignados entre los casos de "éxitos operatorios".

Para poder tratar—de un modo inteligente y dentro del concepto social, único móvil de este

artículo—el cáncer, hay que considerar las causas por qué aumenta en nuestro pueblo. Yo creo honradamente que si fuera posible conservar la vitalidad de una persona por medio de una vida racional e higiénica, hasta la decrepitud o agotamiento normal de su existencia, *jamás* moriría de cáncer. Todos los enfermos que yo conozco han sufrido por algún motivo algo que les ha debilitado su vitalidad, el funcionamiento de su sistema nervioso, y ésta es la llave de la situación, la única que permite evitar y dominar la enfermedad. El problema es parecido al que se nos presenta ante los esfuerzos de nuestra sabia y competente Sanidad cubana frente a la peste bubónica. Bueno, magnífico la mejora de nuestras viviendas, de los hogares donde vive la familia, rodeada de trastos viejos, por hábitos de herencia malsana; el combate persistente contra la rata, supuesto vehículo de la transmisión, como el mosquito, para la fiebre amarilla, además de otros vehículos que deberán existir para que la teoría se sostenga firme en su nuevo andamiaje; pero no olvidemos que la alimentación impura, el exceso de trabajo material, la falta de descanso, el hacinamiento de niños y adultos, etcétera, factores que quizá sean más importantes para la función social e higiénica que la supresión de los pisos de madera o la impermeabilidad de las paredes y la desinfección por man-

zanas. De hombres sabios, se dice, es cambiar de opinión.

Cada brote epidémico, tifoidea, pulmonía, difteria, sarampión, gripe, etc., disminuye la vitalidad del pueblo y prepara el camino del cáncer. Cada guerra, crisis financiera o perturbación general o privada, que produce desgaste moral, ansiedad, preocupación, favorece con la disminución de la vitalidad, el agotamiento rápido del sistema nervioso y su menor resistencia contra las causas destructoras de la vida.

Todo exceso en la sexualidad, desvelos, trabajo mental o corporal exagerado se encuentra en análogas condiciones. Los expertos en seguros de vidas nos dicen que cuando el hombre o la mujer han pasado de los cuarenta años y pierden el 20 por 100 de su peso, hay el peligro del cáncer, la tuberculosis o el mal de Bright. Siguiendo esta idea, el doctor Waugh, de Chicago, ha podido afirmar que con seis meses de anticipación puede predecir estas afecciones en sus períodos premonitores y establecer el tratamiento apropiado. Los médicos y los químicos por muchos años han procurado encontrar alguna droga poderosa o un suero que, tomado por la boca o inyectado, matase los gérmenes del cáncer y dominara la enfermedad. Pero se han olvidado de un hecho, quizá el más importante, y que no tienen en cuenta muchos médicos y el mismo público, de que toda droga o remedio

cualquiera que sea, que debilite la vitalidad del enfermo, aunque aparentemente lo mejore, disminuye en él todas las probabilidades de curación y restablecimiento.

Las grandes razones que explican el intenso desarrollo del cáncer en los países civilizados son las siguientes:

Primera. La ansiedad o inquietud general. El hombre y la mujer moderna viven siempre inquietos, miedosos, sin saber por qué, envidiosos y ambicionando, sufriendo o gozando sin medida, como si se deseara consumir en un momento todo el placer que se tiene a la vista, temerosos de perderlo.

Esta situación de la mente, unida al sentimiento del fracaso o a la desesperación de la lucha por la vida, que agobia a las clases sociales, unas frente a las otras, sin resolverse sus problemas es, sin duda, un factor de debilidad del sistema nervioso, que favorece al cáncer. Las estadísticas de las grandes ciudades han demostrado ya el paralelismo entre las cifras de la locura y del cáncer.

Segunda. En todos los países donde la vacuna se ha declarado obligatoria se ha observado cierta relación entre ella y el cáncer. Sobre esto se han escrito en los Estados Unidos, Alemania e Inglaterra importantísimos trabajos confirmando el hecho.

Tercera. La alimentación carnívora es una

de las causas más prolíficas. En Inglaterra, la mortalidad producida por el cáncer es hoy cinco veces mayor que hace cincuenta años. El pueblo consume 131 libras por cabeza cada año. En 25 países, en donde la carne forma la base del consumo, 19 de ellos tienen el cáncer entre las primeras causas de la mortalidad; cinco sólo moderada y uno muy baja.

En los países donde la dieta es casi vegetal se encuentran muy pocos casos de cáncer. En Bombay, en 1871, la mortalidad por cáncer fué de 1 entre 10.000 habitantes. En Egipto es desconocido entre los árabes que viven nómadas. Sólo se encuentran en aquellos que están en contacto y hacen la alimentación europea. En el monasterio de la Gran Trapa, donde la dieta excluye la carne, café, etc., no existe un solo caso desde hace veinticinco años. El doctor Seup, después de su viaje por los países del centro de Africa, Asia y América, y que queremos llamar salvajes, no encontró un solo caso de cáncer, tuberculosis, ni sífilis, etc., etc.

Cuarta. El uso del té y del café, debilitando las paredes del estómago y el sistema nervioso, son motivos de graves desórdenes. En todos los países donde se toma con exceso el té y el café se encuentran muchos casos de cáncer. En Norteamérica y Rusia, donde el té es casi bebida diaria y donde de cada cinco personas hay tres dispépticos, el cáncer aumentó de la proporción

de 1 entre 19, a 1 entre 9. La estadística particular que para el cáncer se hizo demostró que de 30 países, grandes consumidores de té y café, 25 tenían una alta mortalidad; 5, moderada, pero ninguna baja. Cuba, que diariamente aumenta su nerviosidad, puede decirse su histerismo político y social, y donde la vida se hace más difícil, por múltiples causas, para el pueblo trabajador, que abusa del café, por falta de mejores alimentos, está por su fatal destino, según lo prueban las admirables notas del doctor Le Roy, tendiendo a ocupar uno de los primeros lugares en estos tristes privilegios.

Quinta. El uso y el abuso de las bebidas alcohólicas es una de las más fructíferas del cáncer. En Inglaterra, donde el consumo es extraordinario, comprueba que los alcoholistas tienen cinco veces más ocasión de ser candidatos que los temperantes. Igual sucede con los bebedores de cerveza en Alemania y Dinamarca, y los de ajenjo en Francia y *whiskey* en los Estados Unidos.

Lo que nuestras clases necesitan principalmente, y éste será el primer deber de nuestra Sanidad, es enseñarlas a vivir, educarlas en la moderación y la temperancia, que deberán ser las primeras lecciones de toda higiene social bien organizada, aunque no proporcione tantas glorias ni aplausos públicos; pero sí gratitud en los corazones, salud en el niño y en la mujer,

tranquilidad y placidez de espíritu en los padres de familia. Aire puro, libre de polvo, de malos olores, de miasmas, que no existan en las calles ni caminos baches con aguas podridas; que coadyuven a que la sangre aumente o conserve sus glóbulos rojos, mejor que las medicinas o los desinfectantes, encubridores sólo de inmundicias o de meros negocios mercantiles. Alimentación limpia, sana, de substancias sin adulteración, vigilando al bodeguero o analizando los productos extranjeros, que nos envenenan sin conciencia, favoreciendo al cultivo menor, abaratando el acarreo, suprimiendo toda contribución al vendedor ambulante o al comerciante en frutas y verduras para que lleve a todo hogar la fruta o la verdura fresca y lozana, que hoy resulta un verdadero lujo; un contrasentido en una tierra fértil y en un clima tropical. Exagerar todo el rigor de la ley contra el adulterador o sofisticador, especialmente de pan, leche, dulces, etc.; criminales, más dignos de castigo que el bandido del camino real. Así se hace obra social y regeneradora de nuestro pueblo y se le dan las primeras batidas al cáncer, que nos resta cada año miles de conciudadanos, en el más florido período para ser útil a su país.

Un retorno a la vida sencilla de nuestros cubanos anteriores a las primeras guerras, cuando oír hablar del cáncer era un acontecimiento. Este es el primer toque de llamada, después de

las declaraciones hechas en nuestro Congreso Médico, que no hay que descuidar, porque el enemigo está en casa y nos acecha constantemente. Ante peligro tan serio y real, pregúntese cada cual: ¿Qué debemos hacer colectivamente? ¿Qué papel nos toca a cada cual para su propia defensa y la de los suyos? Atención, mi amigo: un poco menos de microbios y un poco más de buenos, baratos y puros alimentos. *That is the question!*

1920.

LA VACUNACIÓN OBLIGATORIA

I

Los pacíficos y candorosos habitantes de la riente y luminosa capital, en estos momentos de insoportable calor, para compensar la deficiencia en la cantidad y calidad del agua que la ciudad necesita, y justificar la sincera admiración que rinde a sus gobernantes por el espíritu previsor y nobles esfuerzos en pro de la salubridad pública, han nutrido su intelecto con unas cuantas nociones de infundiosa ciencia bacteriológica, tan alarmantes como estupefacientes.

Todos los años, y justamente por estas épocas, la Prensa diaria denuncia con la escasez progresiva del agua los defectos del famoso canal, las medidas que se proyectan para remediarlos, etc.; pero nunca se nos había sorprendido con peligros y amenazas tan radicales, ni creado un estado de opinión o de pánico colecti-

vo, al que han respondido todas las clases sociales y preocupado hasta a los más indiferentes ciudadanos.

Ya nos habíamos acostumbrado a la turbulencia y hasta a la fetidez del agua, con sus explicaciones más o menos pintorescas de los señores inspectores, y admitir la conveniencia de soportar el horrible sabor a cloro para prolongar la mísera existencia, que debíamos al celo y al interés de aquéllos; pero se ha utilizado un recurso novísimo, modernista y psicólogo, de efectos positivos e indubitables—el terror al microbio—, arma de precisión que, como el miedo al infierno que utilizan los curas católicos, cloroforma la crítica, paraliza la protesta y rinde las voluntades.

Un feliz e inteligente acuerdo entre nuestras sabias y competentes autoridades administrativas y sanitarias, armadas con los poderosos instrumentos de investigación que los laboratorios poseen, ha realizado ahora, precisamente ahora, que las aguas que la ciudad de La Habana bebe están contaminadas con numerosos microbios patógenos, distinguiéndose entre ellos por su enemistad con la raza humana el vulgarmente conocido con el fatídico nombre de *bacilo de colli*, responsable de algunas enfermedades de carácter tifoideo, y nos aconsejan, con la solemnidad característica que se recomienda a los verdaderos sabios, aun cuando se ocupen de asuntos

muy vulgares, que se "hierva el agua" antes de tomarla.

Nosotros, profanos e ignorantes, alarmados e impotentes, eco de la opinión pública que siente, que sufre y que teme, preguntamos: ¿Cómo hemos podido vivir hasta hoy sin ser víctimas de cruel e inexorable epidemia? ¿Desde cuándo existe el terrible bacilo en el agua de Vento? Y no han faltado profesionales sensatos que han calmado nuestras angustias hablándonos de las defensas del organismo ante los ataques de los microbios, de las dudas que existen sobre la responsabilidad de ellos, para explicar determinados procesos morbosos, y algo más que nos ha tranquilizado: la presencia del bacilo peligroso en muchos intestinos, traidor y malévolo, esperando su oportunidad para atacarnos, en un momento de debilidad, de agotamiento de fuerzas de resistencia, sin necesidad de que fuera precisamente y ahora el agua de Vento su vehículo, y hasta riéndose—si pudiera hacerlo—de las medidas sanitarias "a outrance", clororizaciones gubernamentales y filtros patentados.

Es noción muy vulgarizada en las escuelas primarias que el agua hervida no es potable; saben los alumnos del Instituto que estudian Química que el agua de Vento tiene un alto grado hidrotimétrico y una riqueza de sales carbonatadas y magnesianas que no la hacen ni muy grata al gusto ni muy saludable como bebida

usual, y muchos médicos recomiendan a gran número de enfermos y al público pudiente consuma grandes cantidades de botellas de aguas minerales, nacionales y extranjeras. No pecamos de suspicaces ni hacemos crítica, pero...

Los sufridos habaneros tenemos que agradecer, después de todo, que se nos cuide la salud y se nos instruya, venciendo, a la par que la ignorancia, los escrúpulos; nos deleitan los informes en donde se esbocen a la par con las reservas de los documentos oficiales brillantes concepciones de bacteriológica y Hacienda pública, amenazadas con prudentes y discretas recomendaciones para el uso del agua, sea hirviéndola, filtrándola o desinfectándola; de lo único que nos quejamos, y eso *a sotto vocce*, es del procedimiento, genuinamente cubano, de proyectar las reformas del canal y realizarlas a medias, con plazos anuales de rectificaciones que desacreditan las anteriores, invirtiendo los recursos del Estado en forma y manera tan sospechosa, que deja la situación igual o peor que antes, y lo que es más grave, y esto en franco período de renovación de los Poderes públicos, que se deje ancho campo con esta conducta a las imaginaciones tropicales, para que con el pretexto de dichas reformas, infundios científicos y creaciones de temores, se confeccionen "negocios" contando impunemente con la deliciosa credulidad de "algunos", la indiferencia de las

mayorías y el abandono de los deberes cívicos y la criminal abulia de todos.

Agosto, 1924.

II

La Secretaría de Sanidad del Gobierno de Cuba, "más papista que el papa" y "más peligrosa que Lutero", ha querido, después de una ortodoxia científica de luengos años, impulsada por el delirio de grandezas que sufren muchos de los improvisados directores de la sufrida humanidad presente, realizar entre nosotros, al modo del gran Lenin, con su maravillosa, pero infortunadamente fracasada revolución comunista, y de los temperamentos norteamericanos con la exagerada promulgación de su "ley seca", un gran experimento de inmunización colectiva contra la "discutible epidemia de fiebre tifoidea" que sufre nuestra amable y confiada ciudad capitalina, para lo cual, del mismo modo que aquel conocido filántropo que antes de fabricar el hospital empobreció a sus convecinos, ha fomentado un estado de pánico y más luego sin consideraciones sociales, patológicas y biológicas, olvidando—si es que ya se recuerdan—los preceptos de nuestra maltratada carta constitucional relativos a los derechos individuales, e impo-

niendo, por una coacción despótica e indiscutible, la vacunación obligatoria de los vecinos de La Habana y, si Dios no nos protege, la de los habitantes de nuestro desventurado e indefenso país.

En vez de consultar a tantos hombres ilustres como hay para gloria de nuestra patria —más conocidos en el exterior que por su conterráneos—, en vez de preparar al público por medio de una propaganda didáctica y razonada, con argumentaciones y pruebas de hechos; sin conceder ni siquiera el examen de sus *ukases* arbitrarios y abusivos, la Secretaría de Sanidad no sólo actúa como representante de la Iglesia católica con el dogma de la infalibilidad teocrácica, sino que se declara frente a la crítica científica, y a los irreparables e inmensos perjuicios de una labor cuyos resultados nadie puede prever en sus terribles consecuencias, "responsable" de cuanto pudiera suceder, como si en el campo conjetural de la práctica de la Medicina y en el infinito y hasta la fecha apenas vislumbrado de la ciencia de la bacteriología y sus derivaciones, en la inmunización de los elementos biológicos, tomaran parte las matemáticas y las ecuaciones y los logaritmos de nueva utilización por la Sanidad sirvieran para deducir conclusiones precisas, y las estadísticas que llenan el ánimo de dudas donaran con sus números la con-

fianza del público y, por tanto, el sometimiento a sus utópicas disposiciones.

Está muy equivocada la Secretaría de Sanidad cuando afirma que se puede admitir la "vacunación obligatoria" como un hecho científico irreprochable. En primer lugar, su empleo en los ejércitos ha demandado, como primer factor, un cuerpo de técnicos serios y bien preparados, laboratorios con todos los elementos que la ciencia reclama en países donde el "chivo" no se conoce ni se presume cuando de la salud pública se trata, y más que nada se vacuna a un grupo de hombres jóvenes, escogidos, sanos, bien nutridos, ejercitados físicamente para su objeto final, alimentados y nutridos a la perfección, y viviendo en medios aireados, sin hacinamientos, con agua pura a discreción y sometidos a una vigilancia sanitaria continua.

Compárese esta situación, en que puede decirse que uno de los factores—el ejército—constituye un tipo de unidad social y biológica, con la heterogeneidad de una población de 400.000 almas, en donde, además de la complejidad étnica y patológica, se encuentran las consecuencias del abandono de las más elementales prácticas higiénicas, la basura pudriéndose en las calles, la clase pobre viviendo en tugurios mal aireados, los alimentos de primera necesidad a precios prohibitivos, el agua contaminada e inmunda, y preténdase que con sólo la vacunación

obligatoria se libra a una colectividad de los peligros de la epidemia de una de las afecciones más prevenibles por medio de la higiene y el dinero bien y honestamente empleado, y sométase a dicha colectividad al imperio de los "criollos con mando", es decir, médicos, estudiantes de Medicina o empleados del Departamento que no son ni siquiera estudiantes, para que, "sin examen previo de cada persona", sin poder definir si dado su estado de salud o enfermedad pueden o no deben ser vacunados, penetren en cada casa, ordenen y manden que todo el mundo, "sin excepción ni pretexto", amenazados de prisión o una multa de 20 pesos—muy discutible en su aplicación, puesto que se han votado leyes especiales a dicho efecto—, con la aguja de una jeringuilla hipodérmica usada en multitud de casos y una ampolleta de vacuna a pleno aire, orgullosos de su nueva autoridad cuando actúan a conciencia de sus nuevos deberes, y a los que ya el público cubano, con su malicia y gracia características, han denominado con el título gráfico de *vacunadores botelleros reeleccionistas*.

Han comenzado las fuertes protestas contra estos abusos. Por una parte, algunas personas de carácter se han negado justamente a dejarse vacunar por los incompetentes, aun cuando se les amenace con llevarlos al Juzgado correccional. Por otra parte, hombres de gran prestigio profesional, como el doctor Cabrera Saavedra,

han protestado públicamente, empleando la dura frase, bien merecida, con respecto al agua que usamos, de que más valía "filtrar la ciencia de algunos y la conciencia de muchos", y que nosotros, por analogía, aplicamos a la práctica de la vacuna obligatoria en la forma que se practica. No negamos la eficacia de la vacunación antitífica; pero sí protestamos en nombre de esta colectividad, que no merece por cierto que así se la utilice para otros fines, que se la maltrate despiadadamente por su abulia y hasta se ponga en peligro la nacionalidad, invitando a una intervención sanitaria en nombre de la Enmienda Platt, cuando nuestros tutores se convenzan de que nuestras epidemias locales sirven de medios electorales para la creación de empleados temporeros, y nuestros recursos sanitarios son un *camouflage* con el cual se explota la candidez y la ignorancia de la multitud, la honorabilidad de algunos y el buen nombre de la patria y de la ciencia.

Búsquese el modo de combatir las enfermedades con procedimientos más efectivos y menos efectistas, más profilaxis racional que constituyente, higiene pública, limpieza de las calles, agua pura y abundante, alimentos sanos y baratos, y sirva la ciencia de hada cuidadora y amable y no motivo de antipatías y odios populares. El cáncer de la política, que ha invadido el cuerpo social cubano, no podía dejar inmune

a la Secretaría de Sanidad, y los futuros historiadores, cuando hagan el balance de nuestra época y juzguen a sus hombres públicos, indudablemente que reservarán para ellos severas críticas y los harán responsables de los errores, megalomanías, epidemias, vacunaciones, clorizaciones, que han agobiado como una maldición apocalíptica nuestra Isla infortunada, haciéndola otra vez más merecedora de la frase del gran Heredia, cuando nos afirmaba que en ella condensaban todas

"las bellezas del físico mundo
y los horrores del mundo moral".

LA ATERRADORA INVASIÓN DEL CÁNCER

Cualquiera que haya seguido con atención los cuidadosos estudios estadísticos del doctor Le-Roy, quedará espantado ante el aumento que presentan las cifras de mortalidad del cáncer en nuestro país. Mucho mayores en el extranjero, pretenden superar a la tuberculosis y otras enfermedades evitables, y se ha convertido como enfermedad maligna es una de las más serias amenazas de la humanidad, con la agravante circunstancia de los fracasos quirúrgicos y las vanas tentativas de la Medicina oficial.

Grandes son los sacrificios que por la libertad y la democracia se están realizando en Europa y América a costa de la sangre y la ruina de millones de seres; pero en el silencio y en la soledad de los hogares, la contribución que se está pagando al cáncer resulta monstruosa. La mortalidad se duplica cada treinta años, aumenta de día en día, a pesar de que se trata de ocultar con nombres y subterfugios, y en la sombra se lleva a sus víctimas, sin luchas y sin gloria, en-

tre sufrimientos inauditos de impotencia material, de desesperación o de abnegación sin fruto.

No cabe otra solución que la acción eficaz del Estado, el esfuerzo organizado y cívico para la defensa del procomún, so pena de que la humanidad se encuentre colocada frente al cáncer, como estuvo la Europa ante el poder de la Germania militarizada y preparada. Continuar esperando indefinidamente a que se encuentre la "cura real y positiva", que los laboratorios digan su última palabra después de largos años de investigaciones, inyectando ratones, conejos o guineas; que los cirujanos garanticen la no reproducción de sus casos operados para insistir en operarlos de nuevo, hasta el infinito, es llegar a la triste conclusión del gran fisiólogo Claudio Bernard, después de millares de vivisecciones: "Nuestras manos están vacías de resultados." Y para conclusiones semejantes siempre hay y habrá tiempo de rectificar.

El querido compañero doctor Enrique Núñez, con quien muchas veces departimos sobre este asunto, me aseguró que había enfocado debidamente la cuestión. Como en otros países, principalmente en Inglaterra, nombró o nombraría una comisión compuesta de hombres prácticos, independientes, de sentido común, libres de toda influencia oficial y ortodoxa, para estudiar el asunto en Cuba, sin prejuicios ni lesión de intereses creados. Creo que algo se hizo o se está

*

haciendo. Buena prueba de su actividad y competencia nos da a diario nuestra magnífica Institución Nacional, casi única en el mundo, denominada Secretaría de Sanidad; pero la importancia y oportunidad son ahora indiscutibles, a raíz de una de las más hermosas fiestas de la inteligencia: el Congreso Médico Cubano, y para responder a estas cuatro trascendentales preguntas:

Primera. ¿Cuáles son las principales causas del desarrollo del cáncer en la Isla de Cuba?

Segunda. ¿Cómo podían ser removidas?

Tercera. ¿Cómo pudiera evitarse el cáncer individualmente?

Cuarta. ¿Pudiera ser curado por alguna forma de tratamiento?

Pudieran estas preguntas ser de muy difícil contestación en estos momentos, por los fracasos de la Medicina y de la Cirugía en la gran mayoría de los casos; pero no nos desanimemos ante ellos. La historia de la gran guerra nos demuestra a cada paso que proyectos considerados imposibles por ciertos hombres se han convertido en realidades en manos de otros. Todo es cuestión de nuevas energías, nuevos cerebros, elementos y factores nuevos ante los ya gastados o enmohecidos que por doquiera nos rodean y absorben. La amenaza del cáncer, como otras tantas, se encuentra en situación similar. Pudiera ser prevenida y dominada si métodos ra-

cionales se adoptaran, no obstante la ineficacia de los métodos anteriores, y si en vez de correr únicamente tras la causa fundamental más o menos teórica se concentrara la atención para descubrir el modo de curarlo, de salvar a los enfermos, aun cuando fuera de un modo empírico, pero consiguiendo positivos efectos.

¿Quién puede negar que aquí y en el extranjero, siguiendo en pos de una ilusión quirúrgica, se mutilan a cientos y millares de personas, prolongando los sufrimientos y anticipando la muerte con crueles dolores o condenación fatal a la intoxicación mórfica, imponiendo a los enfermos, ante la palabra fatídica "cáncer", la imperiosa necesidad de la intervención? ¿Quién puede negar los millares de pesos gastados en operaciones de enfermedades de dudoso diagnóstico, por el temor de que fuera o pudiera ser una degeneración cancerosa, con sus naturales consecuencias?

Ante esta seria fase del problema, que linda en los bordes de nuestra discutida moralidad profesional, y para cuyo remedio es impotente la actuación del Colegio Médico, quizá encontraríamos la salvación de nuestro pueblo y de nuestra raza más decidida y definida en la eficacia de los medios y recursos que trata de poner en juego la Dictadura de Subsistencias y las Juntas de Defensa Económica, que en los esfuerzos filantrópicos de la profesión. El problema, sin

dejar de ser altamente científico, desciende al terreno económico, y siendo como es hoy vulgar y de actualidad, todo el mundo se considera con derecho a intervenir y sobre todo a resolverlo para sus intereses y conveniencia.

Ha sido, sin embargo, un médico quien ha comenzado la prédica de este nuevo Evangelio salvador contra el cáncer y en favor de la salud del pueblo. El doctor Roberto Bell, convencido por extensa práctica de que la operación era el peor de los medios curativos, con la crítica y reprobación de sus compañeros, abandonó, con pérdida de su posición oficial, los tratamientos quirúrgicos, buscando medios para combatir la terrible enfermedad. Después de muchos años de serias investigaciones, demostró que la única y principal causa del cáncer es la intoxicación de la sangre, debida a la autotoxemia, o sea a su envenenamiento por la descomposición pútrida de los alimentos a base de carne en los intestinos.

Esto determinaba la degeneración cancerosa de las células del organismo, acentuada por la supresión de otros alimentos naturales o salinos en la actual alimentación de las razas civilizadas.

La base principal de su tratamiento dietético es la fruta y otros vegetales no cocidos. El afirma que la nucleína es una substancia vital, necesaria para mantener la salud, y la cual se destruye por la cocción de los alimentos. Su descu-

brimiento fué comunicado a la Facultad de Medicina de Londres, y, como ha sucedido siempre que una verdad se ha presentado, recibió el desdén y la repudiación de sus compañeros. Pero los tiempos de Galileo y de Harvey han cambiado. El doctor Bell ha publicado una serie de libros interesantísimos difundiendo sus ideas con innumerables comprobaciones clínicas que confirman sus experiencias, y contra él no ha cabido otra venganza que el llamarle charlatán. No se le puede decir farsante, ignorante, impostor, títulos que siempre han honrado a todos los innovadores y está en la buena compañía de todos aquellos que han sabido y podido cambiar las viejas rutas de la humanidad. Sus enemigos profesionales en el campo de la ciencia han procurado fabricar algunos casos de cáncer artificial en algunos infortunados ratones, y pagado ante las cortes las indemnizaciones a sus artículos calumniadores e insultantes. El *mundo se mueve* a pesar de todo, y corresponde a esta época de duras pruebas y de limitaciones alimenticias realizar la experimentación y comprobar las aseveraciones del doctor Bell a los efectos de las futuras estadísticas.

El doctor Rusell, en sus libros *La fuerza y la dieta de las naciones* y *El cáncer prevenible,* ha demostrado con cifras elocuentes, como yo lo hice en un artículo titulado *El alcohol es el padre del cáncer,* que su intensidad está en relación direc-

ta con el consumo de carne en cada país. El uso del café, té, tabaco, alcohol, etc., contribuye a su aumento; pero, aun sin estos factores, el postulado es: "aumento del consumo de carne, aumento del cáncer".

La prueba negativa nos la suministran los consumidores de frutas y vegetales, en los cuales su presentación es más rara y difícil, como lo enseñan las demostraciones siguientes: en el Sanatorio de Battle Creek, con un promedio de 500 empleados en cuarenta años y 1.000 en los últimos diez años, 2.000 nurses, 200 estudiantes de Medicina, no ha existido un solo caso de cáncer. En 15.000 enfermos residentes que allí se han tratado siguiendo el método dietético del establecimiento, sólo hubo dos casos, y éstos habían abandonado la comida carnívora a una edad avanzada.

La colonia de rusos del Canadá, unos 7.000, que durante su vida sólo consumen leche, harinas de trigo, vegetales, miel, nueces, etc., jamás han tenido un solo caso de cáncer. Más aún: nunca están enfermos; su desarrollo físico e intelectual es notable; son morales, sencillos y respetuosos de las leyes.

En dos monasterios de frailes benedictinos no recordaban jamás un caso de cáncer desde 1844. En el de la Trapa, según dato del médico de asistencia, no se recordaba un caso de cáncer o de gota desde hacía veintisiete años.

Las dos ciudades americanas donde el cáncer aumenta visiblemente, son Chicago y San Francisco, en relación progresiva también con el consumo de carnes. Italia, la nación que menos carne consume en Europa, tiene la mortalidad más inferior. El profesor Madden y otros médicos afirman que es completamente desconocido en las tribus del Sudán y los berberinos del Egipto, en tanto que es común entre los árabes y coptos que viven a estilo europeo, y en igual condición se encuentran en Ceylán los indios que están cerca o alejados de los hábitos de la llamada civilización.

El doctor Rusell, en su libro citado, establece la conclusión final siguiente: "Aparte de otras excepcionales costumbres, el cáncer apenas puede decirse que exista entre los pueblos cuya dieta es natural, frutal, fría, sin estimulantes e irritantes; pero estas mismas razones se vuelven susceptibles tan pronto como aceptan las condiciones de alimentación de los pueblos civilizados de Europa y América."

Ante los hechos que señalamos, coadyuvemos todos al magno problema social dietético, suprimiendo o rebajando la cantidad diaria de carne en la alimentación hasta prescindir de ella por completo, salvo casos excepcionales, prescripción facultativa o circunstancia imprevista. Es al pueblo a quien compete directamente la amenaza y su remedio, así como al Estado intervenir sal-

vando la futura generación y la posteridad de un mal evitable y remediable, si se actúa con sabiduría y generosidad al mismo tiempo. Nunca mejor oportunidad para realizar un servicio de orden social y moral. Contribuir a la desaparición de una enfermedad cruel e incompasiva, suprimir el dolor que la acompaña, la muerte prematura de seres útiles y queridos, con sólo favorecer la propaganda de la instrucción alimenticia, aconsejando la vida sencilla, limpia, barata y, sobre todo, reformadora, física y espiritualmente, del organismo del hombre para la conservación de su salud y la potencialidad de su esfuerzo en pro de una patria que necesita en estos momentos de la totalidad de sus hijos, sin distinción de matices, privilegios y orígenes, en aras de la renovación universal de las ideas y costumbres que demandan las nacientes necesidades que se imponen. Y con la salvación de la tremenda amenaza del cáncer nos iremos preparando con sangre limpia y mente pura para tantos y tantos cambios orgánicos y psíquicos de que seremos actores o testigos en el esperado drama de la evolución humana, cuyo turno de representación espera nuestra nación para desempeñar, con el concurso de sus hombres selectos, papel digno, levantado y generoso...

1917.

INDICE

